

RAMON IGLESIA

EL HOMBRE COLON
Y OTROS ENSAYOS

EL COLEGIO DE MEXICO

BIBLIOTECA
EL COLEGIO DE MEXICO

EL COLEGIO DE MEXICO

Publicaciones del
Centro de Estudios Históricos

El hombre Colón y otros ensayos

Primera edición, 1944

Queda hecho el depósito que marca la ley
Copyright by Colegio de México

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

por

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Pánuco, 63

RAMON IGLESIA

El hombre Colón
y otros ensayos

EL COLEGIO DE MEXICO
Centro de Estudios Históricos

A mis alumnos del
Centro de Estudios Históricos
de
EL COLEGIO DE MEXICO

DOS PALABRAS

*Todo está ya dicho, pero como nadie hace caso,
hay que volver siempre a comenzar de nuevo.*

ANDRÉ GIDE

No es un simple gesto de cortesía ni de afecto el que me ha movido a dedicar esta colección de ensayos a mis alumnos. Quizás hubiera sido más exacto llamarles compañeros, porque si alguien ha aprendido en las clases de historiografía de nuestro Centro de Estudios Históricos, he sido yo, sin duda alguna.

Todo el que se ha dedicado a la enseñanza sabe con cuánta frecuencia los alumnos ponen en aprieto a los maestros con preguntas que éstos no saben cómo responder. Todavía en este momento sigo sin haber podido contestar a algunas preguntas hechas por aquellos a quienes este libro va dedicado. Y creo que en él abundan más las preguntas, las cuestiones planteadas, que las propiamente resueltas.

La historia —pienso en la obra histórica, en la historia-relato— no podía sustraerse, ella menos que ningún otro conocimiento, a la crisis de nuestros días. Frente a la confiada actitud del historiador "científico" que hoy impera en los medios académicos, van alzándose ya una serie de voces insatisfechas, cuyo coro aumenta de continuo.

Va estando cada vez más claro que la desmedida acumulación de materiales en que ha llegado a convertirse preferentemente el estudio de la historia, no nos acerca, sino que, antes bien, nos va distanciando cada vez más de las ansiadas síntesis a que todos los historiadores pretenden estar preparando el terreno. Cada vez se vislumbra más remota la venida del mesías sintetizador, de que hablaba Benedetto Cróce.

Hay insatisfacción, hay desasosiego en las mentes de muchos historiadores de nuestros días, que ven con espanto cómo su disciplina se vuelve por momentos más ahistórica, más alejada de la historia-vida, conforme quienes la cultivan quieren dar solidez mayor a sus resultados, remacharlos para que resulten inmovibles.

Hacerlos inmutables, definitivos, es decir, ahistóricos. Rara paradoja a la que han llegado nuestros estudios en días saturados de historicidad, en los momentos mismos en que las ciencias que se pretendían menos históricas, las físico-matemáticas, han dado un viraje rotundo hacia lo histórico.

Insatisfacción, desasosiego; y también inseguridad, problematismo, conciencia aguda de toda una serie nueva de conflictos, de dificultades. Desde la orilla quieta de sus millares de volúmenes, los historiadores positivistas nos miran con el mayor desdén a quienes no compartimos su confianza, a quienes no consideramos el conocimiento histórico como trabajo de mam-postería que se alza en estructuras inmutables, sino como juego de perspectivas, como torrente inquieto de haces de luz que busca entre las nubes el avión que tras ellas procura escabullirse.

Inseguridad, palpitación de alumbramiento. Te-

mor a ser mal interpretado, esfuerzo por lograr la expresión de algo flúido, que se resiste a dejarse captar. No es pequeño tampoco el coro de las voces que se alzan contra nosotros: somos subjetivistas, relativistas... personas peligrosas, en suma, personas poco serias a las que debe mantenerse a raya, porque ponen en peligro, amenazan cuarteear un edificio tan penosamente levantado como es el de la historia "científica".

Pero ¡qué le vamos a hacer! El daño está ya hecho y cada vez son más los que se lanzan por esta perforación de un frente que se creía tan sólidamente estabilizado. Es Croce, es Toynbee, es Huizinga, es Trevelyan, son muchos ya los que denuncian el carácter perecedero y limitado de la historia que ha prevalecido en la última centuria y claman con urgencia por un viraje audaz si queremos evitar la catástrofe del anquilosamiento definitivo.

En momentos así se precisa decisión, pero también cautela. Nunca es más fácil ser mal interpretado. Deseo de originalidad, falta de preparación seria, todo eso y más podrá decírsenos. Y, sin embargo... Yo quisiera dejar sentado aquí, de una vez por todas, que no me siento superior, sino distinto de quienes no comparten mis ideas. Que mi pequeña obra es de afán, de tendencia hacia algo que pienso, entrañablemente, que debería lograrse, pero que no creo, ni mucho menos, haber logrado yo. Si hablo de que la historia debe buscar un nuevo contacto con la vida, o el historiador un acceso más fácil a la mente del lector no especializado, mediante una mayor atención hacia la forma y la calidad del contenido de sus escritos, no es porque crea yo estar en posesión de esas dotes difíciles.

Más hacedero será que lleguen a poseerlas algún

día quienes hoy se dedican al aprendizaje de la historia, si para ello se les orienta debidamente, si no se les encarrila por una vía muerta. El fruto ha de venir más tarde, y la obra de quienes hoy afrontamos estos problemas quedará como algo trunco, inmaturo, salvo en los casos señeros de hombres superiormente dotados, que deben servirnos de guía y orientación, pero con quienes nunca pretenderemos competir.

Ensayo, pues, tentativa histórica. Ese carácter tienen los trabajos reunidos en este volumen, que abarcan un período de quince años, desde 1929 a 1943. Casi todos han sido publicados ya. Pero es tan caduco el carácter de las revistas en nuestros días azarosos, es tan difícil conseguirlas en nuestras descabaladas bibliotecas, que quizás así se preserven mejor de un olvido que, tal vez, no merezcan del todo.

Para subrayar más su carácter de ensayo los he despojado del aparato de notas con que algunos de ellos aparecieron originariamente. No me hubiera sido posible ponérselo ahora a aquéllos que carecían de él, pues mis fortunas y adversidades me han hecho perder en repetidas ocasiones todo mi material de trabajo. Y, además, tanto se ha habituado nuestra generación a buscar en las obras históricas, de modo casi exclusivo, el aparato de notas y bibliografías, que quizá se salga ganando con darlas así, desnudas, para concentrar la atención del lector en el contenido mismo del relato. Se le pide con ello que conceda un margen de confianza a la honradex intelectual del autor. Cosa, tal vez, difícil.

No voy a hacer aquí la crítica de mis propios ensayos. No he conseguido nunca tener un criterio fijo sobre cuál pueda ser su valor. Me divierte contemplar

cómo mis propios puntos de vista han ido cambiando con los años, incluso, en ocasiones, sobre temas muy reducidos y precisos. Dada mi concepción de la historia, esto no puede sorprenderme. Lo mismo nos ocurre cuando, en ocasiones diversas, leemos la misma poesía, o vemos el mismo cuadro, o escuchamos la misma pieza de música.

Obra de arte es, al fin, la historia. Nada creo que se la rebaja por aceptar llanamente verdad tan discutida. Gran artista era Ranke, el arquetipo de los historiadores científicos, aunque él, tal vez, no lo aceptase. Grandes artistas son todos los grandes historiadores. Lo demás, por mucho que se haya hecho hincapié en ello, por mucho que se nos haya puesto ante los ojos como desiderátum, es trabajo mecánico.

Espero que de entre mis alumnos, mis compañeros de trabajo, de quienes ahora debo separarme momentáneamente; surjan quienes comprendan y sientan lo que yo aquí, tan torpe, tan trabajosamente, he querido expresar. Y que en ellos dé fruto.

Por lo que hace a la disposición del libro, tenía que ser, dada la índole de sus materiales, un tanto arbitraria. Van delante los cuatro ensayos más extensos, a los que sigue una sección de "varios" —conferencias, artículos, prólogos—, que incluye unos esbozos sobre cuestiones generales de historia —llamarles teoría de la historia me asustaría demasiado. Estos quizá debieran haber encabezado el libro; pero, de haberlo hecho así, les habría dado más importancia de la que les concedo. No pasan de ser unas simples reflexiones sobre temas en los que han naufragado cerebros mucho mejor dotados que el mío. En la última sección,

la crítica de libros, he agrupado las notas por temas, sin atender a la fecha de publicación.

Han dejado ya de publicarse algunas de las revistas en que estos trabajos aparecieron por vez primera. Todo mi agradecimiento a Filosofía y Letras, Cuadernos Americanos, Letras de México, Revista de Historia de América, El Noticiero Bibliográfico, a las editoriales Séneca y Nuevo Mundo y a los editores del libro homenaje a D. Francisco J. Gamoneda por darme la ocasión de reproducirlos aquí.

México, D. F., febrero, 1944.

EL HOMBRE COLON

TRATEMOS un momento de imaginarnos cuál debió ser la sorpresa de los habitantes de una pequeña isla llamada Guanahaní al encontrarse cierta mañana con tres cosas, con tres bultos enormes que había en el agua, de los que salían unos seres absurdos que solamente parecían tener de humano los ojos y los movimientos, pero de color blanco, con la cara cubierta de pelo y el cuerpo —si es que lo tenían— de unas materias diversas en forma y en color. Faltándoles a los indios todo punto de referencia, todo enlace con los objetos que estaban acostumbrados a ver, encajaron a los recién venidos en el número de los seres sobrenaturales y los adoraron como llegados del cielo. Esta, que fué la reacción inmediata de los indios, llegó a ser la idea del jefe de aquellos seres inverosímiles, y la de muchos que se han ocupado del suceso que ahora referimos, durante unos 400 años.

Ha sido necesaria una época tan realista como la nuestra, para ver un poco claro lo que ocurrió antes del 12 de octubre del año 1492 y explicarse el descubrimiento de estas tierras hasta entonces ignoradas por los europeos.

Quien conducía aquellos bultos desconocidos para los indios y poco frecuentes hoy para nosotros, pues se trataba de barcos de vela, era un hombre de carne y hueso, un italiano, nacido en Génova en 1451. La potencia comercial de la ciudad mediterránea es bien conocida. Los genoveses emigraban con frecuencia para dedicarse al comercio; pero Cristóbal Colón, que

así se llama nuestro hombre, no tenía dinero; su padre era un tejedor de lana; toda su familia gente humilde; si algo viajó fué después de los veinte años, en barcos mercantes, llegando por el Mediterráneo hasta la isla de Chío y por el Atlántico hasta Inglaterra. Naturalmente, ha costado enorme trabajo saber noticias de estos primeros años de su vida. El hijo de un tejedor que vivía en Génova. ¡Vaya usted a saber! Lo conocerían los vecinos y nada más. Pero he aquí que este hombre, hacia los veintiocho o los treinta, se casa en Lisboa, en Portugal, país donde había llegado casualmente, y caen en sus manos unos papeles del suegro, cuyo contenido no conocemos. Parece que se trataba en ellos del tema de actualidad entonces y allí: los descubrimientos, que apasionaban como han apasionado hoy los vuelos trasatlánticos. Y también nuestro genovés se mete en el torbellino de las exploraciones náuticas, fascinadoras como un juego de azar, reúne informes, hace viajes, no ya comerciales, sino de exploración. En 1484 es recibido por el rey Juan II de Portugal y le somete unos proyectos que parece no fueron bien acogidos. Entonces pasa a España. Hay un hermano suyo, diez años más joven que él, más entendido que él en asuntos de náutica, Bartolomé, figura aun peor conocida que la de Cristóbal, pues no se conserva de él ningún escrito. Ciertos críticos —en especial Vignaud— asignan a Bartolomé una parte mayor en la formación de los planos de descubrimiento que la de su hermano. Pero como se ve, la marcha sobre datos tan inciertos es como la del hombre agazapado sobre una cucaña, en cada segundo la caída inminente. Este período de la vida de nuestro héroe está tratado de manera exhaustiva en Vignaud, *His-*

toire critique de la grande entreprise de Christophe Colomb, obra imponente, maciza y documentada. ¿Qué nos queda de este estudio tan largo, tan minucioso? La visión de un hombre tenaz, pesado como viajante de comercio que pretende enseñar sus muestras, como el mendigo que reza a la puerta durante horas. Fernández de Oviedo, el cosmógrafo Santa Cruz y Colón mismo, repiten la palabra importunación. ¿Qué propone este hombre? Cosas concretas que se niega a decir; no propone nada, pide. El quiere obtener los medios para realizar un viaje de exploración y, una vez hecho, ya hablarán los resultados. No sabemos bien a qué se debe que fuese atendido. Cabe pensar si los informes que Colón tenía o creía tener los comunicó en secreto de confesión a un fraile de la Rábida, amigo suyo. Desde luego son razones humanas y no científicas las que determinan su éxito; más que fuerza de persuasión, debía haber tal seguridad, tal firmeza en la insistencia que cabe pensar que le atendieran para verse libres de él. Colón nada tenía, salvo cortas cantidades que los reyes le daban y que llegaron a faltarle. Y, sin embargo, insiste con testarudez admirable, durante siete años lentos, aburridos, vacíos de sucesos para él y de datos para nosotros. Lo más que sabemos es de unos amores con cierta mujer que la crítica romántica elevó de clase social y la positivista ha reducido a criada del mesón donde Colón vivía, interesantes sólo porque el hijo resultado de ellos, don Fernando Colón, había de ser el primero en escribir una vida de su padre.

Colón, que no era un sabio, tampoco era un iluminado. Lo prueba que le apoyan hombres de negocios y judíos. Lo prueba que el rey Fernando, hombre

muy desconfiado, le ayudó. Que se interesaron por sus planes, Santángel, Quintanilla y otros, altos funcionarios de la hacienda real, gentes a quienes Colón hubo de parecer hombre de fiar, banqueros poco propensos a dejarse arrastrar por ensueños ni vagas fantasías. La lectura de estas negociaciones sugieren la idea de tratos puramente comerciales. Colón, que se ofrece a pagar parte de los gastos, exige una excesiva participación de los beneficios, y no se pone de acuerdo con la corona hasta que encuentra un socio para su empresa, un español, hombre práctico, marino, que ayuda con su influencia y unos barcos a poner en marcha la expedición. Para que todo sea desesperante en nuestra ignorancia, este hombre, Pinzón, muere apenas regresa del viaje, disgustado con el genovés, y sin que nada podamos saber de fijo respecto a la parte que tuvo en el descubrimiento.

Y llegamos al momento culminante, al que le gusta a la gente y a los historiadores románticos, al viernes 3 de agosto de 1492. Llegamos al momento que estremece al erudito en su gabinete de trabajo, que le hace considerar con horror la pequeñez, la fragilidad de tres barcos de vela dispuestos a lanzarse al *Mare Tenebrosus* de los antiguos, poblado de monstruos, etc. Aquí el erudito nos habla de todas las fantasías medievales sobre el Atlántico, las despliega ante nosotros para subrayar la audacia loca de Colón y su gente.

Aunque la realidad del momento se nos escapa, debió ser mucho menos compleja, menos escalofriante. Colón se limita a decir que preparó "tres navíos muy aptos para semejante fecho". Los monstruos habían reculado bastante en la imaginación popular al empuje de los descubrimientos portugueses, ante las pro-

mesas magníficas de tesoros encontradas por uno de los Pinzones en Roma, en cierta sentencia del rey Salomón que un amigo le había enseñado en la biblioteca del Papa (!).

Hay que insistir en esto, porque los historiadores tienden a dar la estampa de un Colón vencedor de resistencias y temores formidables. Sin duda los hubo, y prueba de ellos parece ser la rotura del timón de *La Pinta*; pero la alucinación colectiva, que dirían nuestros sociólogos, favorecía la empresa en vez de dificultarla. Que había alucinación, nos lo prueban los siguientes párrafos:

“Dice el Almirante que juraban muchos hombres honrados españoles, que en la Gomera estaban con Joña Inés Peraza. . . , que eran vecinos de la isla de Hierro, que cada año vía la tierra al Oeste de las Canarias, que es al Poniente; y otros de la Gomera afirmaban otro tanto con juramento. Dice aquí el Almirante que se acuerda que estando en Portugal el año de 1484 vino uno de la isla de la Madera al Rey a le pedir una carabela para ir a esta tierra que vía, el cual juraba que cada año la vía, y siempre de una manera; y también dice que se acuerda que lo mismo decían en las islas de los Azores, y todos éstos en una derrota, y en una manera de señal y en una grandeza”.

Alucinación, entusiasmo en la gente. Seguridad en el jefe, que sabe adónde va o cree saberlo —es lo mismo—, que hace primero rumbo a las Canarias, sigue luego al paralelo 28°, piensa encontrar tierra a 700 leguas. Certeza en todos.

Jueves 6 de septiembre, parte la flotilla de las Canarias. El diario de a bordo de Colón es lacónico, desesperante: “. . . temían los marineros y estaban

penados y no decían de qué” y a poco “iban muy alegres todos y los navíos quien más podía andar andaba por ver primero tierra”. (Lunes 17 de septiembre.) Noticias que irritan, angustiosas como conversación interesante oída por un teléfono que funciona mal. También ahora hemos de resignarnos —gozarnos— en la ignorancia. Hay declaraciones de algunos marineros que tomaron parte en la expedición, hechas muchos años más tarde (1515-1535), y a ellas se han agarrado los historiadores objetivos. Pero son deliciosamente contradictorias las tales declaraciones, como ocurre siempre que gente elemental es sometida a interrogatorios. Según Fernán Pérez Mateos, de ochenta años (1536), y Francisco García Vallejo, que formaba parte del equipaje de La Pinta, es Colón quien se desanimó al no encontrar tierra, y los Pinzones le hicieron seguir; según Francisco Morales, Colón se mantuvo enérgico y fueron los demás quienes flaquearon. El P. Las Casas se indigna con Fernández de Oviedo porque éste admite la posibilidad de que Colón se desanimase. Nosotros, más humanos, debemos admitir la alternativa. Todos tuvieron esperanza. Todos la perdieron. Todos hubieron de animarse, cuándo unos, cuándo otros, para no retroceder.

Hubo tiempo para ello. Treinta y cinco días de navegación sin ver tierra, presintiéndola siempre, interpretando como signos de su proximidad los pájaros, una ballena, un cangrejo vivo, la hierba. “En amaneciendo aquel lunes vieron muchas más yerbas, y que parecían yerbas de ríos, en las cuales hallaron un cangrejo vivo, el cual guardó el Almirante, y dice que aquellas fueron señales ciertas de tierra, porque no se hallan 80 leguas de tierra”. (17 de septiembre. Las

Canarias, a más de 300 leguas.) "... vinieron al navío en amaneciendo dos o tres pajaritos de tierra cantando, y después, antes del sol salido, desaparecieron". (Jueves 20 de septiembre. Las Canarias, a 450 leguas.) Y así siempre. Observaban las aves que venían al barco, y en las de paso, la dirección del vuelo —"toda la noche oyeron pasar pájaros"—, no para leer su destino, como el Cid al salir de Vivar, sino "porque sabía el Almirante que las más de las islas que tienen los portugueses, por las aves las descubrieron".

Ven una lumbre la noche del 11 de octubre, y la tierra el 12. Momento culminante el del logro de algo, momento culminante el desembarque de Colón para adueñarse de la tierra vista, en nombre de sus soberanos. Psicología elemental: así terminan las películas, ahora brillan los historiadores. La tripulación de las carabelas abraza al Almirante, le pide perdón por haber dudado de él, todos lloran, dan gracias al Altísimo. ... —*vide* Wáshington Irving—. No obstante, sabemos que tales momentos —lo sabemos por nuestra propia vida— no existen sino como elaboraciones *a posteriori*. Es de creer que la primera impresión de los españoles, muy al contrario de la de los indios, fué el desencanto. Por entonces no se hacía un viaje tan largo, como se hace hoy, para batir un récord, para demostrar la resistencia de una persona o de una máquina, sino con un propósito inmediatamente utilitario: se buscaban tierras ricas en oro y joyas, llevando a la práctica el sentimiento muy humano y tan español de que lo remoto es lo mejor siempre. Había una complicada arquitectura fantástica en las mentes de Colón, de Pinzón y de todos los expedicionarios, y con ella debía coincidir la realidad. Pero ésta, indó-

cil como casi siempre, daba, en lugar de países soberbios, de edificios magníficos con techo de oro y plata, unos cuantos indios, "todos desnudos como su madre los parió", buenas personas, que "venían a las barcas de los navíos adonde nós estábamos, nadando, y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas, y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nós les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo". "Ellos no traen armas ni las conocen, porque les amostré espadas, y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen algún fierro: sus azagayas son unas varas sin fierro, y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas. . ." Desilusión. Compás de espera. En tales casos, las primeras impresiones suelen ser malas y rectificables.

13 de octubre. Colón observa. Mira atentamente hacia las canoas de los indios que se aproximan: "remaban con una pala como de fornero, y anda a maravilla; y, si se le trastorna, luego se echan todos a nadar, y la enderezan y vacían con calabazas que traen ellos". Muy interesante, muy curioso todo esto. Sigamos: "traían ovillos de algodón filado y papagayos y azagayas y otras cositas que sería tedio de escribir, y todo daban por cualquiera cosa que se les diese. Y yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro, y vide que algunos dellos traían un pedazuelo colgado en un agujero que tienen a la nariz, y por señas pude entender que yendo al sur, o volviendo la isla por el sur, que estaba allí un rey que tenía grandes vasos dello y tenía muy mucho. Trabajé que fuesen

allá, y después vide que no entendían en la ida. Determiné de aguardar fasta mañana en la tarde, y después partir para Sudueste, . . . y así ir al Sudueste a buscar el oro y piedras preciosas.”

Y nada más. Durante los tres meses de exploración que siguen —el 16 de enero hacen rumbo a España— la escena es la misma en cada desembarco. Colón suelta a uno o a varios de sus indios —había cogido seis en Guanahaní— para que se pongan al habla con los del país. Si éstos no huyen, les ofrece algunas de las chucherías de que iban bien provistos. Los indios dan en seguida todo lo que poseen para obtenerlas, pero nada se les acepta, salvo el oro: “Y como fueron ciertos que no se les había de hacer mal, se aseguraron y vinieron luego a los navíos más de diez y seis almadías o canoas, con algodón hilado y otras cosillas suyas, de las cuales mandó el Almirante que no se tomase nada, porque supiesen que no buscaba el Almirante salvo oro, a que ellos llaman nucay.” Al ser preguntados por el oro, los indios traen alguno: “vinieron muchos indios con ganas de cascabeles y otras cosillas, de lo cual no se les daba nada hasta que trujesen oro, y como esto se les decía corrían a la ribera y en menos de una hora traía cada uno de ellos una hoja o un caracol lleno de granos de oro” (Bernáldez). Traen algo, pero señalan unánimes, insistentes, otras tierras donde hay mucho más; los informes más absurdos son buenos para Colón y los suyos. Lunes 12 de noviembre. “Partió del puerto y río de Mares al rendir del cuarto de alba para ir a una isla que mucho afirmaban los indios que traía, que se llamaba Baveque, adonde, según dicen por señas, que la gente della coge el oro con candelas de noche en la

playa, y después con martillo diz que hacían vergas dello. . . ” Martes 18 de diciembre: “En este día se resgató diz que poco oro; pero supo el Almirante de un hombre viejo que había muchas islas comarcanas, a cien leguas y más, según pudo entender, en las cuales nasce muy mucho oro, hasta decirle que había isla que era todo oro, y en las otras que hay tanta cantidad, que lo cogen y ciernen como con cedazo, y lo funden y hacen vergas y mil labores; figuraba por señas la hechura.” Algunas veces Colón desconfía: “. . . y cuasi al poner del sol, sorgí acerca del dicho cabo por saber si había allí oro, porque éstos que yo había hecho tomar en la isla de San Salvador me decían que ahí traían manillas de oro muy grandes a las piernas y a los brazos. Yo bien que creí que todo lo que decían era burla para se fugir.” Todavía el martes 27 de noviembre dice: “. . . y también no sé la lengua, y la gente destas tierras no me entienden, ni yo, ni otro que yo tenga, a ellos. Y estos indios que yo traigo muchas veces les entiendo una cosa por otra al contrario, ni fío mucho dellos porque muchas veces han probado a fugir.”

Duda y seguridad se convierten en impulsos, en ahinco para seguir la busca. Si la avidez es cualidad del Almirante o presión de la Corona, no lo discutiremos. Hay que justificar la expedición encontrando oro. No hay que descubrir tierras. No hay que convertir indios —sobre esto volveremos más tarde—. Hacen falta minas, la mina, hay que encontrarla. Lo demás nada importa: “Son estas islas muy verdes y fértiles, y de aires muy dulces, y puede haber muchas cosas que yo no sé, porque no me quiero detener por calar y andar muchas islas para fallar oro, y pues éstas dan

así estas señas que lo traen a los brazos y a las piernas, y es oro porque les amostré algunos pedazos del que yo tengo, no puedo errar, con el ayuda de Nuestro Señor, que yo no le falle adonde nace.” “Nuestro Señor me aderece por su piedad que halle este oro, digo su mina, que hartos tengo aquí que dicen que la saben.” “Yo no curo así de ver tanto por menudo, porque no lo podría facer en cincuenta años, porque quiero ver y descubrir lo más que yo pudiere, para volver a Vuestras Altezas, a Nuestro Señor aplaciendo, en abril. Verdad es que, fallando adonde haya oro o especería en cantidad, me deterné fasta que yo haya dello cuanto pudiere y por esto no fago sino andar para ver de topar en ello.” Multiplicar las citas sería hacer esto tan cansado como el diario mismo de Colón. Y lleguemos a la realización de sus deseos, con la rapidez de su impaciencia. En la última semana de diciembre hay noticias más seguras del oro. Parece que hay minas en Cibao, muy cerca de los nuestros. El martes 25 de diciembre, día de Navidad, encalla la Santa María. Colón reconoce en el accidente la mano de la Divina Providencia: “y conoció que Nuestro Señor había hecho encallar allí la nao porque hiciese allí asiento.” Otros no tan piadosos, sin duda, creyeron reconocer la mano del Almirante: “. . . tocó en tierra la nao capitana. . . e abrióse; pero no peligró ningún hombre: antes muchos pensaron que mañosamente la habían hecho tocar, para dexar en la tierra parte de la gente, como quedó” (Oviedo). También son interesantes estas palabras del cura de Los Palacios, Andrés Bernáldez: “. . . y fué forzoso, según pareció, dejarlos, porque como se perdió el un navío, no había en qué viniesen, y esto se calló acá y se dijo

que no quedaban sino por comienzo de pobladores.” Martín Alonso Pinzón protestó de la quedada de la gente en tono tan enérgico, que Colón estuvo a punto de hacerlo prender; nos lo dice también Oviedo. Colón nada nos dice. “Agora tengo ordenado de hacer una torre y fortaleza, todo muy bien, y una grande cava, no porque crea que haya esto menester por esta gente. . . Mas es razón que se haya esta torre, y se esté como se ha de estar, estando tan lexos de Vuestras Altezas.”

Tanta es la prisa de Colón por dar la buena nueva como había sido su impaciencia para buscar el oro. El 27 de diciembre dice el diario: “Ya entendía el Almirante con cuánta priesa podía por despacharse para la vuelta de Castilla.” Pero ¿no era en abril el viaje de vuelta? Hay un ritmo acelerado en estas páginas; a Colón, más expansivo gracias al éxito, se le escapan frases: “Dice que esta noche —miércoles 9 de enero— con el nombre de Nuestro Señor partiría a su viaje, sin más detenerse en cosa alguna, pues había hallado lo que buscaba.” ¿Está claro? Colón, satisfecho, fantasea, vuelve a acariciar viejos sueños, ahora que cree segura su realización: “. . . y dice que espera en Dios que a la vuelta que él entendía hacer de Castilla había de hallar un tonel de oro, que habrían resgatado los que había de dexar, y que habrían hallado la mano del oro y la especería, y aquello en tanta cantidad que los reyes antes de tres años emprendiesen y aderezasen para ir a conquista la Casa Santa, que así protesté a Vuestras Altezas que toda la ganancia desta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalén, y Vuestras Altezas se rieron y dijeron que les placía, y que sin esto tenían aquella

gana." Trompetazos, ¡oh, ahora sí que ha llegado el gran momento! ¡Cómo fulmina amenazas contra sus compañeros de expedición, molestos obstáculos para la hora del reparto! "Y después no sufriré hechos de malas personas y de poca virtud, las cuales contra quien les dió aquella honra presumen hacer su voluntad con poco acatamiento."

Oro, oro, oro... Se llama tuob, caona, nozay. Sus Altezas lo tienen todo en casa. El rey del país ha mandado hacer una estatua de oro puro tan grande como el Almirante. Dentro de diez días la traen. Lo ha dicho un privado suyo. (Pasan las noticias como en los luminosos.) Hay otra isla detrás de la Juana—Cuba—, donde los pedazos de oro son mayores que habas. Aquí, en la Española, sólo son como granos de trigo... Tuob, caona, nozay...

Y así podría terminar el relato del primer viaje. Pero es preciso iniciar la labor monótona, desesperante, de sirgador del Volga, la de combatir los castillos de niebla y arena elevados por historiadores, por los historiadores más serios: el ñoño e insípido Wáshington Irving; el más profundo, pero también ingenuo, Humboldt; y nuestro magnífico don Marcelino, siempre tan precipitado y sin pausa.

¿Cómo ve Colón a los indios? Temperamento tan simple como el suyo, seco, nada emotivo, duro, egoísta—la pretendida complejidad de su carácter sólo existe en la miopía espiritual de los eruditos o en la hipercrítica y bizantinismo intelectual de nuestra hora—, ve a los indios como objetos, como cosas que pueden producir un rendimiento. Ni es bondadoso ni es cruel en sí. Su actitud cambia con las circunstancias. Su

fondo es muy enérgico, muy duro. Lo retratan las palabras que dirigió a su gente cuando le amenazaba en el viaje de ida: "El dicho Almirante les dixo que no hiciesen aquello que querían hacer, porque en matallo a él e a sus criados, que eran pocos, no harían mucho, pero que tuviesen por cierto que su muerte les sería muy bien demandada por el Rey e la Reina nuestros señores." (Pleitos. Deposition de Francisco Morales.) Y sobre todo: "Aquí —diario, miércoles 10 de octubre— la gente ya no lo podía sufrir; quejábase del largo viaje; pero el Almirante los esforzó lo mejor que pudo dándoles buena esperanza de los provechos que podrían haber. Y añadía que por demás era quejarse, pues que él había venido a las Indias, y que así lo había de proseguir hasta hallarlas con el ayuda de nuestro Señor." Aquí está el Colón esencial: por demás era quejarse. A un hombre como él, probado por la desgracia, el hambre, la burla, ¿qué le podía ablandar? El derecho, la razón, son cosa del más fuerte. A los indios los desprecia porque sucumben ante los caníbales. "Otras cosas le contaban los dichos indios, por señas, muy maravillosas. Mas el Almirante no diz que las creía, sino que debían tener más astucia y mejor ingenio los de aquellas isla Bohío para los captivar qu'ellos, porque eran muy flacos de corazón." Abundan frases así en el diario: "El Almirante dice que bien cree que había algo dello [que los caribes comían a los otros indios], mas que, pues eran armados, sería gente de razón." Hablando de nuevas tribus: "Y que si no son de los caribes, al menos deben ser fronteros y de las mismas costumbres, y gente sin miedo, no como los otros de las otras islas que son cobardes y sin armas, fuera de razón."

Ya lo veremos más tarde como conquistador, pero en este primer viaje es el comerciante quien domina. Trata de no espantar a los indios, de infundirles confianza, de engatusarlos, extremando con ellos la amabilidad, pegajoso e insistente como viajante de comercio. Aquí Colón es el hombre de las rifas en los trenes-tranvías, que reparte caramelos a puñados antes de empezar el sorteo. ¡Y cómo alardea de su habilidad comercial, cómo se frota las manos! Pero dejémosle hablar a él: “Yo a cada uno le manda dar algo, es a saber algunas contecillas: diez o doce dellas de vidrio en un filo, y algunas sonajas de latón éstas que valen en Castilla un maravedí cada una, y algunas agujetas, de que todo tenían en grandísima excelencia. . .” En otra ocasión: “Y yo que estaba en la popa de la nao, que vide todo, envié por él, y le dí un bonete colorado y unas cuentas de vidrio verdes pequeñas que le puse al brazo, y dos cascabeles que le puse a las orejas, y le mandé volver su almadía que también tenía en la barca, y le envié a tierra. . . y le dí las dichas cosas porque nos tuviesen en esta estima porque otra vez cuando Vuestras Altezas aquí tornen a enviar no hagan mala compañía: y todo lo que yo le dí no valía cuatro maravedís.”

Sería derivar a las facilidades de la historia pintoresca al uso hacer el relato de cómo los nuestros vestían y adornaban a las indias que venían a los barcos, describir los presentes que hizo Colón al rey Guacanagarí, entre los que destacaban una camisa y unos guantes. “El señor ya traía camisa y guantes que el Almirante le había dado, y por los guantes hizo mayor fiesta que por cosa de las que le dió.” Etcétera. Iría nuestro buen cacique tan ufano con su camisa

como el rey del cuento del Conde Lucanor. Difícilmente podía figurarse en qué iban a acabar relaciones tan gratamente entabladas.

Y ahora una pregunta angustiosa, sugestiva, para nosotros, gentes viajeras, con un sentido del paisaje, educadas en generaciones de naturismo y aire libre. Nos inclinamos ávidos sobre Colón, el descubridor de un mundo nuevo, del que no existían referencias previas. ¿Qué vió, qué sintió al ponerse en contacto con tan extrañas realidades? ¿Un objeto explotable como vió en los indios? Oigamos a los historiadores románticos; para Humboldt, el Almirante, "à côté de tant de soins matériels et minutieux qui refroidissent l'âme, conservoit un sentiment profond de la majesté de la nature." Y elogia las pinturas animadas, las descripciones. "Dans ces tableaux de la nature (et pourquoi ne pas donner ce nom a des morceaux descriptifs pleins de charme et de vérité?) le vieux marin déploie quelquefois un talent de style que sauront apprécier ceux que sont initiés aux secrets de la langue espagnole, et qui préfèrent la viguer du coloris a une correction sévère et compassée." Menéndez Pelayo admite entre nosotros las ideas de Humboldt: ya tenemos a Colón consagrado como escritor y entrando a formar parte de las antologías clásicas castellanas.

Gentes de nuestra época, no tan proclives al entusiasmo como Humboldt y don Marcelino, han sido de opinión bastante diferente. Para Filson Young, literato y crítico inglés, autor de una vida del Almirante (*Christopher Columbus and the new world of his discovery*, Londres, 1911), "Colón was not a very lucid or exact writer, and he has but two methods of comparison: either a thing is like Spain, or it is not

like Spain. . . The essay written by a cockney child after a day at the seaside or in the country, is not greatly different from some of the *verbatim* passages of this Journal; and there is a charm in that fact too, for it gives as a picture of Columbus, in spite of his hunt for gold and precious stones, wandering, still a child' at heart, in the wonders of the enchanted world to which he had come."

Si la primera parte me parece exacta, en esto último no estoy de acuerdo con Young. Las descripciones de Colón son ingenuas sólo en la forma; pero su intención es interesada. Son el primer ejemplo de una literatura hoy abundantísima: los folletos de propaganda publicados por las sociedades de turismo y agencias de viaje. Colón hace el reclamo a las tierras que descubre. Todas las islas, todos los paisajes son como las mujeres reunidas en la venta de Don Quijote, que si una es hermosa, la otra lo es más. Pongamos a un lado las exageraciones: "y entremedias queda hondo y puerto para cuantas naos hay en la cristiandad"; "al pie del cabo había una boca de un buen río. . . y cabrían en él cuantos navíos hay en España"; "y certifica a los Reyes que las montañas que desde antier ha visto por estas costas y las destas islas, que le parece que no las hay más altas en el mundo." Pongamos a un lado las suposiciones gratuitas: "y dixo que creía que había grandísimas riquezas y piedras preciosas y especería en ellas"; "por la cual descubrió un valle grandísimo, y vídolo todo sembrado como cebadas, y sintió que debía de haber en aquel valle grandes poblaciones." "Adonde está una playa muy hermosa y un campo de árboles de mil maneras, y todos cargados de frutas, que creía

el Almirante ser de especería y nueces moscadas, sino que no estaban maduras y no se conocía”; “y hallaron árboles de almáciga muchos, y trujeron della, y dixeron que había mucha, salvo que no es agora el tiempo para cogella, porque no cuaja.”

Pongamos todo esto a un lado, y ¿qué nos queda? Los elogios a la suavidad del aire y a la pureza de las aguas —como hacen los lugareños que nada tienen que elogiar—. A las campiñas, verdes como por abril y mayo en Andalucía —cambia la provincia, unas veces dice Sevilla, y otras dice Córdoba, y otras la vega de Granada—. A la bondad de los indios, aunque ya sabemos que los desprecia. Las gentes de las islas “se hacen guerra la una a la otra, aunque éstos son muy símplies y muy lindos cuerpos de hombres.” Todo es idílico. Hasta elogia el canto de las ranas y los grillos por las noches. “El cantar de los grillos en toda la noche, con que se holgaban todos.”

Jamás, como digo, hay en Colón una descripción desinteresada. Insiste en los elogios a la naturaleza cuando no encuentra oro; y aun así, siempre deriva: “Ni me sé cansar los ojos de ver tan fermosas verduras y tan diversas de las nuestras, y aun creo que ha en ellas muchas yerbas y muchos árboles que valen mucho en España para tinturas y para medicinas de especería; mas yo no los conozco, de que llevo grande pena. Estaban todos los árboles verdes y llenos de fruta, y las yerbas todas floridas y muy altas, los caminos muy anchos y buenos, los aires eran como en abril en Castilla, cantaba el ruseñor y otros paxaritos como en el dicho mes en España, que dice que era la mayor dulzura del mundo. Las noches cantaban algunos paxaritos suavemente, los grillos y ranas

se oían muchas; los pescados como en España; vieron muchos almácigos y lignáloe y algodones; oro no hallaron, y no es maravilla en tan poco tiempo no se halle.”

En estos lugares comunes la fina sensibilidad de algunos historiadores ha descubierto un gran poeta, “el primero y el más grande de los poetas americanos”, según ha llegado a decirse; ha descubierto el sorprendente espectáculo de un hombre superior admirado por una naturaleza nunca vista y escribiendo una *Sinfonía pastoral*. No. A mi actitud la llamarán de censura, cuando es sólo deseo de ver claro. Colón era un hombre de negocios y es inútil pedirle delicadezas líricas que no sentía.

Dejemos a La Niña corriendo hacia España con la buena nueva. El Almirante va camino de la gloria y de los honores con que siempre ha soñado, y los períodos de felicidad suelen ser los más aburridos. Por eso, al llegar al momento feliz de los personajes, terminan los relatos. Pasemos al año 1500. Cristóbal Colón —ya no es Almirante— va a España. La carabela graciosa, rápida, La Niña, ha cedido el puesto a otra de nombre feo: La Gorda. Colón ha sido destituido del mando que ejercía en la isla Española y lleva los pies encadenados. Junto a él van sus hermanos Bartolomé y Diego, también con grillos.

En esta navegación de cerca de dos meses, Colón, en el embotamiento de su inmovilidad, puede recordar muchas cosas. La llegada a España, de vuelta del primer viaje, cuando las gentes se reunían a su paso, el rey de Portugal le daba audiencia en Lisboa, los Católicos en Barcelona. Se había sentado junto a

los reyes, les había mostrado sus indios y había recibido un escudo de armas él, el hijo de un tejedor de lana, donde estaba escrito que él, él solo, había dado un nuevo mundo a Castilla y a León.

Momento magnífico también cuando a tambor batiente, con las banderas desplegadas, sus hombres disparando al aire las espingardas, había salido para tomar posesión de las minas de oro del Cibao, cuando hizo construir una fortaleza y le dió el nombre de Santo Tomás, para confusión de los incrédulos, de quienes habían pensado que no había oro, y, sobre todo, cuando aquellos españoles perezosos que tanto se habían reído de él tuvieron que ocuparse en abrir caminos y en hacer pan. Ellos creían que el oro iba a aguardarles allí "en la playa arrollado" —como más tarde diría Las Casas—, que iban a obtenerlo sin sufrir años y años de espera como él. Aquel Fermín Zedo de Sevilla, que tanto cuenta en el segundo viaje "por hombre de mucho saber en el oro", que comenzó a decir que no lo había y luego resultó que "entendía muy poco en ello". Aquel P. Buyl, Bernal de Pisa, Roldán su criado, todos contra él, acusándole de duro, y lo mismo a su hermano, como si las circunstancias de la Isabela, la colonia fundada por él, no justificaran los medios más violentos.

¡Si los reyes, si la reina Isabel que tanto encargaba la moderación con los indios y tanto oro pedía, viniera allí y viese el trabajo que costaba obtenerlo! Porque el indio es indolente y prefiere suicidarse a hacer un esfuerzo, por pequeño que sea. ¡Y el rey Fernando, zorro viejo, dispuesto a estar con todos y con ninguno, desconfiado, insegurísimo, capaz de dar las órdenes más severas contra el Almirante y de re-

cibirlo luego con los brazos abiertos y con mil excusas!

¿Pensaría así Colón? ¡Pobre diablo el historiador, obligado a la eterna conjetura! No sabemos qué cosa pensaba Colón. Iba preso, ¿por qué? Historiadores de una mentalidad parlamentaria le han acusado de mal gobernante. Colón, gran marino, se mostró incapaz para el gobierno de la colonia, etcétera. Esto no puede decirse hoy. Colón era óptimo, dado un fin a conseguir no admitía la menor desviación de los medios, como no la había admitido en el rumbo de su primer viaje. Las aparentes contradicciones y flaquezas, que se observan en su conducta, nacen de un poder superior al suyo, de la corona, con la que debía contemporizar. Cuando actúa solo, la coherencia de todos sus actos, la dureza, la falta de humanidad, son ejemplares. A la vuelta de España, en su segundo viaje, lo primero que encuentran él y sus hombres al desembarcar, tras de unas señales que no han tenido contestación, son unos cadáveres, "el uno mancebo y el otro viejo a lo que parecía; y el viejo tenía una soga de esparto de las de Castilla, a la garganta, tendidos los brazos y atadas las manos a un palo, como en cruz." Son españoles. Jean Cocteau dice en *Thomas l'imposteur*: "Un miracle, s'il dure, cesse d'être considéré comme tel. C'est pourquoi les apparitions disparaissent si vite." Los treinta y ocho hombres del Fuerte Trinidad habían estado en contacto con los indios muchos meses para poder ser admirados como dioses. Se dispersaron, y robaban mujeres, el oro, todo lo que querían. Los indios los mataron sin dejar uno. ¿Qué hace Colón al saber el desastre? ¡Llora, se lamenta, piensa en las represalias?: "El Almirante

mandó catar todo el sitio donde los cristianos estaban fortalecidos porque él los había mandado que desque tuviesen alguna cantidad de oro que lo enterrasen." ¿Crueldad? No. Actitud unilateral, exclusiva. Lo mismo hace con los indios. En las instrucciones al capitán Pedro Margarite, jefe de la fortaleza de Santo Tomás, recomienda "que non les sea, fecho mal ni daño, ni les sea tomado cosa contra su voluntad: antes reciban honra e sean asegurados de manera que no se alteren", y a continuación dice: "... y porque en este camino que yo hice a Cibao acaesció que algún indio hurtó algo, si hallardes que alguno dellos furte, castigadlo también cortándole las narices y las orejas, porque son miembros que non podrán esconder; porque con esto se asegurará el rescate de la gente de toda la isla, dándole a entender que esto que se hizo a los otros indios, fué por el furto que hizo, y que a los buenos los mandarán tratar muy bien y a los malos que los castiguen."

Crueldad, claro, vista la situación del lado de los indios. Colón, al imponer unas contribuciones en oro bárbaras, excesivas, no hacía ni bien ni mal. Cumplía con su deber. "Ordenóse después de hacer una cierta moneda de cobre o latón en la cual se hiciese una señal, y ésta se mudase a cada tributo, para que cada indio de los tributarios la trajese al cuello, porque se cognociese quién lo había pagado y quién no." De este hombre meticulouso, de gran talento organizador, vienen diciéndose cosas estupendas hace siglos, que culminan en el libro de Jacob Wasserman, *Columbus der Don Quichote des Ozeans* (1929), donde pueden leerse párrafos como el siguiente: "Er wusste nicht was er tat. Vor dem höchsten Richter wird ihm das

angerechnet worden sein, und der Herr wird ihm verziehen haben. Er wusste niemals, im Guten und im Bösen nicht, was er tat."

Es fuerza de decir. ¿Habrá leído Wasserman el memorial que Antonio de Torres, capitán de la nao Marigalante y alcaide de la ciudad Isabela, lleva a los Reyes Católicos en 1494? ¿Era un soñador, un poeta, un hombre que vive en las nubes y nada entiende de la realidad el redactor de este memorial tan minucioso, donde se atan todos los cabos? Donde se habla de los animales que hacen falta: "De carneros vivos y aun antes corderos y cordericas, más fembras que machos, y algunos becerros y becerras pequeños, son menester que cada vez vengan en cualquier carabela que acá se enviare, y algunas asnas y asnos y yeguas para trabajo y simiente, que acá ninguna de estas animalias hay de que hombre se pueda ayudar ni valer." De cómo se deben fletar los navíos —más provechoso es y menos costa fletar los navíos como los fletan los mercaderes para Flandes, por toneladas—. Del vino que se ha derramado por culpa de los toneleros. Del envío de lavadores de metal "de los que andan en las minas allá en Almadén." De que vayan a Castilla algunos indios para aprender el idioma "y que no se hablen ni se vean sino muy tarde, que más presto deprenderán allá que no acá." Será lo mejor que estos indios sean caníbales "porque entre las otras islas las de los caníbales son mucho grandes y mucho bien pobladas, parecerá acá que tomar dellos y dellas y enviarlos allá a Castilla no sería sino bien, porque quitarse hían una vez de aquella inhumana costumbre que tienen de comer hombres, y allá en Castilla muy más presto recibirían el bautismo y farían el pro-

vecho de sus ánimas; aun entre estos pueblos que no son de esas costumbres, se ganaría gran crédito por nosotros viendo que aquellos prendiésemos y cativásemos de quien ellos suelen recibir daños y tienen tamaño miedo que del nombre sólo se espantan. . .”

Er wusste nicht was er tat. (?)

La idea de Wasserman no es de hoy. Es opinión corriente, reflejada en los más diversos libros y autores, que Colón era un iluminado, un místico, y, como tal, obedecía a fuerzas extrañas, que, para los románticos, venían de la Providencia, y, para los positivistas, eran hijas de su pobreza de conocimientos. Todos insisten, con alabanza o con censura, en la sincera religiosidad de Colón. Para los románticos, es éste un enviado de Dios. Así lo vemos, no sólo en Wáshington Irving y Roselly de Lorgues, que lo consideran impecable, sino en Humboldt, y en nuestro Menéndez Pelayo, quien sigue sus pasos, y dice: “Ni el ideal científico por sí solo, ni mucho menos el interés y el cálculo, hubieran bastado para producir el descubrimiento; y fué providencial que en el descubridor se juntasen aquellas tan diversas cualidades de místico. . .” Los positivistas aceptan el Colón místico denigrándolo; y así Ruge, quizá el mejor de todos, dice: “Er war ein fanatischer Schwärmer, befangen in einer selbsgeschaffenen mystischen Welt, befangen in einen Autoritätsglauben, der über alle Begriffe hat.” Sophus Ruge era un profesor de geografía del siglo de las luces, y su actitud no puede extrañarnos hoy. Pero es Vignaud, tan atinado siempre en sus juicios, quien tampoco duda de la religiosidad del descubridor. En el primer viaje no toma parte ningún clérigo “ce qui

est assez surprenant étant donné la grande piété de Colomb et le caractère religieux qu'il attribuait lui-même à son oeuvre."

Yo creo, frente a todas estas opiniones, que Colón fué hombre poco religioso. Su pretendida piedad era elaborada, consciente, extravertida, ritual. Así como en épocas materialistas —la nuestra*— tienden quienes poseen sentimientos religiosos, a ocultarlos, porque el arquetipo hoy es el del hombre fuerte (*self-made man*, industrial, piloto, Ford, Stines, etc.) que todo lo calcula y en nada depende del azar ni de fuerzas sobrenaturales, Colón, que era este mismo tipo de hombre fuerte y frío puesto en la segunda mitad del siglo xv, se veía a sí mismo, al hablar de su obra, como agente de Dios, como impulsado por fuerza sobrenatural que guiaba sus pasos. Pero esto no pasa de ser una forma de expresión que debemos fechar, lo cual le quita todo el alcance que hoy tendría. La religiosidad de Colón es tan secundaria en su espíritu, tan interesada, tan pendiente de resultados prácticos, como su pretendido sentimiento de la naturaleza.

En los primeros viajes olvida por completo el fin religioso de la expedición, limitándose a poner cruces en algunos puntos salientes de la costa, y si alude a la conversión de los indios, es de pasada. Véase el tono del siguiente párrafo del diario: "Ella es isla muy verde y llana y fertilísima, y no pongo duda que todo el año siembran panizo y cogen, y así todas otras cosas; y vide muchos árboles muy disformes de los nuestros, y dellos muchos que tenían los ramos de mu-

* Esto se escribía en 1929.

chas maneras y todo en un pie, y un ramito es de una manera y otro de otra, y tan disforme que es la mayor maravilla del mundo cuanta es la diversidad de la una manera a la otra, verbigracia: un ramo tenía las fojas a manera de cañas y otro de manera de lentisco; y así en un solo árbol de cinco o seis de estas maneras, y todos tan diversos: ni éstos son enjeridos, porque se pueda decir que el enjerto lo hace, antes son por los montes, ni cura dellos esta gente. No le conozco secta ninguna, y creo que muy presto se tornarían cristianos, porque ellos son de muy buen entender. Aquí son los peces tan disformes de los nuestros que es maravilla. Hay algunos hechos como gallos de las más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todas colores, y otros pintados de mil maneras; y las colores son tan finas que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos. También hay ballenas: bestias en tierra no vide ninguna de ninguna manera. . ." Véase el espacio que dedica a las plantas, a los peces y a la religión y podrá sacarse la consecuencia. También puede orientarnos el siguiente párrafo: "Tengo por dicho, serenísimos Príncipes, que sabiendo la lengua dispuesta suya personas devotas religiosas, que luego todos se tornarían cristianos; y así espero en nuestro Señor que Vuestras Altezas se determinarán a ello con mucha diligencia para tornar a la Iglesia tan grandes pueblos, y los convertirán, así como han destruído aquéllos que no quisieron confesar el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo; y después de sus días, que todos somos mortales, dejarán sus reinos en muy tranquilo estado, y limpios de heregía y maldad, y serán bien rescebidos delante el Eterno Criador, al cual plega

de les dar larga vida y acrecentamiento grande de mayores reinos y señoríos, y voluntad y disposición para acrecentar la santa religión cristiana, así como hasta aquí tienen fecho, amén. Hoy tiré la nao de monte y me despacho para partir el jueves en nombre de Dios e ir al Sueste a buscar el oro y especerías y descubrir tierra.” Inútil subrayar la diferencia de tono del último párrafo y la brusquedad de la transición. El pobre Colón sufre aquí las mismas desviaciones que había sufrido al describir los bellos paisajes del trópico: “Así que deben Vuestras Altezas determinarse a los hacer cristianos que creo que si comienzan, en poco tiempo acabará de los haber convertido a nuestra Santa Fe multitudumbre de pueblos, y cobrando grandes señoríos y riquezas y todos sus pueblos de la España, porque sin duda es en estas tierras grandísima suma de oro, que no sin causa dicen estos indios que yo traigo, que ha en estas islas lugares adonde cavan el oro. . .”

A esto los historiadores le llaman sorprendente complejidad de sentimientos. ¿No significa nada la actitud de Colón hacia el padre Buyl, tal como la describe Fernández de Oviedo? “. . .anduvieron muchas diferencias entre el almirante e aquel padre reverendo, fray Buyl. Y aquesto ovo principio, porque el Almirante ahorcó a algunos, y en especial a un Gaspar Ferriz, aragonés, e a otros azotó, e comenzó a se mostrar severo e con más riguridad de la que solía. . .” El Almirante era culpado de crudo en la opinión de aquel religioso, el cual, como tenía las veces del Papa, íbale a la mano; “e así como Colón hacía alguna cosa que al fraile no pareciese justa, en las cosas de la justicia criminal, luego ponía entredicho y hacía cesar el

oficio divino. Y en esa hora el Almirante mandaba cesar la ración, y que no se les diese de comer al fray Buyl ni a los de su casa. Mosén Pedro Margarite e los otros caballeros entendían en hacerlos amigos e tornábanlo a ser; pero para pocos días. Porque así como el Almirante hacía alguna cosa de las que es dicho, aquel padre le iba a la mano e tornaba a poner entredicho e a hacer cesar las horas e oficio divino, y el almirante también tornaba a poner su estanco y entredicho en los bastimentos, o no consentía que le fuesen dados al fraile ni a los clérigos ni a los que los servían." En estos casos la religión debía plegarse bajo su voluntad. Pero si hay temor a un castigo de la corona se deja crecer la barba y viste el hábito franciscano: "... e así desde a pocos días dixo al Almirante que se aparejase para ir a España, lo cual él sintió por cosa muy grave e vistióse de pardo como fraile y dexóse crescer la barba" (Bernáldez). Humboldt ve en esto un rasgo típico de la piedad colombina. Y nosotros también. ¿Cómo explicar que hiciera poner en estado de gracia a los mineros cuando iban a buscar el oro? Es Oviedo quien habla: "El almirante don Cristóbal Colón... no dexaba a los cristianos ir a coger oro sin que se confesasen e comulgasen. Y decía que, pues los indios estaban veinte días primero sin llegar a sus mujeres (ni a otras) e apartados dellas, e ayunaban, e decían ellos que quando se vían con la mujer, que no hallaban el oro; por tanto, que, pues aquellos indios bestiales hacían aquella solemnidad, que más razón era que los cristianos se apartasen de pecar y confesasen sus culpas, y que estando en gracia de Dios, nuestro Señor les daría más completamente los bienes temporales y espiritua-

les. Aquesta santimonia no placía a todos, porque decían que, cuanto a las mujeres, más apartados estaban que los indios, los que las tenían en España; e cuanto el ayunar, que muchos de los cristianos se morían de hambre e comían raíces e otros malos manjares y bebían agua; y que cuanto a la confesión, que la Iglesia no los costreñía sino una vez en el año. . .”

Hasta aquí la actitud de Colón no me ofrecía duda, resultaba coherente; pero después de su prisión, al ver que cuando vuelve a España se dedica a componer el *Libro de las Profecías*, me dejé llevar por el juicio de M. Pelayo, que encuentra en dicho libro “la filosofía del descubrimiento tal como Colón la entendía, con grandeza tal de espíritu que debe mover a respetuosa veneración al más escéptico.” Creí ver, como todos, una crisis profunda, un cambio completo en el espíritu del Almirante y hasta llegué a esbozar una teoría *more germanico*, según la cual en Colón habría dos personalidades: la práctica, genovesa, y la mística, castellana; luego establecía comparaciones con Carlos V y el Greco, casos típicos de absorción castellana. Mi satisfacción fué grande cuando encontré la misma idea en Humboldt: “La ferveur théologique qui caractérise Colomb ne lui venait pas de l’Italie, de ce pays republicain, commerçant, avide de richesses qui luit avait donné naissance: il l’avait puisée pendant le séjour qu’il fit en Andalousie et à Grenade, dans ses rapports intimes avec les moines du couvent de la Rabida, ses plus chers et ses plus utiles amis. Telle était sa dévotion qu’au retour du second voyage, en 1496, on le vit dans les rues de Seville en habit de moine de Saint-François. La foi était pour

Colomb une source d'inspirations variées: elle soutenait son audace au milieu du danger le plus menaçant; elle adoucissait de longues adversités par le charme des rêveries ascétiques. . .”

En fin: tuve que resignarme, valerosamente, a leer el *Libro de las Profecías*, tarea nada grata, y estaba perdido en una noche oscura, como conviene a todo aprendiz de místico, cuando el libro de Las Casas me hizo salir a la luz —luego diré por qué—. Colón buscaba en todos estos aparentes devaneos y divagaciones de un alma atormentada y vencida por el sufrimiento, etc., una utilidad práctica inmediata, como siempre. Era un alegato para lograr la rehabilitación de sus derechos este libro ultraterreno y visionario. Así adquieren pleno sentido las frases que siguen: “Todo lo que fasta hoy se navega, todo lo he andado. Trato y conversación he tenido con gente sabia, eclesiásticos e seglares, latinos y griegos, judíos y moros, y con otros muchos de otras setas.” “Digo que yo dejo todo mi navegar desde edad nueva y las pláticas que yo haya tenido con tanta gente en tantas tierras y de tantas setas, y dejo las tantas artes y escrituras de que yo arriba dije: solamente me tengo a la Santa y Sacra Escritura, y a algunas autoridades proféticas de algunas personas santas, que por revelación divina han dicho algo desto.” “Ya dije que para la ejecución de la impresa de las Indias no me aproveché razón ni matemática ni mapamundos: llenamente se cumplió lo que dijo Isaías y esto es lo que deseo de escribir aquí por le reducir a V. A. a memoria.” Ya lo tenemos. Si conseguía demostrar que estaba llamado a ser él y no otro el descubridor de las Indias, los reyes no dejarían de reponerle en sus dignidad que le habían

sido arrebatadas por Bobadilla. Y prueba de que Colón no perdía su tiempo es que la carta al P. Gorricio, en donde habla de las profecías, es del 13 de septiembre de 1501 y del 27 del mismo mes y año la orden de restitución. "Mandaron al comendador de Lares que restituyese al Almirante y a sus hermanos todo el oro y joyas y las haciendas de ganados y bastimentos de pan y vino, y libros, y los vestidos y atavíos de sus personas, que el comendador Bobadilla les había tomado, y que le acudiesen sus oficiales con el diezmo y el ochavo de oro, y de todas las otras ganancias y provechos, según que sus privilegios rezaban."

Los reyes debían restituirle sus privilegios, anular los permisos que habían dado a otros exploradores. Era Dios, no Colón, quien lo exigía. No se sabe qué admirar más en esta idea, si su ingenuidad o su audacia. Colón mantiene también ahora —la mantendrá hasta el fin— su actitud de solicitante, aquella continuidad en la importunación que mencionábamos ya en sus primeros pasos y que se desvía de las cortes terrestres hacia la celestial, poniendo a Dios al servicio de sus propósitos. Más que ser Colón el siervo de Dios, como se ha dicho, era Dios el siervo de Colón. No otra cosa significa la visión de Veragua, como la llama Humboldt, la voz que el Almirante oye en momentos de supremo peligro, en su cuarto viaje, voz apologética y laudatoria que enumera todos sus servicios con la insistencia de siempre: "O estulto y tardo a creer y a servir a tu Dios, Dios de todos. . . Cuando te vido en edad de que él fué contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las

Indias que son parte del mundo tan ricas, te las dió por tuyas, tú las repartiste adonde te plugo y te dió poder para ello. . . Dicho tengo lo que tu Criador ha fecho por ti y hace con todos. Ahora medio muestra el galardón de estos afanes y peligros que has pasado sirviendo a otros." Estando tan a las claras Dios del lado del Almirante, los enemigos de éste y Satanás son una misma cosa.

En resumen, todo el supuesto misticismo, profetismo e iluminismo de Colón, no pasa de ser una manifestación parcial de aquella su manía pleiteante de los últimos años, que se hizo famosa en la frase de D. Francisco de Zúñiga, bufón del emperador Carlos V. Si no fuera suficiente lo dicho, basta pensar en la actividad que despliega el Almirante en esta misma época, preparando una nueva expedición. Nos lo dice Angelo Trivigiano, secretario de la Legación veneciana en España:

"El Columbo se mete in ordene per andar a discoprir et dice voler far uno viazo più bello et de mazore utilità che alcun altro l'habia fato. Credo partirà a tempo novo: con lui va molti miei amici che al suo ritorno me farano partecipe del tutto. Sono eriam preparate a Cades molte caravelle che da zorno in zorno devono partire per la Insula Spagnuola con 3000 uomini." También nos lo dice Las Casas, reduciendo las cifras del veneciano: "Despacharon finalmente los reyes al Almirante, mandándole dar todas las provisiones que para Sevilla y Cádiz eran necesarias para la expedición de su flota o armada; salió con ellas de la ciudad de Granada en el mes de octubre para Sevilla, donde luego con mucha diligencia entendió

en su despacho. Compró cuatro navíos. . . juntó 140 hombres entre chicos y grandes. . .”

A Dios rogando y con el palo dando. Disipado el fantasma del misticismo “pauroso como tutto quello che è incerto” (Croce), nos queda el Colón de siempre, el buscador de oro, que en medio de los horrores de su último viaje, encuentra fuerzas para gritar: “. . . el oro es excelentísimo: del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega a que echa las ánimas al Paraíso.”

(Revista de Occidente. Madrid, febrero, 1930.)

DOS ESTUDIOS SOBRE EL MISMO TEMA

En un trozo de historiografía la disposición es el argumento; exposiciones de hechos, cada una de las cuales es verdad, pueden ser dispuestas de muchas maneras; y como alguna disposición es siempre necesaria, ningún historiador puede ser verdaderamente "imparcial".

SHOTWELL, *Historia de la Historia*

POCO ENVIDIABLE resulta hoy la situación de quienes nos hemos formado en los estudios históricos dentro del ambiente confiado y alegre del credo positivista. En él se nos adormecía, dedicándonos a la plácida rebusca de documentos, a la aportación de "hechos", procurando disipar nuestros escrúpulos con la afirmación de que la interpretación y la síntesis vendrían más tarde, serían tarea para generaciones posteriores, las cuales podrían edificar sobre la base sólida que nosotros íbamos a entregarles.

¡Qué descansada vida, dentro de su afanoso rebuscar, la de nuestros maestros! Nada de preocupaciones filosóficas, nada de visiones de conjunto, ni sombra de ideas discutibles o contradictorias. Buscad hechos, aportad documentos nuevos, afinad vuestras técnicas filológicas, acrecentad vuestros materiales, que la verdad se desprenderá luego por sí sola como fruto maduro.

¿Y hoy? ¿Nos queda algo, acaso, de estas confiadas ilusiones? ¿Hemos aprendido, realmente, tantas

cosas en los montones de materiales que nuestros predecesores han acumulado con tanta diligencia? ¡O, por el contrario, nos encontramos desbordados, llenos de fatiga, corriendo el peligro de seguir la suerte del erudito de Anatole France, sepultado bajo el torrente de sus papéletas?

Es grave tener que aceptar que esta última es, en verdad, la situación. Que después de la confiada actitud, pasiva y cómoda en el fondo, de los positivistas, quienes, en último término, se limitaron a repetir—sabiéndolo o no—, “detrás de mí, el diluvio”, nos encontramos con que el diluvio ha comenzado ya, y con que sus aguas amenazan tragarnos.

A primera vista esta situación no puede ser más desconsoladora. El positivismo deshumanizó la historia y, lo que es aún más grave, deshumanizó al historiador. Postuló para éste una total despreocupación de aparato registrador, le pidió que fuera ajeno a todos los conflictos, a todas las ideas de su época, que se vaciase de todo contenido espiritual. Sólo así podría el historiador analizar y criticar las producciones de otras épocas y de culturas distintas de la suya, alcanzando la difícil posesión del conocimiento histórico.

¿Se ha logrado esto? No. Al vaciarse el propio historiador, también su obra se ha quedado sin contenido. En vez de tener más alcance, lo que ha hecho ha sido bajar de nivel, y el resultado se aprecia en que la gente no lee hoy, en general, historia. El historiador ha ido convirtiéndose en un ser limitado que cambia fichas con otros colegas, como podía cambiar sellos o resolver jugadas de ajedrez por tarjeta postal. En el mejor de los casos el hombre de la calle

piensa del historiador que es una pobre criatura, incapaz de enfrentarse con la vida, que se refugia en el estudio del pasado porque en él no encuentra una oposición, una lucha, de la que no se siente capaz. El hombre de la calle está hoy como siempre ávido de historia, y se lanza sobre las producciones de aquéllos que por haber participado activamente en el torbellino de su época, dan al relato de sus propias vidas o de vidas ajenas un palpar, un aliento de pasión, cosa que nunca se encuentra en las obras de los profesionales de la historia.

Me parece innegable que si algún género histórico se ha mantenido en auge en nuestros días ha sido el biográfico, cultivado —con más o menos dosis de mistificación— por personas no procedentes del campo de los estudios históricos propiamente dichos, pero que han tenido buen cuidado de evitar en sus libros esa frialdad, esa seriedad, ese olor a muerto que han invadido las producciones de la historia “científica”.

¿No puede esto indicarnos el camino a seguir? ¿No se ve claro en el éxito de algunas biografías publicadas en los últimos años que el público presiente y agradece en ellas la existencia de elementos que siempre se habían considerado como esenciales en la historia, el relato bien elaborado, el trabajo de selección inteligente que sabe destacar ciertos aspectos, y, a su vez, prescindir de todo lo farragoso e inútil? Pero hay más aún. La biografía es, entre todos los géneros históricos, el único que ha sabido mantener el contacto con la vida humana, frente a la deshumanización de que han hecho gala los historiadores “científicos”. Esto la ha salvado de la catástrofe, porque la historia

es, como nos dice Huizinga, la disciplina que mantiene contacto más estrecho con la vida, y se la mata, sin más, si se quiere prescindir de esta íntima relación.

Cabe pensar, pues, que no está todo perdido. Que hay un camino de salvación para el historiador, y que este camino sigue la dirección del que ha venido recorriendo últimamente. El historiador deberá humanizarse, partir de la humilde verdad de que también él es un ser limitado, un complejo de ideas y pasiones e instintos, un hombre, en fin, con toda la grandeza y toda la servidumbre que ello implica, y que sólo así, con la aceptación previa de todas sus limitaciones de tiempo, lugar, cultura, forma de vida, de su circunstancia, en suma, podrá proyectar su atención sobre el pasado, y fecundar su visión con la propia experiencia vital, y dejarse, a su vez, fecundar por el pasado mismo.

Estas consideraciones, entre otras que preocupan y desazonan hoy a muchos estudiosos de la historia, se han impuesto a mi atención de modo muy especial por las huellas cruzadas que han dejado en mí algunos estudios que venía realizando, y las vicisitudes de mi propia vida. Sé que suena a herejía que el historiador hable de sí mismo, pero no puedo evitarlo —ni quiero—. Antes de comenzar la guerra de España, me ocupaba yo preferentemente de la preparación de una edición crítica de la *Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo. Necesitando presentar un trabajo

para el XXVI Congreso de Americanistas, que se celebró en Sevilla en octubre de 1935, hube de resumir en forma un poco aventurada —como siempre hay que hacerlo— mis puntos de vista sobre algunos aspectos de la historiografía española, y, en especial, sobre la obra de Bernal Díaz. Este resumen constituye el primero de los dos trabajos que publico a continuación. En él acepto como verdadera la visión dada por Bernal de la conquista de México. Son los hombres que rodean a Cortés, y no el conquistador, quienes llevan todo el peso de ella, quienes tienen la iniciativa y la responsabilidad en los momentos más difíciles. Cortés es uno de tantos entre los hombres que le acompañan.

De no producirse la guerra de España, el prólogo que yo habría puesto a mi edición de Bernal' —del cual el trabajo aludido no es sino un boceto— hubiera estado concebido y orientado en términos análogos. Pero estalla la guerra, tomo parte en ella, y adquiero así una experiencia directa, vivida, de los problemas militares, experiencia que no me hubieran dado todos los libros de historia del mundo. Y veo de cerca cuál es en la guerra —esa piedra de toque de todos los valores humanos, pues en ella existe de continuo la presencia de la muerte, más desvanecida y oculta en la vida ordinaria— el papel de los jefes, de los jefes que saben mandar, y de los soldados que saben obedecer y morir, la necesidad profunda de la jerarquía y de la disciplina en un ejército, cosas todas que habíamos ido olvidando, desdeñando tal vez, en nuestra sociedad civilizada, liberal e individualista. Ello me lleva a revisar toda mi concepción de una se-

rie de problemas históricos, y también de la obra de Bernal Díaz. Terminada la guerra la leo de nuevo, estudio con mayor atención que antes el texto de Gómara, comparo ambos, y llego a las conclusiones del segundo de los trabajos publicados a continuación. En ellas, aunque no acepto totalmente el exclusivismo cortesiano de Gómara, reconozco que Cortés tuvo un papel mucho más destacado en la conquista que el que Bernal le asigna.

¿Hubiera yo experimentado este cambio de apreciación de no haberse producido en mi vida la tremenda experiencia de la guerra de España? De seguro que no. Por ello me ha parecido que podía tener interés la publicación conjunta de los dos trabajos, por si sirve de motivo de reflexión a los confiados creyentes en la simple acumulación de datos como generatriz de un mejor conocimiento en línea recta. En mí no ha habido una simple acumulación de datos, sino *un cambio de punto de vista* motivado, no por lecturas o reflexiones, sino por una experiencia vivida, por una *Erlebnis*. La misma persona —si es que puedo decir que soy ahora la misma persona que era antes de la guerra—, trabajando sobre el mismo tema, utilizando el mismo método, puede llegar a conclusiones distintas y aun contrarias si se produce un cambio en su vida. ¿No es éste un tema digno de llamar la atención de los historiadores científicos? Yo creo que sí. Y por ello he pensado que la publicación simultánea de mis dos trabajos puede constituir una aportación no desprovista de interés a la meditación sobre temas que hoy preocupan a muchos cultivadores de la historia. ¿Cabe, como se nos ha venido di-

ciendo últimamente, que el historiador se despersonalice por entero? De no ser esto posible, ¿hasta qué punto su propia personalidad y la de la época y el ambiente en que vive pueden y aun deben influir en su visión del pasado? ¿De qué complejo de ideas y sentimientos echa mano el historiador, consciente o subconscientemente, para analizar los hechos, para seleccionarlos y para interpretarlos, ya que esta necesidad de selección, de interpretación y de síntesis está pasando urgentemente al primer plano? ¿No dará este elemento subjetivo al traste con la unidad y la cohesión de conocimientos históricos logrados tras grandes esfuerzos? Estas cuestiones apremiantes están llamadas a desvelar a los historiadores positivistas, a interrumpir su siesta de la publicación sin fin de documentos, y si bien es cierto que ellas complican terriblemente la misión del historiador, también lo es que sus esfuerzos corren peligro de ser estériles si no se las plantea honrada e implacablemente.

I

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO Y EL POPULARISMO EN LA HISTORIOGRAFIA ESPAÑOLA

“La Historia es, de todas las ciencias, la que se acerca más a la vida. En esta relación indestructible con la vida reside para la Historia su debilidad y su fuerza. Hace variables sus normas, dudosa su certidumbre; pero, al mismo tiempo, le da su universalidad, su importancia, su gravedad.” Estas palabras de Huizinga tienen, sin duda, valor universal; pero yo las considero aplicables a España más que a ningún otro país. En España la historia está tan íntimamente unida a la vida, que nuestras producciones históricas más valiosas son las que se han escrito al filo de los hechos, las que han nacido de una visión directa, de una vivencia de los acontecimientos relatados.

Es frecuente que el erudito español, al elaborar una historia de tipo alto, científico, de base documental y libresca, fracase en su empeño. Nos bastará, a este respecto, con recordar lo ocurrido en la crónica oficial de Indias. En cambio, cualquier testigo o actor de hechos destacados suele tener entre nosotros una capacidad, una fuerza plástica en la descripción, una viveza y exactitud en el detalle, que no creo hayan sido alcanzadas en la producción historiográfica de otros países.

En nuestro suelo han abundado las obras históricas. La crónica medieval tenía por objeto relatar los hechos de los reyes, según nos lo dice la de Alfonso XI, modelo del género en opinión de Fueter. En efecto, a partir de Alfonso X, cada monarca español tiene una o varias crónicas dedicadas al relato de los hechos de su reinado, cuyos autores no siempre son conocidos.

En el siglo xv, cuando decae el poder real bajo los débiles monarcas de la casa de Trastámara, pasan a ser asunto de las crónicas no sólo las acciones del rey, sino también las de los nobles. Y así, al lado de la crónica de don Enrique III surgirá la magnífica de Don Pero Niño, conde de Buelna, espejo de caballeros; frente a la de Don Juan II, la de su privado Don Alvaro de Luna; junto a las de Enrique IV, la del condestable Miguel Lucas de Iranzo, favorito del monarca, la de Don Alonso de Monroy, claverero de Alcántara, y otras. Reyes y nobles desfilan en la estupenda galería de retratos que son las *Generaciones y semblanzas* de Pérez de Guzmán.

También aparece ya en el siglo xv en nuestra patria el libro de viajes, representado por las deliciosas *Andanças* de Pero Tafur, caballero de noble familia andaluza que, aprovechando las treguas con los moros granadinos, hace un viaje a los Santos Lugares y recorre diversos países. Pero Tafur, cuya obra se prestaba al relato de todo género de estupendos prodigios, nos dirá: "Yo uve buena información de la çibdat de Damasco, pero, pues non la vi, déxolo para quien la vido."

En pleno Renacimiento, reinando los Reyes Ca-

tólicos, cuando la historia trata de elevar su nivel imitando los modelos de la antigüedad clásica —con lo cual lo único que consigue es inundar el relato de discursos farragosos, como ocurre en la crónica de Hernando del Pulgar—, surge un magnífico representante del relato directo, de tipo popular, en Andrés Bernáldez, cura de Los Palacios. No desdeñará éste decirnos que escribe el libro a instancias de una abuela suya. “Yo, el que estos capítulos de memorias escribí, siendo de doce años, leyendo en un registro de mi abuelo difunto, que fué escribano público en la villa de Fuentes, de la encomienda mayor de León, donde yo nací, hallé unos capítulos de algunas cosas hazañosas que en su tiempo habían acaecido, y oyéndolas leer mi abuela viuda, su mujer, siendo en casi senitud, me dijo ‘Hijo, y tú, ¿por qué no escribes así las cosas de ahora como están éstas? Pues no hayas pereza de escribir las cosas buenas que en tus días acaecieren, porque las sepan los que después vinieren, y maravillándose desque las lean, den gracias a Dios’.” Ni omitirá que la reina Isabel se tiró de los pelos al saber la actitud de rebeldía en que estaba colocado el arzobispo de Toledo Don Alonso Carrillo. “Y el arzobispo con mal seso le envió a decir a la reina que supiese certificadamente que si allá iba, que entrando ella en Alcalá por una puerta, que él se iría huyendo por la otra. Y como esto supo la reina estando oyendo misa, la misa acabada, obo tanto enojo, que echó mano a sus cabellos.” El alba de una nueva España apuntará en las notas sencillas de una canción infantil. “Después que se comenzaron las guerras en Castilla entre el rey Don Enrique e los caballeros de sus

reinos, e antes que el rey Don Fernando casase con la reina Doña Isabel, se decía un cantar en Castilla, que decían las gentes nuevas, a quien la música suele aplacer, a muy buena sonada: 'Flores de Aragón, dentro en Castilla son'. E los niños tomaban pendoncitos chiquitos, y caballeros en cañas, jineteando, decían: '¡Pendón de Aragón, pendón de Aragón!' E yo lo decía y dije más de cinco veces. Pues bien podemos decir aquí, según la experiencia que adelante se siguió: *Domine, ex ore infantium et lactantium perfecisti laudem...*" Sin abandonar este tono familiar escribe Bernáldez páginas insuperables sobre la toma de Granada, la expulsión de los judíos y el descubrimiento de América. Sobradamente conocida es su semblanza de Cristóbal Colón.

Mientras en España hace estragos la tendencia historiográfica erudita, que nos da enrevesados relatos de la vida del Gran Capitán, textos latinos sobre la de Cisneros y multitud de esbozos y acopios de materiales para la de Carlos V, se vuelca y desborda en América el español iletrado, con su gozoso afán de contemplar escenarios nunca vistos y de realizar hazañas descomunales. Ahora ya no son reyes ni nobles quienes llevan a cabo los hechos heroicos, sino cualquier caudillo o soldado de expedición conquistadora, y en consonancia cambia el nivel social de temas y autores de crónicas. Fernández de Oviedo precisa que se trata de un hecho típicamente español. "Rara cosa y presçioso don de la natura, y no visto en otra nación alguna tan copiosa y generalmente concedida como a la gente española; porque en Italia Francia y en los más reinos del mundo, solamente los

caballeros son especial o naturalmente exercitados e dedicados a la guerra, o los inclinados e dispuestos para ella; y las otras gentes populares e los que son dados a las artes mecánicas e a la agricultura e gente plebea, pocos dellos son los que se ocupan en las armas o las quieren entre los extraños. Pero en nuestra nación española no paresce sino que comúnmente todos los hombres della nascieron principal y especialmente dedicados a las armas y a su exercicio, y les son ellas e la guerra tan apropiada cosa, que todo lo demás les es açessorio, e de todo se desocupan de grado para la milicia. Y desta causa, aunque pocos en número, siempre han hecho los conquistadores españoles en estas partes lo que no pudieron aver hecho ni acabado muchos de otras naciones.”

Es un extranjero —Friederici— quien nos dice que no hay en ningún país cantidad tan grande de soldados cronistas como en el nuestro. Característico es en ellos el desprecio por la erudición libresca, si bien procuran exhibir ingenua y repetidamente la poca que poseen. Representante genuino de esta actitud es Gonzalo Fernández de Oviedo, quien a cada paso dice no sirven de nada la elegancia del estilo y la erudición si no se ha vivido lo que se quiere relatar. Sus ataques se dirigen contra Pedro Mártir, cronista palatino, que escribió sus *Decadas de Orbe Novo* sin moverse de España. “Quanto más que [los autores pasados] no como experimentadores, como nuestros españoles, buscando el mundo, sino como especuladores, estándose quedos, hablan a su beneplácito.” “Las quales [las materias de estos libros] no he sacado de dos mil millares de volúmenes que haya leído,

como en el lugar suso alegado Plinio escribe. . . pero yo acumulé todo lo que aquí escribo de dos mil millones de trabajos y nescessidades e peligros en veinte e dos años e más que ha que veo y experimento por mi persona estas cosas." Frases como éstas saltan de continuo en las páginas de Oviedo.

Si en el fondo Oviedo sentía temor al pensar que su cultura era insuficiente, mayor lo había de sentir el capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de los guerreros que más se distinguieron en la conquista de México. El mismo nos dice que dejó de escribir su crónica cuando llegó a sus manos la de Gómara, el capellán de Cortés. Sin embargo, felizmente para nosotros, reanudó el trabajo al convencerse de las falsedades en que incurría el clérigo panegirista del caudillo. Bernal Díaz adopta frente a Gómara la misma actitud que Oviedo frente a Pedro Mártir. Y aunque su obra ofrece calidades estupendas y únicas la posteridad no ha hecho justicia a sus méritos, dando por bueno el juicio adverso de Antonio de Solís, el cronista del siglo xvii que, amparado en la maravilla de su prosa, ha dado la versión clásica del relato de la conquista de México por los españoles. Solís dice lo siguiente de la obra de Bernal: "Passa hoy por historia verdadera, ayudándose del mismo desaliño y poco adorno de su estilo para parecerse a la verdad y acreditar con algunos la sinceridad del escritor; pero aunque le assiste la circunstancia de aver visto lo que escribió, se conoce de su misma obra que no tuvo la vista libre de passiones para que fuesse bien gobernada la pluma: muéstrase tan satisfecho de su ingenuidad como que-xoso de su fortuna; andan entre sus renglones muy

descubiertas la envidia y la ambición; y paran muchas veces estos afectos destemplados en quejas contra Hernán Cortés, principal héroe desta historia, procurando penetrar sus designios para deslucir y enmendar sus consejos; y diziendo muchas veces como infalible, no lo que ordenava y disponía su capitán, sino lo que murmuravan los soldados; en cuya república hay tanto vulgo como en las demás, siendo en todas de igual peligro que se permita el discurrir a los que nacieron para obedecer.”

Los juicios de los historiadores sobre la crónica de Bernal suelen limitarse a insistir en lo dicho por Solís, y todos hablan de la rudeza de estilo, de la soberbia, e incluso de la animosidad contra Cortés de nuestro cronista. Todo ello es inexacto. El estilo de Bernal es difícilmente superable en fuerza descriptiva y en la gracia de la narración. Tiene el sentido del detalle preciso, para lo cual le ayuda una memoria sorprendente. Si a Alonso de Grado, un capitán de quien Cortés estaba quejoso, lo ponen dos días en un cepo, Bernal nos dará la noticia, añadiendo: “Acuérdome que olía la madera de aquel cepo como a sabor de axos o cebollas.” Preocupado por el logro de la veracidad máxima, no juzga indignos de su relato los detalles más menudos. Nunca se olvida de contar las gradas que tienen los templos. “E luego nos baxamos las gradas abaxo, y como eran çiento y catorze, e algunos de nuestros soldados estavan malos de buvas o humores, les dolieron los muslos del abaxar.” Tampoco escapan a su atención los montones de calaveras. “Acuérdome que tenían en una plaça, adonde estavan unos adoratorios, puestos tantos ri-

meros de calaveras de muertos, que se podían contar, segud el conçierto como estavan puestas, que al paresçer que serían más de çient mill; y en otra parte de la plaça estavan otros tantos remeros de çancarrones, huesos de muerto, que no se podían contar.”

Sin embargo, estos detalles menudos, por vivos y sabrosos que sean, no bastan para hacer de Bernal un gran artista. Su pluma conserva la exactitud y el brío cuando se trata de relatos amplios, y lo mismo describe las peripecias de un combate que el barullo del gran mercado mexicano o el género de vida de Moctezuma.

Véase una escena tomada al azar:

Y después destas pláticas nos dixerón por señas que fuésemos con ellos a su pueblo, y estuvimos tomando consejo si iríamos o no, y acordamos con buen conçierto de ir muy sobre aviso. Y lleváronnos a unas casas muy grandes, que heran adoratorios de sus ídolos, y bien labradas de cal y canto, y tenían figurado en unas paredes muchos bultos de serpientes y culebras grandes, y otras pinturas de ídolos cie malas figuras; y alderredor de uno como altar, lleno de gotas de sangre muy fresca, y en otra parte de los ídolos, tenían unos como a manera de señales de cruces, y todo pintado, de lo qual nos admiramos como cosa nunca vista ni oída. Y según paresció, en aquella sason avían sacrificado a sus ídolos çiertos indios para que les diesen vitoria contra nosotros; y andavan muchas indias riéndose y holgándose, y al pareçer muy de paz; y como se juntavan tantos indios, temimos no ubiese alguna sagalagarda como la pasada de Cotoche. Y estando desta manera, vinieron otros muchos indios, que traían muy roínes mantas, cargados de carrizos secos, y los pusieron en un llano; y luego tras éstos vinieron dos esquadrones de indios flecheros, con lanças y

rodela y hondas y piedras, y con sus armas de algodón, y puestos en conjierto, y en cada esquadron su capitán, los quales se apartaron poco trecho de nosotros. Y luego en aquel instante salieron de otra casa, que hera su adoratorio de ídolos, diez indios que traían las ropas de mantas de algodón largas que les davan hasta los pies, y heran blancas, y los cabellos muy grandes llenos de sangre rebuelta con ellos, que no se pueden desparzir ni aun peinar si no se cortan; los quales indios eran sacerdotas de ídolos, que en la Nueva España comúnmente se llamavan papas, y ansí los nombraré de aquí adelante. Y aquellos papas nos traxeron sahumerios, como a manera de resina, que entre ellos llaman copal; y con brazeros de barro llenos de axcuas nos començaron a sahumar, y por señas nos dizen que nos vamos de sus tierras antes que a aquella leña que allí tienen junta se ponga fuego y se acabe de arder; si no, que nos darán guerra y matarán. Y luego mandaron pegar fuego a los carrizos, y se fueron los papas sin más nos hablar. Y los que estaban aperçebidos en los esquadrones para nos dar guerra començaron a silvar y a tañer sus bozinas y a tabalejos.

Después de leer trozos como éste no se concibe el juicio adverso de un historiador de la talla de Prescott: "Los méritos literarios de la obra son de índole muy humilde, como podría esperarse de la condición del escritor." Y es Prescott también quien nos habla de la vulgar vanidad de Bernal, que irrumpe con ostentación verdaderamente cómica en cada página de su obra. Extraña idea debía de tener de la naturaleza humana el gran historiador norteamericano si, según él, hechos como la conquista de México no pueden engendrar orgullo en quienes los realizan. Los conquistadores tienen una conciencia plena de la pers-

pectiva histórica de sus actos, y frases como éstas son frecuentes en Bernal:

“Y a lo que, señores, dezís, que jamás capitán romano de los muy nombrados an acometido tan grandes hechos como nosotros, dizen verdad. E agora y adelante, mediante Dios, dirán en las istorias que desto harán memoria mucho más que de los antepasados.”

“¿Qué hombres á avido en el mundo que osasen entrar quatroçientos soldados, y aun no llegamos a ellos, en una fuerte çibdad como es México, qu'es mayor que Venençia, estando apartados de nuestra Castilla sobre más de mill y quinientas leguas, y prender a un tan gran señor, y hazer justiçia de sus capitanes delante dél?”

Si lo que se discute es la participación personal de nuestro cronista en la gran empresa, deben leerse los últimos capítulos de su libro, en especial la estupenda “Memoria de las batallas y encuentros en que me he hallado.” Bien podía decir quien tales hechos tenía en su haber, sin que le tachemos de vanidad vulgar: “Y entre los fuertes conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, a mí me tenían en la cuenta dellos, y el más antiguo de todos. Y digo otra vez que yo, yo y yo, dígolo tantas vezes, que yo soy el más antiguo, y lo he servido como muy buen soldado a Su Magestad.”

La actitud de Bernal frente a Cortés, y la relación en que estaban los soldados con su capitán, nos plantean un problema sumamente delicado. Nada menos que el de la relación entre individuo genial y masa. Solís lo resolvió de un golpe con las palabras antes

mencionadas, con su tesis aristocrática. Y, sin embargo, las expediciones de conquista bien pueden hacernos pensar que la verdad es otra, que quienes en ellas participaban jugaban un papel muy distinto al de un soldado de fila en nuestros días, que había de contarse con ellos para las más graves decisiones. Esto rebaja la grandeza señera y destacada del caudillo y convierte a la masa en agente principal de la epopeya. Es el pueblo mismo quien la lleva a cabo, es la masa misma la dotada de calidades extraordinarias y únicas. En las páginas de Bernal palpita de continuo este aliento de todos, con el impulso hacia una meta común:

“Aquí es donde dize el coronista Gómora que quando mandó Cortés barrenar los navíos, que no osava publicar a los soldados que quería ir a México en busca del gran Montezuma. No pasa como dize, pues, ¿de qué condición somos los españoles para no ir adelante y estarnos en parte que no tengamos provecho e guerras?”

“Y estando en aquella villa (Veracruz), sin tener en qué entender, más de acabar de hazer la fortaleza, que todavía se entendía en ella, diximos a Cortés todos los más soldados que se quedase aquello qu'estava hecho en ella para memoria, pues estava ya para enmaderar. Y que avía ya más de tres meses qu'estávamos en aquella tierra, a que sería bueno ir a ver qué cosa era el gran Montezuma y buscar la vida y nuestra ventura.” Según Bernal, Cortés reunía en consejo a sus capitanes y soldados distinguidos siempre que se trataba de tomar alguna resolución importante: “Acordó nuestro capitán de entrar en consejo con

ciertos capitanes e algunos soldados que sabía que le tenían buena voluntad, porque demás de ser muy esforçados heran de buen consejo, porque ninguna cosa hazía sin primero tomar sobr'ello nuestro paresçer." No debe extrañarnos esto, si recordamos que al plantearse las expediciones los propios soldados podían influir en la designación del jefe: "Y todos los más soldados que allí nos hallamos dezíamos que bolviese el mesmo Joan de Grijalva, pues hera buen capitán, y no avía falta en su persona y en saber mandar." Vargas Machuca nos confirma este estado de cosas en su *Milicia y descripción de las Indias*: "El soldado deve reconocer esta obligación, siendo humilde a los mandatos de su caudillo, cosa que el soldado de Indias guarda bien mal, con aquella arrogancia de que sabe tanto como su caudillo, y que siendo práctico no ha menester quien le gobierne, y fiados en esto hazen mil yerros dignos de castigo."

Animosidad hacia Cortés, Bernal no la tuvo nunca. "Nunca capitán fué obedesçido con tanto acato y puntualidad en el mundo", nos dice. Y nos advierte que se limitará a llamar a Cortés por su nombre, sin más títulos, porque el solo nombre de Cortés supera a todos los elogios: "E puesto que fué tan valeroso y esforçado y venturoso capitán, no le nombraré de aquí adelante ninguno destos sobrenombres de valeroso, ni esforçado, ni marquez del Valle, sino solamente Hernando Cortés; porque tan tenido y acatado fué en tanta estima el nombre de solamente Cortés, así en todas las Indias como en España, como fué nonbrado el nonbre de Alexandre en Maçedonia, y entre los romanos Julio César u Ponpeyo y Cepión, y entre los

cartagineses Aníbal, y en nuestra Castilla a Gonçalo Hernández, el Gran Capitán. Y el mismo valeroso Cortés se holgava que no le pusiesen aquellos sublimados ditados, sino solamente su nombre." Lo que ocurre es que Bernal traza de Cortés una silueta viva, nos da un hombre de carne y hueso, y no un personaje de tragedia académica. Que en sus páginas Cortés, sin perder su calidad heroica, se purga, y se ríe, y les da bromas a los indios. Que no emplea un lenguaje solemne, sino llano y popular. "Y Cortés dixo que no podía reposar, que cabra coxa no tenga sies-ta, que él quería ir en persona con los soldados que consigo traía." "Y Cortés les respondió, medio enojado, que valía más morir por buenos, como dicen los cantares, que bivar deshonrados." Tampoco dejará Bernal de decirnos cómo en los repartos de botín eran Cortés y sus capitanes quienes se llevaban la parte del león, especialmente al distribuir las indias cautivas, dejándoles a los pobres soldados las viejas y feas. En noticias de este tipo pensaba sin duda el grave Solís cuando escribía: "... ni gastar el tiempo en las circunstancias menudas, que o manchan el papel con lo indecente o le llenan de lo menos digno, atendiendo más al volumen que a la grandeza de la historia."

Creo que nadie compartiría hoy esa opinión. La grandeza de la historia está, precisamente, en que sus personajes sean hombres y no dioses. Y Solís, que calzaba el coturno a Cortés, no podía ignorar que el calzado usado por el caudillo y sus soldados en la conquista era la alpargata.

Donde más se ha destacado la importancia de la obra de nuestro cronista es en América, especialmen-

te en México y en Guatemala. El historiador mexicano Carlos Pereyra ha escrito páginas caldeadas por la admiración acerca de la obra de Bernal. Y, sin embargo, es un mexicano, Genaro García, el editor de la crónica de Bernal, quien hace un nuevo cargo a nuestro autor. Dice de él que rebaja a los indios y encumbra a los españoles más de lo debido "por vía de contraste, o tal vez para debilitar un tanto el interés que pudieran despertar en los lectores." Que esto es inexacto nos lo demuestra una lectura atenta de las páginas de Bernal. Admira nuestro cronista grandemente las virtudes guerreras de los mexicanos. Habla con enorme respeto y cariño de Moctezuma y de sus calidades de gran señor. Quiere a sus encomendados y se alegra al oír que habían de ser buenos cristianos.

La conducta de los conquistadores era más humana que la de cualquier tropa colonial de nuestros días. Bien lo prueba la expedición de castigo de Gonzalo de Sandoval a un pueblo sujeto a Tezcuco:

Hallóse allí en aquel pueblo mucha sangre, de los españoles que mataron, por las paredes, con que abían rociado con ella a sus ídolos; y también se halló dos caras que avían desollado, y adobado los cueros como pellejos de guantes, y las tenían con sus barvas, puestas y ofreçidas en uno de sus altares. Y asimismo se halló cuatro cueros de cavallos curtidos, muy bien adereçados, que tenían sus pelos, e con sus herraduras, y colgadas a sus ídolos en el su cu mayor. Y hallóse muchos vestidos de los españoles que avían muerto, colgados y ofresçidos a los mismos ídolos. Y también se halló en un márol de una casa, adonde los tuvieron presos, escrito con carbones: 'Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste, con otros muchos que traía en mi compañía'

Este Juan Yuste era un hidalgo de los de cavallo, que allí mataron, y de las personas de calidad que Narváez avía traído. De todo lo qual el Sandoval y todos sus soldados ovieron manzilla y les pesó; mas, ¿qué remedio avía ya que hazer, sino usar de piedad con los de aquel pueblo, pues se fueron huyendo, y no aguardaron, y llevaron sus mugeres e hijos? Y algunas mugeres que se prendían, lloraban por sus maridos y padres. Y biendo esto el Sandoval, con quatro principales que prendió, y con todas las mugeres, a todos los soltó, y enbió a llamar a los del pueblo, los cuales vinieron y le demandaron perdón.

He hablado antes de un proceso de democratización en las crónicas, proceso que más se refiere al asunto que a la manera de estar escritas. Mayor popularismo, más estilo directo hay en las primeras crónicas reales que en las de los nobles de nuestro siglo xv. La tendencia culta que se había mezclado armoniosamente con la popular en Pero López de Ayala —en menor grado en Alonso de Palencia—, rompe abiertamente con esta última a partir de los días renacentistas de los Reyes Católicos. La oposición renacentista entre el vulgo y el sabio se hace irreductible en la historiografía. Y mientras el pretendido vulgo se abre camino a su manera, produciendo la flora espléndida de las crónicas de Indias, que culmina en la obra de Bernal, los sabios peninsulares se pierden en sus acopios de materiales y en los afeites de su prosa. Solamente el contacto directo con los hechos vivificará relatos como los de Hurtado de Mendoza y Mármol Carvajal sobre la guerra con los moriscos de Granada. La preocupación por la forma, tan acusada en estos dos autores, llevará en nuestro siglo xvii al

extremo de que no se hace historia, sino tratados sobre la manera de escribirla, en los que se discuten las cualidades y dotes que debe poseer el historiador —Cabrerá de Córdoba, Fr. Jerónimo de San José—. El barroquismo retorcerá los hechos en busca de interpretaciones y sentencias morales. Eruditos de la talla de Nicolás Antonio abrirán el camino a las rebuscas del siglo xvii. Pero la historiografía popularista ya no levantará cabeza. Quedó enterrada en América, con los soldados que la escribieron.

II

LAS CRITICAS DE BERNAL DIAZ DEL CASTILLO A LA HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MEXICO, DE LOPEZ DE GOMARA ¹

Se ha dicho —lo ha dicho Prescott— que los dos pilares en que reposa la historia de la conquista de México por los españoles son las crónicas de Gómara y de Bernal Díaz del Castillo. Ahora bien, estos dos pilares, más que como tales, con su inmutable simetría, yo los veo como sensibles columnas termométricas que varían de continuo según se producen en el ambiente determinadas alteraciones.

En la actualidad asistimos a un alza de Bernal Díaz, quien parece haber sobrepasado definitivamente a Gómara, sin que a éste le queden ya posibilidades de recuperar el terreno perdido. Yo mismo, en el XXVI Congreso de Americanistas, celebrado en Sevilla en 1935, rompí una lanza en favor de Bernal —con la edición de cuya crónica me ocupaba entonces. Me hice eco de las críticas al uso contra Gómara y le llamé panegirista de Cortés, adulador servil y no sé si alguna cosa más.

Lo que, en realidad, me pasaba entonces es que no había leído con suficiente detenimiento a Gómara.

¹ Pido perdón a quienes hayan leído mis *Cronistas e Historiadores* por reproducir aquí este estudio. Pero sin él quedaría manco el resto del ensayo.

No es que yo quiera sugerir que todos aquéllos que mantienen hoy la actitud mantenida por mí en 1935 están en el mismo caso, no. Pero lo cierto es que, habiendo leído a Gómara con mayor atención, y habiendo cotejado su obra con la de Bernal Díaz, he llegado a conclusiones bastante distintas de las de entonces, hasta el punto de que el presente trabajo viene a ser una lanza rota en favor de Gómara, o, por lo menos, un intento para restablecer un equilibrio tan fuertemente alterado hoy en favor de Bernal Díaz.

Como es bien sabido —acepto aquí la versión corriente; véase el estudio que sigue— este conquistador, siendo ya viejo, emprendió el relato de la conquista. Llevaba algunos capítulos escritos cuando llegó a sus manos la obra de Gómara. La primera impresión que le produjo su lectura fué de desaliento; pensó que su relato nunca podría competir con el del clérigo, y estuvo a punto de abandonarlo, pero siguió leyendo, y se encontró —según él nos dice— con que la obra de Gómara estaba tan llena de falsedades que se animó a proseguir la suya, con ánimo de rebatirlas. “Quiero volver con la pluma en la mano, como el buen piloto lleva la sonda, descubriendo bajos por la mar adelante, cuando siente que los hay, así haré yo en decir los borroneos de los cronistas; mas no será todo, porque si parte por parte se hubiesen de escribir, sería más la costa de recoger la rebusca que en las verdaderas vendimias.”

Hoy, en líneas generales, se da por buena esta opinión de Bernal Díaz. Su historia de la conquista es la verdadera, como él la llamó. Esto parece implicar que la de Gómara no lo es. Y sobre ello quisiera llamar brevemente la atención del lector.

Antes de seguir debo hacer una observación. Yo no creo en la imparcialidad histórica en el sentido que la historiografía liberal positivista ha dado a este término, el de la existencia de una verdad exclusiva, única, que se puede alcanzar. Cuando yo estudiaba química en el bachillerato —y hago esta salvedad porque no estoy muy al tanto del estado actual de la cuestión— había un cierto número de cuerpos simples más allá de los cuales no se podía llegar en la descomposición de una materia que se suponía única. De manera análoga podría explicarse lo que yo entiendo por verdad histórica. Los hechos se han producido, sin duda, en determinada manera, de manera única; pero en su averiguación, como en el análisis de los mismos, nosotros no podemos ir más allá del punto de vista de quienes los han presenciado y los han vivido, dando cuenta de ellos. El punto de vista del narrador inmediato es el cuerpo simple con que tropezamos en nuestra investigación. Cuando los actores o testigos que narran los hechos son varios, podremos reunir sus puntos de vista en grupos afines, pero si hay disparidad entre ellos, en la selección que nosotros hagamos entrará un nuevo factor que será, querámoslo o no, nuestro propio punto de vista, tan condicionado, tan limitado por una serie complicada de factores, como lo son aquéllos que sometemos a examen. No creo, como normalmente ha venido aceptándose, que una mayor distancia proporcione por sí sola una mejor visión de los hechos históricos.

Un caso típico de lo que voy diciendo es el que se produce con la historia de la conquista de América por los españoles. Según quienes sean los que la es-

criban, conforme a sus razas y creencias, las opiniones se enfrentan bravamente, y las plumas prolongan las luchas que narran. En el Congreso de Americanistas antes aludido, hubo sesión en que los congresistas estuvieron a punto de llegar a las manos al ponerse a discusión la figura y la obra del padre Las Casas. "¡Qué espectáculo deplorable!" decían algunos. "¡Qué espectáculo inevitable!" pensaba yo. Si la vida es siempre lucha y conflicto, la narración de esta lucha, la historia, tiene que ser apasionada, parcial. Podremos darnos por contentos si la pasión se mantiene dentro de términos nobles y si el relato de los hechos no se falsea deliberadamente; pero lo que no podremos evitar nunca es que el hecho estudiado varíe según el punto de vista de quien lo contempla y analiza.

Temo hacer demasiado larga esta digresión; pero la creo precisa para que se vea con claridad adonde quiero ir a parar. Admitiendo la relatividad, el contingentismo del conocimiento histórico, adquirimos una mayor libertad de movimientos, una mayor validez para nuestras conclusiones, puesto que reconocemos *a priori* su limitación.

Vengamos concretamente al problema planteado por la historiografía de la conquista de México, a la apreciación de sus dos textos básicos. En nombre de una pretendida imparcialidad histórica se prefiere hoy la obra de Bernal a la de Gómara. ¿Por qué? ¿Es realmente Bernal más sincero, más desapasionado que Gómara en el relato de los hechos? Espero poder demostrar que no. ¿Son razones literarias, de estilo, las que motivan la preferencia? Tampoco. Porque si bien

es cierto que la obra de Bernal tiene condiciones únicas de espontaneidad y frescura, la de Gómara es uno de los productos más bellos del idioma castellano. Pero, entonces, ¿a qué se debe la preferencia? ¿A qué se deben las frecuentes reediciones de Bernal, mientras Gómara, que tuvo éxito sin precedentes a raíz de su publicación, es hoy un autor que se encuentra con dificultad y que pocas personas han leído —fuera de los especialistas, claro está— tanto en España como en México?

La preferencia se debe a lo que antes he dicho del punto de vista. A que por las páginas de Bernal, no obstante sus continuadas protestas de lealtad y admiración, corre un descontento apenas reprimido contra Cortés, un deseo enconado de rebajar sus méritos; mientras en las de Gómara se glorifica al conquistador. Y así el punto de vista de Bernal viene a coincidir con el de una época que se ha esforzado por nivelarlo todo, que ha visto con recelo a los hombres geniales, sobre todo en el campo de la acción política y guerrera. Entiéndase bien que yo no soy antidemócrata —que si lo fuera, no estaría aquí. Lo que hago es señalar ciertas tendencias del pensamiento democrático que en el terreno de la investigación histórica han llevado a actitudes plenamente demagógicas. No me cabe la menor duda de que la conquista de América es una empresa de tipo popular, que la masa juega en ella papel destacado, pero lo que esta masa da de sí cuando no encuentra hombres superiores que alumbren sus ideales y encaucen sus energías, lo vemos en la conquista de las islas, en las guerras civiles del Perú y en toda una serie de episodios que no es preciso recordar aquí.

Cortés, con todos sus defectos —dejaría de ser hombre si no los tuviera— era un hombre superior. Y esto es lo que no quería admitir Bernal: el carácter de excepción que tiene la personalidad de Cortés. Para Bernal, Cortés era un buen capitán y nada más, un buen capitán, fruta que abundaba entonces entre los españoles. Para Gómara, Cortés era un genio. Y hoy los historiadores ven con simpatía el testimonio de Bernal, por la misma razón que los hace exhumar devotamente cualquier declaración de cualquier criada que pueda ser desfavorable al conquistador, en su proceso de residencia. Todo ello, claro está, en nombre de la imparcialidad histórica.

Las cosas se aclararían, tal vez, si admitiéramos que tan parcial es Bernal Díaz como Gómara, que sus puntos de vista son opuestos, lo cual se manifiesta sobre todo cuando enjuician la obra de Cortés. Gómara, el capellán del marqués del Valle, que tiene con él estrecha relación durante su estancia en España, escribe su vida y recibe dinero por hacerlo. En cambio Bernal, soldado que hubiera quedado en el anónimo de no remediarlo él mismo, le tiene enemiga a Cortés porque éste maneja siempre con gran desenvoltura la primera persona de singular, olvidándose de los méritos de sus compañeros, que no eran escasos. Bernal le acusa sin ambages. “Y esto digo, que cuando Cortés, a los principios, escribía a Su Majestad, siempre por tinta le salían perlas y oro de la pluma, y todo en su loor, y no de nuestros valerosos soldados.” “Según entendimos, no hacía en su carta relación de Francisco Hernández de Córdoba, ni de Grijalva, sino de él solo, a quien atribuía el descubrimiento, la honra y loor de todo, y dijo que ahora al presente que aquello es-

tuviera mejor por escribir y no dar relación de ello a Su Majestad, y no faltó quien le dijo que a nuestro rey y señor no se le ha de dejar de decir lo que pasa.”

Si Cortés falsea la verdad, según Bernal Díaz, es con miras interesadas, para conseguir mercedes del emperador, sin acordarse para nada de los demás. Cuando estuvo en España, “no curó de demandar cosa ninguna para nosotros que bien nos hiciese, sino solamente para él”. Esta era acusación muy dura en boca de Bernal, quien no era precisamente un dechado de desinterés, y que tampoco tenía escrúpulo en falsear la verdad. De continuo se lamenta por su pobreza y desamparo, en desacuerdo con los datos documentales que poseemos referentes a la última época de su vida, que es cuando extrema las lamentaciones. “Y diré con tristeza de mi corazón, porque me veo pobre y muy viejo, y una hija por casar, y los hijos varones ya grandes y con barbas, y otros por criar, y no puedo ir a Castilla ante Su Majestad para representarle cosas cumplideras a su real servicio, y también para que me haga mercedes, pues se me deben bien debidas.” Si comparamos estas afirmaciones con los resultados que arrojan los documentos aludidos, veremos que hay que andar con sumo tiento con lo que Bernal dice. Tenía la misma codicia desenfrenada de todos sus compañeros, lo cual no disimula, pues da la busca de riquezas como uno de los móviles de la conquista. “Murieron aquella crudelísima muerte por servir a Dios y a Su Majestad, y dar luz a los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente venimos a buscar.”

Bernal tenía mentalidad de resentido. Reprocha

a Cortés siempre el que se haya quedado con la parte del león en el botín de la conquista. Y tampoco soporta que su nombre no destaque en el relato de la empresa. Como su papel debió ser secundario, tiene que alzar el nivel de todos y rebajar el de Cortés, para ponerse así en primer plano. Porque no sólo era el deseo de riquezas el que movía a Bernal, sino también el de gloria, tan típico entre los hombres de esta época renacentista. Al final de su obra hay un breve diálogo, que no llega a serlo plenamente, con "la buena e ilustre Fama", en que para nada recata su despecho. La Fama "da grandes voces, y dice que fuera justicia y razón que tuviéramos buenas rentas; y asimismo pregunta que dónde están nuestros palacios y moradas, y qué blasones tenemos en ellas diferenciados de las demás, y si están en ellas esculpidos y puestos por memoria nuestros heroicos hechos y armas". También pregunta la Fama dónde están las tumbas de los conquistadores, y Bernal le responde: "que son los vientres de los indios, que los comieron las piernas y muslos y brazos y molledos y pies y manos, y lo demás fueron sepultados, y sus vientres echaban a los tigres y sierpes y halcones que en aquel tiempo tenían por grandeza en casas fuertes, y aquéllos fueron sus sepulcros, y allí están sus blasones". La codicia, el deseo de gloria y el resentimiento, se dan la mano en el remate del diálogo. "A esto que he suplicado a la virtuosísima Fama, me responde y dice que lo hará de muy buena voluntad, y dice que se espanta cómo no tenemos los mejores repartimientos de indios de la tierra, pues que la ganamos, y Su Majestad lo manda dar, como lo tiene el marqués Cortés, no se entiende que sea tanto, sino moderadamente."

Si Cortés deja a sus compañeros sin la recompensa merecida, el relato de Gómara les quita hasta la última esperanza de obtenerla, pues pasa por alto sus hazañas. De aquí que Bernal envuelva a los dos en sus reproches. Con frecuencia repite que si Gómara escribió en la forma que lo hizo, ensalzando tan sólo a Cortés y dejando de consignar los hechos de los demás capitanes y soldados es porque "le untaron las manos", le dieron dinero para ello. Las noticias de Gómara son falsas; pero el falsificador es Cortés. "Y en lo que escribe va muy desatinado, y a lo que he sentido, no tiene él la culpa, sino el que le informó."

Según Bernal, tanto peca Cortés por falsear la verdad, como Gómara por meterse a relatar lo que no ha visto. Es típico en todas las guerras el desprecio de los combatientes por las gentes de la retaguardia, y la indignación que les produce que hablen de hechos militares sin haber tomado parte en ellos. Bernal, que tenía muy bien puesto su orgullo de soldado, zahiere de continuo a Gómara por este motivo. El "no me extraña que no acierte en lo que dice, pues lo sabe por nuevas", el "no le informaron bien", contrasta vigorosamente con la precisión de sus propios recuerdos: "Ahora que lo estoy escribiendo se me representa todo delante de mis ojos como si ayer fuera cuando esto pasó." Un licenciado "que era muy retórico y tal presunción tenía de sí mismo", a quien Bernal mostró su manuscrito, le reprochó que hablara demasiado de sí. Le replica Bernal que sólo puede hablar de la guerra quien en ella ha estado; "mas el que no se halló en la guerra, ni lo vió ni entendió ¿cómo lo puede decir? ¿Habíanlo de hacer las nubes o los pájaros que en el tiempo que andábamos en las

batallas iban volando, sino solamente los capitanes y soldados que en ellas se hallaron?"

Esto va contra Gómara. Quien, para mayor desesperación de Bernal, poseía un estilo que da gran realce a su narración. Bernal aparenta no concederle importancia, pero otra le queda dentro. "Y quien viere su historia, lo que dice creerá que es verdad, según lo relata con tanta elocuencia, siendo muy contrario de lo que pasó." "Y no miren la retórica y ornato, que ya cosa vista es que es más apacible que no ésta tan grosera." Que esta modestia de Bernal es falsa, y que no le eran tan indiferentes las galas literarias como él pretendía, se ve en el diálogo aludido con los licenciados, pues éstos le dijeron de su manuscrito "que va según nuestro común hablar de Castilla la Vieja, y que en estos tiempos se tiene por más agradable, porque no van razones hermoideas ni policía dorada, que suelen poner los que han escrito, sino todo a las buenas llanas, y que debajo de esta verdad se encierra todo buen hablar".

Gómara, que no ha estado en la conquista, Gómara, que posee talento literario, es, para colmo de desdichas, clérigo. Ahora bien, Bernal comparte las ideas del propio Cortés y de tantos otros conquistadores respecto a la actuación de los clérigos en Indias. Todo lo que en él hay de respeto y veneración por los frailes, lo hay de animadversión hacia los clérigos. No precisa espigar demasiado en su libro para encontrar frases como éstas: "He querido traer esto aquí a la memoria para que vean los curiosos lectores, y aun los sacerdotes que ahora tienen cargo de administrar los santos sacramentos y doctrina a los naturales de estas partes, que porque aquel soldado tomó dos gallinas

en pueblo de paz, aún le costara la vida, y para que vean ahora ellos de qué manera se han de haber con los indios, y no tomarles sus haciendas.” “Y tenían los indios estos cumplimientos con los clérigos; mas después que han conocido y visto algunos de ellos, y los demás, sus codicias, y hacen en los pueblos desatinos, pasan por alto, y no los querrían por curas en sus pueblos, sino franciscos o dominicos, y no aprovecha cosa que sobre este caso los pobres indios digan al prelado, que no lo oyen. ¡Oh, qué había que decir sobre esta materia! Mas quedarse ha en el tintero.”

Con este bagaje de fobias que Bernal tiene contra Gómara, no cabe esperar que la sonda de que antes nos habló funcione con precisión. En efecto, la mayoría de sus comentarios tienen carácter de simples exabruptos. “Desde el principio, medio ni cabo no hablan de lo que pasó en la Nueva España”; “que es todo burla lo que escriben acerca de la Nueva España”; “en todo escriben muy viciosos. ¿Y para qué yo meto tanto la pluma en contar cada cosa por sí, que es gastar papel y tinta? Yo lo maldigo, puesto que lleve buen estilo”; “y si todo lo que escribe de otras crónicas de España es de esta manera, yo las maldigo como cosa de patrañas y mentiras, puesto que por más lindo estilo lo diga”.

Todo esto nos interesa como índice de un estado de espíritu del que no podemos prescindir para valorar debidamente las críticas propiamente dichas que Bernal hace a Gómara. Mi trabajo no tiene carácter de confrontación exhaustiva, que sería muy conveniente hacer, pero que estaría desplazada aquí. Es una simple llamada de atención.

¿Cuáles son, concretamente, los reparos que Bernal hace a Gómara en el relato de los hechos? Son muchas las ocasiones en que la observación que suele poner Bernal al concluir sus capítulos, "esto es lo que pasa, y no la relación que sobre ello dieron al cronista Gómara", "aquí es donde dice el cronista Gómara muchas cosas que no le dieron buena relación", etc., no se encuentra justificada después de una atenta confrontación de los dos textos. Véase en ambos autores el relato de los preparativos de Cortés para su empresa, o el del encuentro con Jerónimo de Aguilar, o el de la entrevista con los emisarios de Moctezuma en San Juan de Ulúa. Yo confieso ingenuamente que no encuentro ninguna diferencia esencial que justifique las observaciones y salvedades hechas por Bernal Díaz. Sin duda él, que poseía un gran sentido del detalle, una memoria de fidelidad sorprendente, podría apreciar pequeñas diferencias que se escapan a nuestra atención. Pero su comentario es siempre desproporcionado. Y que no cabe hablar de una gran exactitud en el manejo de la sonda nos lo prueban dos episodios que quiero subrayar. Bernal, en deseo de contradecir a Gómara, no sólo manifiesta discrepar de él al concluir relatos de episodios fundamentalmente idénticos, sino que le hace decir a Gómara cosas que en éste no aparecen por ninguna parte. Así ocurre al hablar de la estancia de los españoles en Cempoal. Dice Bernal Díaz: "Aquí es donde dice el cronista Gómara que estuvo Cortés muchos días en Cempoal, y que se concertó la rebelión y liga contra Moctezuma; no le informaron bien, porque, como he dicho, otro día por la mañana salimos

de allí. Y dónde se concertó la rebelión, y por qué causa, adelante lo diré." Ahora bien, si consultamos el relato de Gómara, veremos que para nada habla de que en Cempoal se formase la liga contra Moctezuma. Lo que dice es que el cacique de Cempoal, "el cacique gordo", se quejó a Cortés de la tremenda esclavitud a que estaban sometidos —lo mismo que dice Bernal— y que la rebelión y la liga contra el monarca azteca se planearon más tarde en Quiahuiztlán —como dice Bernal también.

Lo mismo curre con el relato de la ocupación de Cingapancinga. Afirma Bernal: "Y esto de Cingapancinga fué la primera entrada que hizo Cortés en la Nueva España, y fué de harto provecho, y no, como dice el cronista Gómara, que matamos y prendimos y asolamos tantos millares de hombres en lo de Cingapancinga." Veamos lo que dice Gómara y encontraremos que para nada habla de combate, por la sencilla razón de que no lo hubo, pues los naturales no ofrecieron resistencia, y la fuerza de Moctezuma abandonó el lugar. "Y rogó Cortés [relata Gómara] que no hiciesen mal a los vecinos y que dejaran ir libres, mas sin armas ni banderas, a los soldados que lo guardaban. Fué cosa nueva para los indios." Las muertes de millares de indios no aparecen por ningún lado, estaban en la cabeza de Bernal, en su deseo frenético de desacreditar a Gómara.

Hasta aquí las críticas de Bernal son injustificadas. Hay otro aspecto en ellas que merece examen más cuidadoso. El referente a lo dicho por Gómara de la actuación de Cortés. En esto se le fué, sin duda, la mano a Gómara. Su libro habría salido ganando

con llamarse *Vida de Hernán Cortés*, en lugar de la *Conquista de México*.¹ Hay en él una concentración exclusiva de la atención sobre el héroe extremeño, un continuo atribuirle toda clase de hazañas, que pueden justificar la exclamación indignada de Bernal: "Cortés ninguna cosa decía ni hacía sin primero tomar sobre ello muy maduro consejo y acuerdo con nosotros, puesto que el cronista Gómara diga, 'hizo Cortés esto, fué allá, vino de acullá', y dice otras tantas cosas que no llevan camino, y aunque Cortés fuera de hierro, según lo cuenta Gómara en su historia, no podía acudir a todas partes."

Admitamos que tiene Bernal razón en esto, como la tiene en la apreciación de hechos de detalle: que no fué Cortés quien entró en el río de Alvarado, que no fué Cortés, sino Alvarado, quien por primera vez penetró la tierra dentro a poco de desembarcar los españoles, etc. Todo esto está muy bien; pero con lo que ya no podemos estar conformes es con el continuo plural de Bernal Díaz, con el "acordamos", "ordenamos", "hicimos", que reduce a Cortés a simple instrumento en manos de sus capitanes. "Parece ser que a los soldados nos daba Dios gracia y buen consejo para aconsejar que Cortés hiciese las cosas muy bien hechos." "Y digamos cómo todos a una esforzábamos a Cortés y le dijimos que cuidase su persona, que ya allí estábamos." Con todo lo unilateral que es la visión de Gómara al prescindir de los compañeros de Cortés, yo la creo menos inverosímil que ésta de Bernal al darnos un Cortés sometido a las opiniones de una camarilla.

¹ Sobre esta cuestión, véase *Cronistas e Historiadores*.

Siento no tener datos más precisos sobre la organización de la jerarquía militar en aquella época. Desde luego, entonces no existían los que hoy llamamos Estados Mayores, con su misión específica de preparar las decisiones de los jefes. Pero entonces, como hoy y como siempre, la decisión, con asesoramiento previo o sin él, era atributo del jefe y no de los subordinados. El propio Bernal se contradice en esto, pues al darnos su semblanza del carácter de Cortés, insiste en que era muy porfiado. "Y era muy porfiado, especial en las cosas de guerra, que por más consejo y palabras que le decíamos en cosas consideradas de combates y entradas que nos mandaba dar cuando rodeamos la laguna; y en los peñoles que ahora llaman del Marqués le dijimos que no subiésemos arriba en unas fuerzas y peñoles, sino que leuviésemos cercado, por causa que de las muchas galgas que desde lo alto de la fortaleza venían desriscando, que nos echaban, porque era imposible defendernos del ímpetu y golpe con que venían, y era aventurar a morir todos, porque no bastaría esfuerzo, ni consejo, ni cordura; y todavía porfió contra todos nosotros, y hubimos de comenzar a subir, y corrimos mucho peligro, y murieron ocho soldados, y todos los más salimos descalabrados y heridos, sin hacer cosa que de contar sea, hasta que mudamos otro consejo."

Todo esto va dicho contra Cortés, pero se vuelve en contra de la afirmación de que el conquistador era llevado y traído por las opiniones de sus capitanes. La realidad debió ser exactamente la contraria. Lo que pasa es que Cortés era tan hábil, y tenía tal manera de exponer sus planes a sus hombres, que éstos

llegaban a creer que se les habían ocurrido a ellos. Es muy justa la reflexión de Orozco y Berra al hablar de la prisión de Moctezuma: "El general tenía formado su proyecto, mas, como siempre, aparentaba acomodarse a la opinión ajena, a fin de no ser solo en la responsabilidad, caso de haberla."

Está es la verdad, y Bernal intenta en vano deformarla. Cuando la destrucción de los navíos, el propio Bernal reconoce que la idea salió de Cortés. "Y según entendí, esta plática de dar con los navíos al través, que allí le propusimos, el propio Cortés lo tenía ya concertado, sino quiso que saliese de nosotros, porque si algo le demandasen que pagase los navíos, que era por nuestro consejo, y todos fuésemos en los pagar." Luego se indigna mucho porque Gómara afirma que el conquistador mantuvo su plan dentro del mayor secreto posible y da a entender que los soldados lo conocían. "Aquí es donde dice el cronista Gómara que cuando Cortés mandó barrenar los navíos que no lo osaba publicar a los soldados que querían ir a México en busca del gran Moctezuma. No pasó como dice, pues ¿de qué condición somos los españoles para no ir adelante y estarnos en parte que no tengamos provecho y guerras?"

Muy bien esta apreciación de la bravura —y de la codicia— de los españoles; pero es lástima que Bernal se contradiga una vez más, pues al mencionar las manifestaciones de unos soldados deseosos de que Cortés renuncie a la empresa, les hace decir: "Y que ahora fueran buenos los navíos que dimos con todos al través, o que se quedaran siquiera dos para necesidad, si se ocurriese, y que, sin darles parte de ello

ni de cosa ninguna, por consejo de quien no saben considerar las cosas de fortuna, mandó dar con todos al través.”

Realmente, estas famosas imparcialidad y veracidad acrisoladas de Bernal Díaz embrollan las cosas de modo tremendo. Si los soldados habían sabido que iban a ser destruídos los navíos ¿a qué se quejan luego de que no se lo habían comunicado? El mentir requiere buena memoria, amigo Bernal. Más valdría que te hubieras limitado a decir que Cortés se asesoraba en ocasiones con algunos de sus capitanes, pero sin dar a entender siempre que son ellos y los soldados quienes todo lo deciden, como si Cortés no existiera. La guerra no se decide a base de comités y votaciones, como quiere indicar Bernal al relatarnos la reunión celebrada en Cholula cuando los españoles se creen expuestos a un ataque de los naturales. “Luego aquella noche tomó consejo Cortés de lo que habíamos de hacer, porque tenía muy extremados varones y de buenos consejos; y como en tales casos suele acaecer, unos decían que sería bien torcer el camino e irnos por Guaxocingo; otros decían que procurásemos haber paz por cualquier vía que pudiésemos y que nos volviésemos a Tlaxcala; otros dimos parecer que si aquellas traiciones dejábamos pasar sin castigo, que en cualquier parte nos tratarían otras peores, y pues que estábamos allí en aquel gran pueblo y había hartos bastimentos, les diésemos guerra, porque más la sentirían en sus casas que no en el campo, y que luego apercibiésemos a los tlaxcaltecas que se hallasen en ello; y a todos pareció bien este postrer acuerdo.” Cortés no abre la boca. Claro que a veces se le escapa

a Bernal que es él quien decide en momentos graves, como en la bifurcación de los dos caminos que conducen a México: "Entonces dijo Cortés que quería ir por el que estaba embarazado." Pero ésta es la excepción. El Cortés de Bernal es tan opaco como lo son sus compañeros en Gómara; pero si en Gómara hay omisión, en Bernal hay deformación.

Un último ejemplo: el relato de la prisión de Moctezuma. Bernal nos dice en él quiénes componen la camarilla de Cortés, esa camarilla que es órgano consultivo y ejecutivo, sin la que el conquistador no da un paso. Naturalmente que Bernal forma parte del grupo. "Cuatro de nuestros capitanes, juntamente, y doce soldados de quien él se fiaba, y yo era uno de ellos." Son ellos y no Cortés quienes idean apoderarse de Moctezuma, quienes precisan hasta los menores detalles de la forma en que ha de realizarse la atrevida prisión. Cortés —claro, un hombre tan irresoluto— no ve bien cómo va a ser posible detener a Moctezuma en medio de sus guerreros. "Y replicaron nuestros capitanes, que fué Juan Velázquez de León, y Diego de Ordaz, y Gonzalo de Sandoval, y Pedro de Alvarado, que con decirle que ha de estar preso, que si se altera o diere voces que lo pagará su persona, y que si Cortés no lo quiere hacer luego, que les dé licencia, que ellos lo pondrán por obra". Creo que no hay mejor comentario a esta desenvoltura de Bernal, que como vamos viendo nada tiene que envidiar a la de Gómara, que aquel párrafo de la segunda carta de relación de Cortés en que alude a la primera, perdida: "Y aun me acuerdo que me ofrecí, en cuanto a la demanda deste señor, a mucho más de lo a mí

posible, porque certifiqué a V. A. que lo habría preso, o muerto, o súbdito de la corona real de V. M." Es decir, que la idea de la prisión del soberano estaba concebida por Cortés desde que había tenido noticias de su existencia.

Bastará con admitir, de las afirmaciones de Bernal, la existencia de un grupo de capitanes —lo de los soldados ya parece más difícil— con quienes Cortés se asesoraba antes de tomar las decisiones graves; pero sin que este grupo fuera el eje de la conquista, el inspirador y el fortalecedor de Cortés, como Bernal nos dice. De todas maneras, las críticas señaladas no justifican que la obra de Gómara esté sepultada en el descrédito y el olvido. Téngase en cuenta que Bernal no refuta el relato de Gómara en su conjunto más que en los exabruptos mencionados. Deja pasar sin contradicción los hechos esenciales de la conquista: guerra de Tlaxcala, matanza de Cholula, entrada en México, lucha con Narváez, huída de la capital, cerco y toma de la misma, viaje a Las Hibueras. Y que no se me diga que es porque Bernal anuncia su propósito de no volver a mencionar a Gómara poco después de relatar la primera entrada de México: "Y porque ya estoy harto de mirar en lo que el cronista va fuera de lo que pasó, lo dejaré de decir." Esto es superior a las fuerzas de Bernal, quien vuelve a la carga contra Gómara siempre que encuentra, o cree encontrar, ocasión para ello. Así lo hace, por ejemplo, al comentar el salto de Alvarado: "Digo que en aquel tiempo ningún soldado se paraba a verlo si saltaba poco o mucho, porque harto teníamos que salvar nuestras vidas."

Antes de terminar, quisiera observar algo que brindo a la atención de algún estudioso pacienzudo. Insístase más en el cotejo de los textos de Bernal y Gómara, y quizá se encuentre que éste le prestó a aquél un precioso servicio, ayudándole a dar forma a su obra, a distribuir los capítulos, etc. Es una simple sugerencia que yo no puedo justificar ahora plenamente; pero creo que Gómara no sólo estimuló a Bernal, sino que le sirvió de pauta en su relato. Esto ya de por sí sería un mérito para Gómara, autor que merece nuestra atención por muchos conceptos. Edítese y estúdiese en buena hora a Bernal —nadie menos sospechoso que yo para decirlo, pues dediqué cerca de cuatro años a una edición de su crónica que la guerra de España me impidió concluir; pero que no sea el resentimiento quien estimule la pasión por Bernal y el olvido de Gómara. Porque su obra —como la propia de Cortés— podrá discutirse cuanto se quiera, pero nunca ignorarse.

(*Tiempo*. México, junio-julio, 1940.)

INTRODUCCION AL ESTUDIO DE
BERNAL DIAZ DEL CASTILLO Y DE SU
VERDADERA HISTORIA

BERNAL DIAZ del Castillo ha llegado a ocupar en nuestros días el puesto que Gómara llenó en el siglo XVI. Es el autor a quien acuden en primer lugar —cuando no exclusivamente— los especialistas y también los profanos que se interesan por la conquista de la Nueva España.

La *Verdadera Historia* es reeditada con gran frecuencia. Ha sido traducida, total o parcialmente, al francés, al inglés, al alemán, al danés, al húngaro. Su autor es objeto de un verdadero culto, el libro se ha convertido en piedra de toque para contrastar a todos los autores que tratan de la conquista.

Bien es verdad que el interés por Bernal, al hacer que se multipliquen los estudios en torno a su persona y a su libro, tiende a modificar una actitud que hoy está en el ambiente, pero que viene ya de muy atrás, que encontró su manifestación más definida y exaltada hacia comienzos de este siglo, en las páginas con que Genaro García prologó la edición de la *Verdadera Historia* hecha con arreglo al manuscrito que se conserva en Santiago de Guatemala. Compárese esta introducción con la de otro historiador mexicano, Joaquín Ramírez Cabañas, a la edición de 1939, y podrá apreciarse hasta qué punto se ha ganado terreno en una estimación más ponderada, más exacta, del carácter de Bernal y de su obra.

Nosotros también hemos pasado por el culto frenético de Bernal; también nos hemos indignado con

quienes señalaban —no siempre con justicia— los defectos de su libro. Hoy lo vemos con mirada más tranquila, aleccionados por durísima experiencia que algún día ocupará en la historia lugar tal vez más alto que la de los conquistadores de la Nueva España. Por lo mismo que no aceptamos a Bernal incondicionalmente, creemos comprenderlo mejor y admirarlo más.

La biografía de Bernal parece que es ya conocida de todos. En los últimos años han venido publicándose nuevos datos documentales que completan o rectifican la figura del personaje tal como la veíamos a través de su crónica; pero esta labor peca —como siempre suele ocurrir— de un exceso de dispersión y de que no se ensamblen debidamente sus resultados. Tenemos, pues, que desbrozar el camino fijando algunas fechas que nos son indispensables para conocer la época en que Bernal escribió su libro y la génesis misma de su composición.

No se conoce con exactitud la fecha del nacimiento de Bernal. Genaro García, en la introducción a su edición de la *Verdadera Historia*, dice que nació en 1492, afirmación que todavía se repite en la edición de Ramírez Cabañas. Genaro García parte de un error: el de creer que Bernal Díaz tenía veinticuatro años “en el tiempo en que se resolvió a venir a la Nueva España”.

Este error se debe a una interpretación defectuosa del texto de Bernal. El pasaje en que se apoya Genaro García dice así:

Y Dios ha sido servido de guardarme de muchos peligros de muerte, así en este trabajoso descubrimiento como

en las muy sangrientas guerras mexicanas —y doy a Dios muchas gracias y loores por ello— para que diga y declare lo acaecido en las mismas guerras; y, demás de esto, ponderen y piénsenlo bien los curiosos lectores, que siendo yo en aquel tiempo de obra de veinte y cuatro años, y en la isla de Cuba el gobernador de ella, que se decía Diego Velázquez, deudo mío, me prometió que me daría indios de los primeros que vacasen, y no quise aguardar a que me los diesen.

Pasaje confuso, cosa frecuentísima en Bernal. Genaro García lo interpretó en el sentido de que Bernal afirmaba tener veinticuatro años cuando rechazó la encomienda ofrecida por Diego Velázquez y decidió pasar a la Nueva España. Pero al hacerlo olvida la manera peculiar que Bernal, en su inexperiencia, tiene de escribir; que sus ideas van siempre a la deriva, pasa de unas a otras, las entrecruza, y jamás establece la debida separación. Bernal nos está hablando de “las muy sangrientas guerras mexicanas” y de su propósito de relatar lo acaecido en ellas. Menciona como mérito suyo el haber combatido siendo joven —obra de veinticuatro años— y, para resaltarlo más, añade que al pasar a México había desdeñado los ofrecimientos ventajosos hechos por Diego Velázquez.

Es decir, que Bernal piensa en sus veinticuatro años asociando la idea con las guerras mexicanas y no con la oferta del gobernador de Cuba que viene a continuación en el texto, aunque había precedido en la realidad. Podemos situar los veinticuatro años de Bernal entre 1519 y 1521, fechas extremas de la campaña de Hernán Cortés, tal vez en 1520, que es cuando las “guerras mexicanas” fueron más sangrien-

tas" para los españoles —el desastre de la Noche Triste.

Esta indicación, dudosa a primera vista, pero que no lo será tanto para quien esté familiarizado con el estilo de Bernal, indica como fechas entre las que podemos situar su nacimiento las de 1495 y 1497. Vamos a ver que el dato concuerda con otras afirmaciones hechas por nuestro autor en distintos momentos de su vida. En la declaración que presta en la probanza de servicios del adelantado don Pedro de Alvarado —4 junio 1563— dice tener sesenta y siete años (fecha del nacimiento hacia 1495).

Podemos, pues, afirmar con bastante precisión las fechas de 1495 o 1496 para el nacimiento de Bernal y descartar en absoluto la fecha de 1492 propuesta por Genaro García.

Nos queda por desvacener otro motivo de confusión. Bernal afirma en la primera página de su crónica de la conquista: "soy viejo de más de ochenta y cuatro años". Quienes se han ocupado de su biografía tratan de conciliar esta afirmación con la noticia que da en otro lugar, la de que saca su texto en limpio en 1568:

De quinientos cincuenta soldados que pasamos con Cortés desde la isla de Cuba no somos vivos en toda la Nueva España de todos ellos, hasta este año de mil quinientos sesenta y ocho, que estoy trasladando esta mi relación, sino cinco.

La cosa no resulta fácil, pues de tener Bernal más de ochenta y cuatro años en 1568, habría nacido en 1484 nada menos. Quienes se esfuerzan por compa-

ginar las dos afirmaciones de Bernal incurren en error muy común: el de considerar los libros como productos en bloque, acabados, tal como se nos presentan ante la vista. El olvidar que tras el producto acabado se esconde un proceso lento de elaboración, con retoques, contradicciones, añadiduras, supresiones. Cuando el autor es poco hábil literariamente, este proceso queda al descubierto con mayor claridad, sin que consiga unificar debidamente sus materiales. Bernal es un caso típico de lo que venimos diciendo. Su obra es un conglomerado —como eran las obras literarias producto de una colectividad— y en él podemos rastrear estratos diferentes. Solamente si partimos del hecho de que Bernal es el autor de un solo libro, trabajo de toda su vida, podremos evitar errores como el que motiva estos comentarios.

Bernal trabajó largo tiempo en su historia —vamos en seguida a precisar esta afirmación— y es indudable que dejó, como a todos nos ocurre, el prólogo para lo último. No fué capaz de escribirlo a su satisfacción, según él mismo nos dice, y no pasó de una breve nota en donde hace la indicación de que tiene más de ochenta y cuatro años. Esta nota pudo escribirla muy bien hacia 1579 o 1580, en una de las revisiones que hacía de su obra. Téngase en cuenta que la indicación de edad no aparece en el prólogo de la edición de Remón, que es, sin duda, de mano de Bernal. En este prólogo, tal vez el de una copia que envió a España antes de 1579, habla de su propósito de seguir trabajando en el libro: “Tengo que acabar de escribir ciertas cosas que faltan, que aun no se han acabado.”

Así, pues, hay que desechar la idea de que Bernal tuviera más de 84 años en 1568. Las dos noticias están dadas en momentos diferentes, y a nadie que conozca la mentalidad de Bernal Díaz podrá extrañarle que no se preocupe en poner de acuerdo afirmaciones hechas en momentos distintos de su vida.

Lo cierto es que la dichosa afirmación del prólogo del borrador de Guatemala es la que más ha pesado sobre el ánimo de quienes han estudiado la obra de Bernal. Se han esforzado por retrasar la fecha de la composición lo más posible, para acercarla al año de 1568 y para justificar que el autor escribía a edad muy avanzada. Como Bernal afirmaba también, al hablar de sus 84 años, que ha perdido “la vista y el oír”, la asociación con Homero resultaba tentadora. El anciano conquistador “con el noble deseo de rectificar errores de mal informados cronistas, empuñó la pluma, como antes la espada”, dice González Obregón. “Se consagró a escribir su *Historia Verdadera* cuando frisaba en los setenta y tantos años de edad”, indica Genaro García. “Sabemos que Bernal Díaz del Castillo empezó a escribir su *Verdadera Historia* por el año de 1568”, afirma rotundamente Carlos Pereyra, sin decirnos de dónde sale esta noticia.

Los datos que hoy poseemos nos permiten rectificar todas estas afirmaciones. Bernal trabajaba en su historia cuando aún no tenía sesenta años de edad. Alonso de Zorita, que fué oidor de la Audiencia de los Confines y anduvo por tierras de Guatemala desde la primavera de 1553 a fines de abril de 1557, dice en su *Historia de la Nueva España*:

Bernaldo Díaz del Castillo, vecino de Guatemala, donde tiene un buen repartimiento, y fué conquistador de aquella tierra, y en Nueva España y en Guacacinalco, me dixo estando yo por oidor de la Real Audiencia de los Confines que reside en la ciudad de Santiago de Guatemala, que escribía la historia de aquella tierra, y me mostró parte de lo que tenía escrito; no se si la acabó, ni si ha salido a luz.

Bernal no había terminado su historia cuando Alonso de Zorita era oidor de la Audiencia de los Confines. Encontramos nueva referencia al libro, hecha esta vez por el propio Bernal en 1563 —aún no tenía setenta años—, en la probanza de servicios del adelantado Alvarado a que ya nos hemos referido:

Pasadas muchas cosas que este testigo tiene escritas en un memorial de las guerras, como persona que a todo ello estuvo presente. . .

Aquí Bernal nos habla de su obra como existente ya, aunque no estuviera totalmente concluída. En realidad, no la concluyó nunca. Hay vacilación en Bernal cuando trata de cerrar su libro, como hemos apuntado que la había al iniciarlo, en el prólogo. Tal vez pensó en un principio que el remate más adecuado era la "Memoria de las batallas y encuentros" en que se había hallado, que sigue al cap. 212. Con esta memoria termina el texto de Remón y al pie de la misma aparece la firma de Bernal Díaz en el manuscrito de Guatemala; pero luego añadió dos capítulos más, sobre cuya oportunidad no estaba muy seguro, pues al cap. 214 le precede la siguiente nota: "No se escriba esto de abaxo". Y la indecisión va más

lejos, pues al terminar el mismo capítulo anuncia: "Bien es que diga en otro capítulo de los arzobispos y obispos que ha habido." El capítulo en cuestión no existe, y no parece que el manuscrito de Guatemala esté mutilado. Lo más verosímil es que Bernal no llegara a escribirlo.

Con lo apuntado basta para darnos idea de lo lento que es el proceso de elaboración de la *Verdadera Historia*. Una primera mención anterior a 1557; otras de 1563 y 1568; la última que podemos situar hacia 1579 o 1580. El libro se entreteje todo a lo largo de la vida de su autor desde los años en que media el siglo XVI.

Ha existido otro factor importante en la tendencia a retrasar la fecha de composición de la historia de Bernal Díaz. La asociación inmediata que se establece entre su obra y la *Conquista de México*, de López de Gómara. "Bernal Díaz, que vivía tranquilo en su encomienda de Chamula, no pudo ver sin enojo que aquel escritor [Gómara] trataba de engrandecer a Hernán Cortés a costa de todos sus compañeros, atribuyéndole exclusivamente la gloria de la conquista; de manera que la indignación le hizo autor. Desde entonces comenzó, sin duda, a renovar la memoria y recuerdos de aquellos hechos..." Esta opinión, expresada hace tiempo por Vedia, sigue flotando hoy en el ambiente. Bien es verdad que ha sido preciso retocarla porque el propio Bernal nos dice que ya trabajaba en su historia cuando llegó a sus manos la de Gómara. "Llevaba escrito poco de la *Historia Verdadera* cuando llegaron a sus manos las crónicas com-

puestas por Paulo Jovio, López de Gómara y Gonzalo de Illescas”, dice Genaro García. Carlos Pereyra precisa más. “Llevaba adelantados cerca de veinte capítulos, y narraba los hechos del viaje que hizo con Juan de Grijalva, cuando cayeron en sus manos tres libros. . .”

Estas afirmaciones también necesitan revisión. No podemos saber exactamente en qué fecha, en qué momento de la composición de la *Verdadera Historia* llegaron los libros citados a manos de Bernal. Pero que éste los mencione en el cap. XVIII de su libro no indica que precisamente entonces llegaran a su conocimiento, ni él dice tal cosa. Indica tan sólo: “Estando escribiendo en esta mi crónica, acaso vi lo que escriben Gómara e Illescas y Jovio en las conquistas de México y Nueva España.” El lugar de la mención es el más adecuado, pues sigue al relato de la expedición de Juan de Grijalva y precede al de la de Cortés, donde las rectificaciones a dichos cronistas iban a ser más frecuentes; pero el cap. XVIII puede muy bien haber sido intercalado por Bernal, pues en el manuscrito se alteró la numeración, de modo poco hábil, dando al capítulo anterior el número XVI, que no le correspondía, sin duda para agregarlo al relato de la expedición de Grijalva y para hacer un hueco a la advertencia sobre los tres cronistas.

Hay más aún. Quienes piensan que el cap. XVIII señala el momento en que Bernal tuvo noticia de los otros cronistas, parecen olvidar que ya en el cap. I advierte: “hablando aquí en respuesta de lo que han dicho y escrito personas que no lo alcanzaron a saber, ni lo vieron, ni tenían noticia de lo que sobre esta

materia hay". Por si no estuviera bastante clara la alusión a los cronistas que Bernal se propone refutar, la encontramos más explícita en el cap. XIII, cuando nos habla del oro rescatado por Grijalva en el río de Banderas: "Y esto debe ser lo que dicen los cronistas Gómara, Illescas y Jovio que dieron en Tabasco." En el capítulo siguiente vuelve a rectificar a Gómara.

Si Bernal menciona desde el comienzo de su libro a los tres cronistas —también lo hace explícitamente en el prólogo del texto de Remón—, lo que esto nos indica no es que los conociera a poco de comenzar a escribir su historia, sino que la modificó desde el principio después de haberlos leído. No se olvide que ya estaba escrita parte de su libro en 1557, y tal vez terminada una primera redacción en 1563, época en la que mal podía haber visto a los cronistas mencionados —con excepción de Gómara—, pues la primera edición de Gonzalo de Illescas es de 1564 y la traducción castellana de Paulo Jovio es de 1566.

Habremos, pues, de resignarnos a admitir que la parte jugada por la indignación contra los errores de los cronistas en la génesis de la historia de Bernal no es el germen del libro, como se nos venía diciendo. Hay indignación y hay polémica en Bernal, pero los motivos de esta actitud son otros.

Nada tan sorprendente a primera vista como la paradoja de que Genaro García, enemigo de los conquistadores, haya hecho una excepción a favor de Bernal, convirtiéndolo en arquetipo de virtudes y trazando de su carácter una semblanza enteramente falsa.

Así, pues, bastante pobre, si bien muy querido y considerado, se consagró a escribir su *Historia Verdadera* cuando frisaba en los setenta y tantos años de edad; sin temer a nadie; persuadido de que en el mundo no se registraba hecho más hazañoso que la Conquista, ni existían hombres más heroicos que los conquistadores; conforme con no haber recibido la remuneración que justamente merecía; libre de pesimismos, rencores y remordimientos; perfectamente tranquila su conciencia; con una memoria privilegiada y una inteligencia excepcional en su pleno vigor. Interrumpía de tarde en tarde su trabajo para visitar los pueblos de su encomienda, acompañado a veces de amigos...

Esta visión idílica, azorinesca, de un Bernal reposado y tranquilo que visita sus indios y acaricia recuerdos, que rompe su quietud con gesto de quijote para volver por la gloria que Gómara pretende arrebatarles a él y a sus compañeros, cae por tierra ante una lectura atenta del libro de Bernal y de los documentos que ahora conocemos relativos a su persona. La edición de Ramírez Cabañas es la que más circula hoy, y no hace falta repetir aquí lo dicho en su prólogo sobre el carácter de Bernal y sobre su verdadera situación económica por los años en que compone la crónica de la conquista. Lo que sí conviene es poner en relación estos nuevos datos con la génesis misma de la *Historia Verdadera*.

Bernal es hombre bullicioso, insatisfecho, pleiteante. No se da nunca por contento con las recompensas que recibe en premio a sus servicios. Siempre se manifiesta desazonado, resentido. En 1550 se le concede licencia para que él y dos criados suyos puedan llevar armas ofensivas y defensivas porque "está

enemistado en esa tierra [Guatemala] con algunas personas". Véase el tono de su correspondencia en las dos cartas de 1552 y 1558. Bernal tiene mal genio, es murmurador, está terriblemente pagado de sí mismo. "Bien creo que se tendrá noticia de mí en ese Vuestro Real Consejo de Indias", le dice al rey en 1552. "Ya creo que V. S. no terná noticia de mí, porque según veo que he escrito tres veces e jamás he habido ninguna respuesta... ", escribe en 1568 al P. Las Casas, en carta donde le pide con gran desparpajo que "cuando escribiere a los reverendos padres de Santo Domingo venga para mí alguna carta o colecta para que sea favorecido".

No, no es Bernal el hombre "conforme con no haber recibido la remuneración que justamente merecía" que quiso hacernos ver su editor mexicano. El hombre "libre de pesimismo, rencores y remordimientos". Es el hombre inmensamente ambicioso, profundamente insatisfecho, el representante genuino de aquella generación turbulenta de conquistadores que cuando dejan de guerrear con los indios dedican el resto de sus vidas a forcejear con la corona para conseguir mercedes que les permitan vivir sin trabajar.

Ramírez Cabañas señala certeramente en el prólogo de su edición esta actitud que informa toda la conducta de Bernal. Icaza, en la magistral introducción a sus *Conquistadores y pobladores de Nueva España*, se refiere de continuo a nuestro autor como a uno de los más destacados portavoces de la insatisfacción, de las quejas continuas de los conquistadores que no creen suficientemente recompensados sus servicios. Carlos Pereyra insiste en la necesidad de

precaverse “contra el peligro de la literatura plañidera formada por los memoriales de méritos y servicios de los conquistadores”. Pero ninguno de estos autores destaca con suficiente precisión que este ambiente de insatisfacción, que este resentimiento y esta avidez de los conquistadores, que este formidable y larguísimo pleito que mantienen con la corona por cuestión de intereses, por repartos de tierras y de indios, forma la base, la raíz de la *Verdadera Historia* de Bernal.

No todo está perfectamente claro en la vida de Bernal. Si sus méritos fueron tan grandes como él nos lo indica, ¿por qué no obtuvo un puesto más destacado entre los compañeros de Cortés? A no ser por su propio relato apenas si tendríamos noticia de su participación en la conquista. En su libro se nos presenta con todas las características del conquistador, bravísimo, ansioso de aventuras y riquezas. No obstante cabría decir que Bernal es soldado de ocasión, que la milicia no le atrae de por vida. Apenas cae México le vemos interesado por obtener su parte de botín, no ya en oro ni joyas, sino en tierras y en indios. Consigue de Sandoval una encomienda en Coatzacoalcos, y a partir de este momento se indigna cada vez que Cortés exige su presencia en alguna expedición militar. Siempre se compadece de los soldados que “tenían ya sus casas y reposo” y que se ven lanzados contra su voluntad a nuevas aventuras. Véase como ejemplo su comentario a la expedición a las Hibueras:

Y en el tiempo que habíamos de reposar de los grandes trabajos y procurar de haber algunos bienes y granjerías,

nos manda [Cortés] ir jornada de más de quinientas leguas, y todas las más tierras por donde íbamos de guerra, y dejamos perdido cuanto teníamos.

Este deseo tan intenso de reposo manifestado cuando Bernal aun no había cumplido los treinta años —la expedición a las Hibueras se inicia en 1524 —contrasta bruscamente con el tono empleado al relatar su participación en las campañas de Cortés.

Y los que andaban en estas pláticas contrarias eran de los que tenían en Cuba haciendas, que yo y otros pobres soldados ofrecido teníamos siempre nuestras ánimas a Dios que las crió, y los cuerpos a heridas y trabajos hasta morir en servicio de Nuestro Señor Dios y de Su Majestad.

Es decir, que Bernal nos confiesa ingenuamente que los conquistadores luchaban bien mientras nada tenían que perder; pero en cuanto conseguían algunos bienes de fortuna, costaba muchísimo hacerles participar en nuevas empresas militares. Y así Bernal termina muy joven su vida de soldado. Va con Cortés a las Hibueras a regañadientes, porque no le queda otro remedio; las expediciones en que más tarde toma parte no son de gran peligro, pues él mismo repite en varias ocasiones que los indios de Guatemala “no era gente de guerra, sino de dar voces y gritos y ruido”. No le tienta pasar al Perú, como no le tientan las arriesgadas e infructuosas expediciones que se organizan bajo el gobierno del virrey Mendoza.

Bernal deja muy joven de ser conquistador para pasar a ser encomendero. Y en esta lucha por las recompensas, no por más sorda menos violenta que

la lucha contra los indígenas, consume la mayor parte de su vida. Hace dos viajes a España con este motivo. Da su opinión en la junta celebrada en Valladolid en 1550 acerca del repartimiento perpetuo. Las cartas y documentos que de él nos han llegado tratan exclusivamente de estos temas. No hemos de analizarlos en sus aspectos más definidamente técnicos, jurídicos. Nos basta con subrayar que la idea fija de toda la vida de Bernal es la de haber entrado a formar parte de una nueva aristocracia, la de "los verdaderos conquistadores", que por sus heroicas hazañas se ha hecho acreedora de todo género de mercedes por parte de la corona.

Demás de nuestras antiguas noblezas, con heroicos hechos y grandes hazañas que en las guerras hicimos, peleando de día y de noche, sirviendo a nuestro rey y señor, descubriendo estas tierras y hasta ganar esta Nueva España y gran ciudad de México y otras muchas provincias a nuestra costa, estando tan apartados de Castilla, ni tener otro socorro ninguno, salvo el de Nuestro Señor Jesucristo, que es el socorro y ayuda verdadera, nos ilustramos mucho más que de antes.

Bernal pone de manifiesto la idea corriente entre los conquistadores de que las guerras con los indios son continuación de las hechas en España contra los infieles —la Reconquista— y pide que quienes en ellas han participado reciban el mismo premio que los guerreros medievales.

Y también he notado que algunos de aquellos caballeros que entonces subieron a tener títulos de estados y de ilus-

tres no iban a las tales guerras, ni entraban en las batallas, sin que primero les pagasen sueldos y salarios, y no embarcante que se los pagaban, les dieron villas, y castillos, y grandes tierras, perpetuos, y privilegios con franquezas, las cuales tienen sus descendientes; y además de esto, cuando el rey don Jaime de Aragón conquistó y ganó de los moros muchas partes de sus reinos, los repartió a los caballeros y soldados que se hallaron en ganarlo, y desde aquellos tiempos tienen sus blasones y son valerosos, y también cuando se ganó Granada...

Léase con atención la *Verdadera Historia* y se encontrarán a granel pasajes como éste. Todos los conquistadores, tarde o temprano, hubieron de presentar su relación de méritos y servicios, haciéndolo en ocasiones colectivamente y por orden superior, como ocurrió bajo el gobierno del virrey Mendoza. El acierto genial de Bernal Díaz fué que para darnos la relación de sus propios méritos, el "memorial de las guerras" como hemos visto que le llama, escribió la crónica más completa y mejor de la conquista de la Nueva España. Bernal, que era un ególatra, tenía también muy acusado el sentimiento de grupo, que tanto se desarrolla en las guerras, y de aquí que no concibiera relatar sus hazañas sin encuadrarlas en las de todos sus compañeros, "porque mi intento desde que comencé a hacer mi relación no fué sino para escribir nuestros hechos y hazañas de los que pasamos con Cortés".

El germen de la obra de Bernal ha de buscarse, pues, en la lucha por las encomiendas y en las relaciones de méritos y servicios. Nótese el aire de documento notarial que tiene el comienzo de su crónica:

Bernal Díaz del Castillo, vecino y regidor de la muy leal ciudad de Santiago de Guatemala, uno de los primeros descubridores y conquistadores de la Nueva España, y sus provincias, y cabo de Honduras, y de cuanto hay en esta tierra..., natural de la noble e insigne villa de Medina del Campo, hijo de Francisco Díaz del Castillo, regidor que fué de ella, que por otro nombre llamaban el Galán, que haya santa gloria...

Los últimos capítulos se dedican a la enumeración de todos los conquistadores que pasaron con Cortés y de los méritos de cada uno. Una de las redacciones —la utilizada por Remón— concluía con la memoria de las batallas y encuentros en que Bernal había tomado parte.

La *Verdadera Historia* fué creciendo desmesuradamente porque Bernal no era capaz de seleccionar entre sus recuerdos, y puesto a relatar la conquista tuvo que decirlo todo. Así hubo de alcanzar mayores vuelos la que en un principio fuera simple relación de méritos y servicios. Sabemos que Bernal mostraba lo que iba escribiendo a personas que creía competentes para juzgarlo —el oidor Alonso de Zorita, los licenciados que menciona en el cap. CCXII— quienes, sin duda, le estimularon en su labor. La lectura de Gómara hizo el resto, y también pudo ayudarle para dar forma definitiva a su crónica.

Así, pues, fueron los intereses y los pleitos del Bernal Díaz encomendero los que dieron origen en su forma primera al relato estupendo de las hazañas del Bernal Díaz conquistador y de sus compañeros. De haber sido Bernal un hombre más modesto, capaz de adaptarse mejor a las nuevas condiciones de trabajo

que exigía la colonia, no hubiera defendido tan testarudamente los derechos de "los verdaderos conquistadores" y no tendríamos hoy su *Verdadera Historia*.

En la gigantesca polémica que originó el descubrimiento y conquista de las Indias, la obra histórica de Bernal ocupa el polo opuesto a la de Las Casas. Defensa de los derechos del indio en éste, defensa de los derechos del conquistador en aquél.

Es paradoja curiosísima que contraposición tan clara no haya sido establecida hasta ahora con precisión. Ello se debe a que el libro de Bernal pasó a ocupar un primer plano como arma preferida en el ataque contra Gómara y, sobre todo, contra Hernán Cortés. El no haber penetrado bien en la génesis de la *Verdadera Historia* ha hecho de los partidarios incondicionales de Las Casas partidarios incondicionales de Bernal Díaz. Lo cual, sin duda, a ellos les hubiera extrañado muchísimo.

(*Filosofía y Letras*. México, enero-marzo 1941.)

LA MEXICANIDAD DE DON CARLOS DE
SIGÜENZA Y GONGORA

Es BIEN conocido el sentimiento que hace que un ser humano, puesto en presencia de un ambiente extraño, reaccione en una doble forma. Subrayando, por un lado, todo aquello que le parece diferente, y buscando, por otro, puntos de analogía, de contacto, con las cosas que le son habituales. Esta doble actitud la encontramos en los conquistadores, que si ven en las tierras mexicanas escenarios fantásticos que evocan sus lecturas de los libros de caballerías, también van recordando imágenes de España, como se nota de continuo en los nombres con que bautizan a las poblaciones que descubren sus ojos. Son bien conocidos los ejemplos de esta doble actitud en el relato de Bernal Díaz. Y donde culmina la tendencia a la asimilación y el recuerdo es cuando Hernán Cortés propone que a estas tierras se les dé el nombre de Nueva España. “Por lo que yo he visto y comprendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en otras muchas cosas que la equiparan a ella, me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del Mar Océano.”

Las tierras mexicanas son, pues, una España, pero una España nueva, distinta en cierto modo de la otra. ¿Cómo esta España nueva llega a tener conciencia de que es distinta de la antigua, y no sólo distinta, sino tanto como ella o superior a ella? He aquí un tema

que viene preocupándome desde hace tiempo y en el que creo que hay mucho por hacer. Para todos está clara la culminación de este sentido de diferenciación, su plena madurez, en el momento de la Independencia. Pero ¿y antes? ¿Se ha padecido o no de esa deformación tan frecuente en los estudios históricos que consiste en ver el ayer con los ojos de hoy, en sentir proyectado el pasado hacia un presente que ya conocemos y que fuerza la dirección, la tendencia de hechos anteriores? Pienso, al hacerme esta pregunta, en el historiador mexicano don Luis González Obregón, en cuyos estudios encontramos omnipresente la idea de Independencia, que él señala ya como viva y actuante desde el siglo xvi.

¿Hasta qué punto puede esto aceptarse? ¿Desde cuándo puede decirse que existe en el mexicano una conciencia de ser distinta del español, de ser incluso superior a él? ¿De cuándo datan la idea y el sentimiento de la mexicanidad?

Debo, antes de nada, hacer una advertencia. No creo en esa actitud, tan de la intelectualidad de nuestra época, actitud más bien germanizante, según la cual los problemas, para tener dignidad, para tener altura, han de ser necesariamente retorcidos, complejos. Todos conocemos el prestigio de que ha gozado la palabra misma "problemática". No, las cosas pueden ser complicadas, pero también sencillas. Suscribo plenamente la afirmación del Prof. Crane Brinton, quien dice en su *Anatomía de la Revolución* que el horror a caer en el lugar común ha llevado a muchos intelectuales a caer en un horror igual de lo evidente.

En esta charla procuraré no complicar las cosas. Dejaré que en ella campeen los lugares comunes, si los

lugares comunes me parecen ciertos. No me propondré dar, por ejemplo, una definición exacta del concepto de mexicanidad. Me basta, para que nos entendamos, con que estemos de acuerdo en que la mexicanidad es una idea, más o menos clara —puede ser, simplemente, un sentimiento— de que lo mexicano es algo con personalidad propia, algo distinto, superior incluso, a lo que no es mexicano.

¿Cuándo y cómo surge esta idea?, preguntaba yo antes. No soy un especialista en la cuestión, no he tenido tiempo ni medios para realizar un trabajo a fondo sobre el tema, y he de limitarme aquí a señalar algunos botones de muestra que han saltado ante mi vista en lecturas no tan abundantes ni detenidas como yo hubiera deseado. Simplemente invoco en mi defensa la vieja verdad de que en el juego hay ocasiones en que el mirón ve más que los jugadores. Espero que en este caso los jugadores, quienes conocen más de estas cuestiones que yo, simple mirón aficionado, me ayuden con sus observaciones en la discusión que ha de seguir a esta charla.

La primera idea de que América es algo radicalmente distinto de lo ya conocido está en su designación misma de "Nuevo Mundo". No he de rastrear ahora aquí cómo se desarrolla esta idea a partir de las confusiones iniciales de Cristóbal Colón. Más bien quiero señalar un momento en que esta idea culmina, en que se expresa en su plenitud. Este momento lo encontramos en la Nueva España setenta años después de la conquista de la capital azteca por los españoles, en los *Problemas y Secretos Maravillosos de las Indias*, del doctor Juan de Cárdenas. Juan de Cárdenas es un español, un andaluz, que cuando nos

dice que toma la pluma en alabanza de tierra ajena, se interrumpe y exclama: "Mas ¿qué digo ajena? Mía propia la puedo ya con razón llamar." Es nuestro doctor un joven malhumorado, que escribe su libro a los veintiséis años y tiene veintiocho cuando lo publica, que padece del estómago —cosa que, según él nos dice, ocurre a todos los españoles que pasan a las Indias, en especial a los intelectuales—, que tiene dificultades grandes para ganarse la vida y que no pierde ocasión de censurar a quienes, con más medios y conocimientos que él, no han declarado al mundo las excelencias de la nueva parte que acaba de añadirsele. "También traigo por disculpa los pocos autores que tengo de quien sacar lo que escribo, porque como ésta es materia jamás escrita ni ventilada por otro, el dechado que tengo para dar estas respuestas es sola mi pobre imaginación, y ella es la que me pone a riesgo de que muchos —y, por ventura, de mi oficio— tengan que murmurar y detraer de mí; pero, al fin, me consuelo que, malo o bueno, con ser ellos nacidos y criados en Indias, y tener mucho más posible, edad y experiencia que yo, no han sido para otro tanto, estimando en más la pompa y ornato de sus personas que el predicar y sacar a luz las misteriosas grandezas de esta fértil, grandiosa y opulenta tierra."

Sabe Cárdenas que su libro será imperfecto, porque se trata de mundo nuevo, de historia nueva, y también es nuevo y mozo el autor. Pero quiere, según se dice en los elogios que preceden al libro, rematar con su pluma lo que Cortés inició con la espada, conquistar espiritualmente este Nuevo Mundo dándole expresión, forma escrita.

Manifiesta Cárdenas una impaciencia muy juve-

nil al lamentarse de que tanto se haya escrito del Viejo Mundo y tan poco del Nuevo. “Vuelvo a decir que se puede con justa razón lamentar toda esta indiana tierra de que, sobrándole materia y copia de extrañas y excelentes grandezas, le falta quien las predique y saque a luz, de que no tendrá Asia, Africa y Europa que quejarse, pues tiene y ha tenido más escritores que de ellas escriban que cosas que poderse escribir.” Piensa nuestro autor que dirá cosas “que si sólo las oyera Plinio quedara absorto y espantado”. “En las Indias todo es portentoso, todo es sorprendente, todo es distinto y en escala mayor que lo que existe en el Viejo Mundo. Llueve en verano y no en invierno, tiembla la tierra frecuentemente, hay inmensos volcanes. . . ”

Estudia Cárdenas numerosas propiedades de minerales y de plantas, y, sobre todo, señala diferencias decisivas entre los habitantes del Nuevo Mundo y los del Viejo. Esto es lo que a nosotros nos interesa aquí. No se trata de la población indígena, por la que Cárdenas manifiesta un soberano desprecio —“sujetos inmundos y sucios, como llanamente lo son los indios y negros”, nos dice—, desprecio que es producto de una absoluta incomprensión, tan frecuente en sus compatriotas. Se trata de los españoles nacidos en América, de los criollos.

Según Cárdenas, el español nacido en América es superior al de España en múltiples aspectos. Encontramos señalados en su libro rasgos diferenciales, de típico mexicanismo, que podríamos haber creído surgidos en época más tardía —yo, por lo menos, así lo pensaba. Y encontramos también un elemento interesante, que me parece conveniente subrayar, pues con

frecuencia se han señalado las diferencias existentes entre españoles y mexicanos como una cuestión de raza, y para Cárdenas no hay tal. Las diferencias existen entre los gachupines y los criollos, entre los españoles de España y los de Indias.

Para dar muestra y testimonio cierto de que todos los nacidos en Indias sean a una mano de agudo, trascendido y delicado ingenio, quiero que comparemos a uno de los de acá con otro recién venido de España, y sea ésta la manera: que el nacido en las Indias no sea criado en algunas de estas grandes y famosas ciudades de las Indias, sino en una pobre y bárbara aldea de indios, solo en compañía de cuatro labradores, y sea asimesmo el cachupín o recién venido de España criado en una aldea, y júntense éstos que tengan plática y conversación el uno con el otro.

Oiremos al español nacido en las Indias hablar tan pulido, cortesano y curioso, y con tantos preámbulos de delicadeza y estilo retórico, no enseñado ni artificial, sino natural, que parece ha sido criado toda su vida en corte y en compañía de gente muy hablada y discreta.

Al contrario, verán al chapetón, como no se haya criado entre gente ciudadana, que no hay palo con corteza que más bronco y torpe sea.

Pues ver el modo del proceder en todo del uno tan diferente del otro, uno tan torpe y otro tan vivo, que no hay hombre, por ignorante que sea, que luego no eche de ver cuál sea cachupín y cuál nacido en Indias.

Pues venga ahora una mujer de España, y éntre en conversación de muchas damas de las Indias. Al momento se diferencia, sólo por la ventaja que en cuanto al trascender y hablar nos hace la española gente nacida en Indias a los que de España venimos.

Pues pónganle a decir un primor, un ofrecimiento o una razón bien limada y sacada de punto. Mejor viva yo que

haya cortesano criado dentro de Madrid o Toledo que mejor la lime y componga. Acuérdomé una vez, haciéndome ciertas ofertas un hidalgo mexicano, para decirme que en cierta forma temía poco la muerte teniéndome a mí por médico, sacó la razón por este estilo: "Devanen las parcas el hilo de mi vida como más gusto les diere, que cuando ellas quieran cortarle, tengo yo a vuestra merced de mi mano, que le sabrá bien añudar." Otro, ofreciéndome su persona y casa a mi servicio, dijo: "Sírvase muestra merced de aquella casa, pues sabe que es la recámara de su regalo de vuestra merced."

A este mismo modo y conforme a esta delicadeza son las razones de los hombres que en Indias nacen. Y esto es en cuanto al hablar; pues en el entender y trascender no se muestran menos aventajados, pues verdaderamente entiendo que a ninguna cosa de las que se ponen a intentar y hacer (si hasta el fin perseverasen en ella) nos dejan de hacer ventaja. Y esto bien claro se muestra en los lindos ingenios que todos a una mano muestran en estas escuelas de las Indias, donde, si el premio de sus trabajos no les faltase, serían monstruos de naturaleza.

Acabamos de ver que Cárdenas se limita a señalar diferencias, pero un escritor algo posterior, el inglés Thomas Gage, que era fraile dominico cuando recorrió estas tierras, a las que llegó en 1625, ya no señala sólo diferencias, sino enemistad y oposición entre españoles y criollos. Es bien sabido que el libro de Thomas Gage se escribió como incitación a Inglaterra para que se apoderase de los dominios americanos de la colonia española. Para Gage esta empresa era perfectamente realizable porque los españoles habían descuidado en las Indias el ejercicio de las armas y por la gran enemistad que hacia ellos sentían los criollos, que estarían dispuestos a prestar su ayuda a cualquier

ra con tal de verse libres de los españoles: "Ahora bien, en todos los estados que pertenecen al rey de España en América, hay dos clases de habitantes españoles, que son más opuestos entre sí que los españoles y los franceses en Europa. . . El odio que se profesan unos a otros es tan grande que me atrevo a decir que nada puede contribuir a la conquista de América tanto como esa división, siendo fácil ganar a los criollos y decidirlos a tomar partido contra sus enemigos, para romper el yugo, salir de la servidumbre a que están reducidos y vengarse de la manera rigurosa con que los tratan y de la parcialidad con que se les administra la justicia, por el favor y valimiento de que siempre gozan los naturales de España."

Bien sé que se ha puesto en tela de juicio la veracidad de las noticias dadas por Thomas Gage, autor que ha tenido en su contra el hablar con demasiada sinceridad de la corrupción existente en la colonia, en especial entre los religiosos. Si bien cabe aceptar que esta corrupción no fuese tan general como él nos lo indica, no tenemos por qué pensar que no existiera, pues no es el suyo el único testimonio que hace referencia a ella. Son numerosos los casos que cita Thomas Gage de conflictos que tienen lugar dentro de las comunidades religiosas por la oposición y la animosidad que existen entre españoles y criollos.

En este ambiente nace y vive don Carlos de Sigüenza y Góngora. Ambiente que no podemos captar bien en los libros de historia, que, como los modernos corresponsales, van a caza de noticias dondequiera que se produce algún hecho importante, desplegándolas luego ante nuestros ojos en rápida sucesión y

haciendo con ello que la historia nos aparezca sumamente movida, dramática, llena de episodios culminantes.

Donde se capta bien la atmósfera del siglo xvii mexicano es en las lentas páginas de los diarios de sucesos notables que nos han legado algunos contemporáneos minuciosos: Guijo, Robles, Gemelli Careri. En estas páginas puede apreciarse hasta qué punto era escasa la densidad histórica de la vida en aquellos días. Si, como se ha dicho, son felices los países que no tienen historia, la Nueva España era feliz en el siglo xvii.

Vida lenta, soporífera, alterada tan sólo por unos pleitos que hoy nos parecen carentes de sentido —las cuestiones a que daba lugar la preferencia entre las distintas autoridades—, estimulada por mascaradas, corridas de toros y autos de fe, por castigos crueles, que sin duda se pretendían ejemplares, de los que son víctimas casi exclusivamente mestizos, indios, mulatos y negros.

Se han visto velas frente a Campeche, se han visto velas frente a Tampico, se han visto velas frente a Acapulco. Llega el navío de aviso, sale la nao de China. Se discuten tesis y se celebran certámenes poéticos, insulsos ejercicios retóricos y colosales alardes memorísticos. Y puede merecer mención de sucesos notables cosas como las siguientes:

“A los principios de este año vino un extranjero que sacaba de la boca lechugas, rábanos, vino, agua de azahar y otras cosas” —1665—.

“A los fines de este año vino un arlequín volantín diestrísimo, llamado Francisco de Morales, que dijeron ser de las islas Canarias”.

Y en estos años que se inician con un extranjero que saca lechugas de la boca y se cierran con el arlequín volantín, noticias como: “Este día mató un moro a su suegra, metiéndole una espada por la barriga” —6 mayo 1675. El lunes 6 de septiembre de 1676 “prendió Marcos, el alguacil, en la pastelería de la catedral, a las nueve, a Pinacate el negro, que ayudó a Cascabel a salir de la cárcel”. Durante una ceremonia religiosa —sábado, 6 abril 1697— “tuvo deseo la virreina de beber un poco de vino, y habiéndosele llevado un acólito, cayó éste de la escalera abajo, con la garrafa en la mano, excitando la risa del populacho”. El sábado 2 de diciembre de 1684 “cerca de la oración, vino un género de polvo de sal o salitre en toda la ciudad, espeso, que duró hasta las ocho de la noche; y se tocó plegaria generalmente; y hubo muchos estornudos; dicen es polvo de la laguna de Tequesquite”.

En este ambiente lento, despacioso, vive don Carlos de Sigüenza y Góngora. De familia noble, hijo de un preceptor del príncipe don Baltasar Carlos, sobrino de don Luis de Góngora, el poeta, es hombre de curiosidad ilimitada, enciclopedista genuino: matemáticas, filosofía, literatura, historia, todo lo abarca. Satisfecho de sí mismo, su satisfacción no le lleva hasta el extremo de una complacencia fácil con su propia obra. Amigos suyos, como don Sebastián de Guzmán, le reprochan un exceso de versatilidad, un interesarse y desinteresarse con rapidez excesiva por toda clase de temas. “No sé si es más veloz en idear y formar un libro que en olvidarlo —nos dice Guzmán—. Encomiéndalo, cuando mucho, a la gaveta de un escritorio, y éste le parece bastante premio de su trabajo.

Dichoso puede llamarse el papel suyo que esto consigue, porque otros, después de perfectos, o de sobre la mesa se los llevaron curiosos, o murieron rotos en las manos a que debían el ser”.

Guzmán habla de descuido en don Carlos y también de “impertinente modestia y encogimiento”. Esto último no me parece exacto. Nada tiene de modesto Sigüenza. Sí puede ser demasiado exigente consigo mismo, existir en él una inquietud que le hiciera desdenar el trabajo ya concluído o a medio concluir. De uno de sus libros, *Oriental Planeta Evangélico*, nos dice su sobrino, el editor, que lo había compuesto don Carlos a los veintitrés años “y aunque desde aquel tiempo estaban concedidas las licencias para que se diese a la imprenta, no quiso que saliese, por parecerle no estaba bien limado en términos astrológicos, por ser en los principios de su aplicación a esta facultad”. El mismo sobrino, don Gabriel López de Sigüenza, rechaza el cargo de descuido hecho por Guzmán y se lamenta de que su tío no ha dispuesto de medios para dar a luz sus libros, cosa que también dice el propio don Carlos en el prólogo de su *Paraíso Occidental*: “Si hubiera quien costeara en la Nueva España las impresiones (como lo ha hecho ahora el convento real de Jesús María) no hay duda sino que sacara yo a luz diferentes obras, a cuya composición me ha estimulado el sumo amor que a mi patria tengo, y en que se pudieran hallar singularísimas noticias. . . Cosas son éstas, y otras sus semejantes, que requieren mucho volumen, y así probablemente morirán conmigo, pues jamás tendré con qué poder imprimirlo por mi gran pobreza”.

Creo que hay en esto algo de exageración, que es

como una disculpa que don Carlos se da a sí mismo. Por los datos que aporta Pérez de Salazar en su biografía de Sigüenza, sabemos que no es exacto hablar de él como totalmente desprovisto de recursos. Más bien me parece certera la explicación que nos da Guzmán, esa tremenda voracidad intelectual que llevaba a don Carlos de unos temas a otros, y también el trabajo que se tomaba en "perfeccionar" sus obras, como el mismo Guzmán y su sobrino nos indican.

Sea por lo que fuere, lo cierto es que a Sigüenza no podemos juzgarle bien, porque se ha perdido lo más importante de su producción, conservándose en cambio las obras que escribía de encargo, que concluyó y entregó a la imprenta, y que son, sin duda, las de menos entidad. De su obra conservada, no me ha sido posible consultarla toda, pues si descuido hubo en él, tanto o más lo hubo en otros, que dejaron perder o dispersar sus manuscritos. Descuido en dejar que se perdieran o interés en darlos por perdidos, para mejor aprovecharse de ellos. Seguramente si se estudian con más cuidado algunas obras del siglo XVIII mexicano, podrá recuperarse una parte no pequeña de los materiales reunidos por Sigüenza; pero es éste un trabajo que no me ha sido posible realizar.

Hay en Sigüenza, en toda su obra, un tema que ocupa lugar destacadísimo: este tema es México, su patria, cuyo amor le mueve a escribir, según nos dice él mismo tantas veces. Sigüenza es incansable coleccionista de antigüedades mexicanas, es el primero que traza un mapa completo de la Nueva España, es también el primero que escudriña su pasado en todos sus aspectos, sin hacerlo con un propósito misionero, como lo habían hecho los religiosos dedicados antes

que él al estudio de las lenguas y costumbres de los indígenas —Sahagún, Durán—, que consideraban estos conocimientos como instrumento previo, indispensable para la obra de evangelización. En Sigüenza el tema tiene en sí mismo un sentido y una grandeza tales que dan novedad radical a su obra. La mexicanidad de Sigüenza busca un sólido arraigo en el pasado indígena.

Ermilo Abreu Gómez ha subrayado con gran acierto en su prólogo a la edición de las poesías de Sigüenza el realismo de nuestro autor, que desdeña lo fabuloso cuando puede encontrar en lo histórico ejemplos de grandeza y normas de conducta. Pero hay más en Sigüenza: no es el suyo un realismo universal, un historismo amplio, sino un interés enfocado de modo exclusivo hacia el pasado propio, hacia lo mexicano, que contrapone deliberadamente a lo europeo.

En Sigüenza no encontramos tan sólo, como habíamos visto en Cárdenas, la contraposición entre lo europeo y lo americano en conjunto, sino también una idea precisa de la mexicanidad. “El sumo amor que a mi patria tengo”, como él nos dice, preside toda su producción —ya veremos hasta cuándo. Rechaza el excesivo elogio a lo europeo, y de aquí que busque sin descanso en el pasado de su propia tierra grandezas que iguallen o superen a las de allá. Abundan en él las quejas por el olvido y el desdén en que se tiene a todo lo que es mexicano: “Y si hasta ahora al repetido ejemplo de las vestales romanas se conmovían los ánimos piadosos de las cristianas doncellas, no sé yo por qué no ha de ser más eficaz y activo el que aquí he propuesto [el de las doncellas

mexicanas que hacían vida en los templos] si no es que ya también se mide el crédito que se le debe con la poca fortuna que nuestro nombre ha tenido, perdiendo por mexicano y doméstico lo que aquél ha merecido en todas partes por europeo y romano”.

Pasado de México digno de equipararse con el de Roma. Y, consiguientemente, dedicación de Sigüenza al conocimiento de ese pasado, del mundo indígena. Si en el presente había rivalidades entre españoles y criollos, mestizos, indios y negros, el arraigo, el entronque que Sigüenza necesitaba para su idea de patria había de buscarlo en lo autóctono, aunque sin renegar, claro está, de lo español. Don Carlos realiza plenamente el bello aforismo de José Bergamín: “En México, lo Cortés no quita a lo Cuauhtémoc”.

Cortés y Cuauhtémoc, lo español y lo indígena en busca de una integración que no resulta fácil, hacedera, dada la conducta de los españoles con los naturales. En Sigüenza encontramos vigorosa la repulsa, la voz acusadora que se alza contra la crueldad española en el trato a los indios: “Los de México, gente arrancada a sus pueblos, por ser los más extraños de su provincia, gente despedazada por defender su patria y hecha pedazos por su pobreza, pueblo terrible en el sufrir, y después del cual no se hallará otro tan paciente en el padecer, gente que siempre aguarda el remedio en sus miserias, y siempre se halla pisada de todos”. “La calamidad penosa de aquellos tiempos, así una y otra vez por haberse anegado México, como por la grande mortandad de indios que destruyó estas provincias, causada de querer congregarlos a nuevos sitios, quemándoles para

esto sus pobres casas, desposeyéndolos de sus bienes, tan lastimosamente cuanto lo publican las ruinas de sus pueblos, que no pueden ver los ojos sin que se aneguen en lágrimas”.

En el estudio de este pueblo sacrificado y oprimido encuentra Sigüenza un tema digno de su entera dedicación. No es la suya simple curiosidad de erudito, sino resultado de un grande amor: “y aunque en otros pudieran ser efectos éstos de nimio estudio, en mí sólo quiero se tengan por consecuencia del amor grande que me ha debido mi patria, cuando por haberlas elegido por asunto de mis tareas, me hallo bastantemente capaz de sus antiguas historias; razón potísima para que, sin valerme de las remotas y extrañas, pueda ilustrar con aquéllas lo que tuviere necesidad de semejantes apoyos”.

El amor a la patria como estímulo para el conocimiento de su historia es idea que siempre se repite en Sigüenza. “¿Quién será tan desconocido [ingrato] a su patria que, por ignorar sus historias, necesite de fabulosas acciones en que vincular sus aciertos?” No es, pues, extraño, que, encargado don Carlos de planear el arco triunfal que ha de erigirse para festejar la entrada del virrey conde de Paredes, busque ejemplos de conducta para el nuevo gobernante en los antiguos emperadores mexicanos. “La vez primera que a los príncipes y gobernadores se les franquean las puertas, sea cuando en ellas estuvieren, ideadas las virtudes heroicas de los mayores”. “En los mexicanos emperadores, que en la realidad subsistieron en este emporio celeberrimo de la América, hallé sin violencia lo que otros tuvieron que mendigar en las fábulas”. Cada emperador ejemplifica una virtud, y

no son los menos elogiados los que combatieron a los españoles. Así Cuitláhuac "tomo en sí la gobernación del imperio . . . resolución tan magnífica cuanto lo es empeñarse en defender la libertad y la patria en la ocasión en que se teme su ruina". Al hablar-nos de Cuauhtémoc: "Cosas pudiera referir de este invictísimo joven, que ya que no se antepusiesen a las que se celebran a los antiguos romanos, por lo menos se ladearan con las más aplaudidas en las naciones todas".

Cariño por lo indígena, admiración por sus grandezas, todo esto hay en Sigüenza; pero también, tal vez más hondo, orgullo de intelectual, voluntad de dominio, satisfacción de manejar un tema que sólo a él pertenece y que sólo él conoce. Sigüenza se lamenta de que los mexicanos son poco aficionados a tratar por escrito de las grandezas de su patria y de que es culpa suya que esas grandezas no sean tan conocidas como debieran: "el defecto es nuestro, pues cuando todos nos preciamos de tan amantes de nuestras patrias, lo que de ellas se sabe se debe a extranjeras plumas".

No podemos dejarnos engañar por estas lamentaciones. En el fondo de su alma, Sigüenza se siente feliz por dominar un campo en el que se sabe sin competidores. Son frecuentes las ocasiones en que el orgullo asoma en sus páginas: "perdonaránme la disgresión los que ignoraban lo que contiene, que serán todos, a quienes advierto que cuanto he dicho es una parte muy corta de lo que en esta materia me sugirió el estudio".

Durante años y años —su sobrino nos dice que Sigüenza venía dedicándose al estudio de las antigüe-

dades indígenas desde 1668, cuando tenía veintitrés de edad— don Carlos acumula laboriosamente conocimientos y materiales. En 1690, don Sebastián de Guzmán da noticia de una serie de libros hoy perdidos. “De todos ellos puedo dar razón, como quien los ha leído con notable gusto, y siendo contingente se pierdan por su descuido, si no se imprimen, pondré aquí sus títulos y epilogaré sus asuntos, para que siquiera esta memoria se conserve de ellos en aquel caso”. Los libros son el *Fénix de Occidente*, sobre la predicación de Santo Tomás en tierras americanas, el *Año Mexicano*, estudio del calendario azteca, obra para la que Sigüenza estaba especialmente capacitado por sus conocimientos de astronomía; y el *Imperio Chichimeco*.

No tiene, por ahora —sigue diciendo Guzmán—, lugar aquí su *Teatro de las Grandezas de México*, por no tenerlo perfeccionado. Debieran los que componen esta nobilísima ciudad no omitir diligencia alguna para que, publicándose, honrase a tan ilustre y benemérita madre tan aplicado hijo. Es mucho lo que está perfecto, mucho también lo que está apuntado y no es poco lo que me parece que falta”.

Ya en 1680 decía Sigüenza que la grandeza de México “en algún tiempo será asunto en que se remonte mi pluma”. Su curiosidad por las antigüedades mexicanas hizo de él un infatigable coleccionista, que buscaba afanosamente todos los códices, todas las pinturas, todos los restos de un pasado desaparecido, olvidado, que él se creía llamado a resucitar. “Y si era destino de la Fortuna el que en alguna ocasión renaciesen los mexicanos monarcas de entre las cenizas en que los tiene el olvido, para

que, como los Fénizes del Occidente, los inmortalizase la fama, nunca mejor pudieron obtenerla que en la presente. . .”

Rescatar el pasado mexicano de las cenizas del olvido es labor en la que Sigüenza pone todo su empeño. De aquí la pasión con que habla en su testamento de los tesoros que ha ido acumulando. Todas las precauciones le parecen pocas para asegurar su conservación.

Item. Mando se les entregue a sus paternidades todos los libros pertenecientes a cosas de Indias, así de historias generales y particulares de sus provincias, conquistas y fruto espiritual que se ha hecho en ellas, como de cosas morales, naturales, medicinales de ellas, y de vidas de varones insignes que en ellas han florecido, cuya colección me ha costado sumo desvelo y cuidado, y suma muy considerable de dinero, no siendo fácil conseguir otro pedazo de librería de esta línea en todas las Indias, por lo cual suplico con todo encarecimiento. . . los ponga en lugar separado y me den este consuelo.

Item. Mando se les entregue a sus paternidades diferentes libros manuscritos contenidos en la misma memoria, parte de ellos en castellano y parte en lengua mexicana, y los más de ellos originales, y que hasta ahora no se han impreso, y en dicha memoria se especifica por menor el asunto de cada uno de ellos, los cuales, por ser únicos y de materias singularísimas, deben estimarse y guardarse como un tesoro grande, motivo que me obliga a que se solicite que se conserven separadamente en parte tan segura.

Con el mayor desvelo y solicitud, y gasto muy considerable de mi hacienda, he conseguido diferentes libros o mapas originales de los antiguos mexicanos. . . y para que estén

seguros y nunca falten de allí, y se preserven de polilla, mando que en algún estante o mesa o lugar donde su paternidad mandare se haga un cajón de cedro de La Habana muy curioso, con su llave, gastando en ello de mi hacienda lo que fuese necesario.

... para que lo conserven en su librería, sin salir de ella, un estuche de instrumentos matemáticos, hecho en Flan-des... el cual se conservará y guardará en dicha librería, en el cajón que he mandado se haga en ella a mi costa, para conservar otras alhajas, y advierto que dicho estuche costó doscientos pesos.

En este mismo cuidado, en este desvelo de Sigüenza por asegurar la conservación de lo que él considera su tesoro, vemos asomar la deformación corriente en tantos estudiosos de la historia. Conviene que el pasado sea pasado, que se esté bien quieto dentro de su caja de cedro de La Habana. Los indios son admirables en sus códices y mapas, mientras éstos se hallen en lugar seguro. Los antiguos emperadores son ejemplos de virtud, mientras sea don Carlos de Sigüenza quien los haga resucitar al conjuro de su erudición.

Pero ¿qué es lo que ocurre si este pueblo sufrido y pisoteado por todos se pone en pie y pide pan, si su cólera se desborda y rompe todos los frenos y destruye lo que encuentra a su paso? ¿Qué siente y qué piensa entonces don Carlos de Sigüenza? Ah, entonces las cosas cambian, don Carlos se enfurece, y su cólera no cede en nada a la de los indígenas. Tenemos que señalar esta servidumbre de don Carlos, como hemos señalado su grandeza, porque no es justo decir de él, como hace su biógrafo Pérez de Salazar,

que “siempre que tuvo oportunidad procuró enaltecer a su patria y siempre usó palabras de alabanza y encomio para los mexicanos”. Siempre, no. La actitud de Sigüenza cambió radicalmente a partir del tumulto del 8 de junio de 1692.

Fueron años especialmente malos los que iniciaron la década final del siglo xvii. Inundaciones, pérdida de cosechas y, como consecuencia, hambre en el pueblo. Es terriblemente significativa la siguiente noticia del diario de Robles: “Domingo 9 de marzo de 1692 se leyó edicto para que no hagan los indios las hostias, sino los sacristanes, y que acudan al hospital de Jesús Nazareno por ellas, lo cual se mandó por el recelo que no mixturiaran la harina de trigo con otra, por la carestía”.

La inquietud y el desasosiego aumentan sin cesar hasta que se convierten en motín. En el motín famoso de 8 de junio de 1692, que sacudió el ritmo lento, la quietud insulsa de la capital del virreinato.

“Amaneció finalmente —que no debiera— el fatalísimo día 8 de junio” dice don Carlos en su relación del tumulto. Sí, es cierto, no debiera haber amanecido tal día, sobre todo para él. Trabajaba don Carlos en la placidez de su estudio en el hospital del Amor de Dios cuando oye ruido en la calle. No hace caso, porque está acostumbrado al alboroto que suelen producir los indios cuando se emborrachan. Pero un criado suyo entra en el cuarto, dando voces: “¡Señor, tumulto!” Don Carlos sale de su casa y cuando vuelve a ella es un hombre distinto, opuesto a todo lo que sabemos que era antes. “. . . los indios, gente la más ingrata, desconocida, quejumbrosa e inquieta

que Dios crió, la más favorecida con privilegios y a cuyo abrigo se arroja a iniquidades y sinrazones, y las consigue. No quiero proseguir cuanto aquí me dicta el sentimiento, acordándome de lo que ví y oí la noche del día 8 de junio”.

Aquellos indios sufridos, pisoteados, escarnecidos por todos —es Sigüenza mismo quien nos lo ha dicho— se han sublevado, se han sublevado sin contar con él. Está demasiado presente en el espíritu de quienes hemos hecho la guerra en España la actitud de muchos de nuestros intelectuales que se habían pasado la vida entonando alabanzas al pueblo español para que valga la pena insistir en estos cambios de actitud. Por lo menos Sigüenza tiene a su favor el no haber sentido miedo sino cólera, el haberse lanzado a salvar del fuego los libros del cabildo, más valiosos para él que las vidas de aquellos indios que se morían de hambre. Don Carlos no siente miedo, sube “a las casas del Cabildo, donde ninguno quiso llegar, y sólo él, con su esfuerzo y a peligro de su vida y de otros que con él iban, gastando de su caudal noventa y cuatro y más pesos para dar a los que con sogas subieron al balcón de dichas casas, a sacar dichos libros librándolos del incendio”.

Don Carlos no siente miedo, pero tampoco siente compasión. Deja de razonar, como lo hacen tantos intelectuales cuando la realidad se les enfrenta y contraría sus opiniones. Le importan más los papeles, los documentos, que las vidas humanas. Y reniega de su obra toda, que ya no será fruto de amor, sino de “nimio estudio”.

Un motín que pudo haber sido insignificante y que si tanto creció fué debido a la cobardía y tor-

peza de los españoles encargados de mantener el orden, se le presenta "como lo de Troya, cuando la abrasaron los griegos". Hay que proyectar, claro está, las impresiones de Sigüenza sobre el fondo de quietud soporífera de la vida colonial a que antes hemos aludido; pero ello no basta para disculpar el torrente de insultos que vuelca sobre sus queridos indios en su relato del motín.

¡Cuán diferente de la de don Carlos la actitud de otro contemporáneo, amigo suyo, el presbítero don Antonio de Robles! "Las causas de este estrago se discurren ser nuestras culpas —dice en su diario— que quiso Dios castigar tomando por instrumento el más débil y flaco, como es el de unos miserables indios, desnudos, desprevenidos y desarmados". Y tiene la nobleza de consignar que en la noche del 8 al 9 de junio fueron los indios quienes hicieron merced de la vida a los españoles, pues "no se vió ni se supo que se tratase de prevenir defensa o estorbo temporal" y los únicos que se atrevieron a salir durante el tumulto fueron los religiosos, que sacan el Santísimo "por las calles de las Escalerillas y el Reloj, acompañándolo numeroso vulgo, sin ver una cara blanca en asistencia y defensa del Señor sacramentado, ni una luz de la devoción en las ventanas, como se acostumbra, y menos a las puertas para encender las hachas, que iban apagadas con el mucho viento que corría".

Cuando, por fin, salen unos caballeros a la plaza, para ver qué ha ocurrido, vieron "que a las nueve de la noche estaba todo sosegado, y la plaza sin gente, y muchos cuerpos muertos". En realidad, no podía estar más justificado el pasquín que algún chusco

dejó entre los escombros del incendiado palacio de los virreyes: "Este corral se alquila para gallos de la tierra y gallinas de Castilla".

Pobre motivo para cambio tan radical de actitud. Y para que nada falte en esta penosa caída de Sigüenza, existe un documento de su puño y letra, que se mantiene pudorosamente inédito —que sepamos— en el Archivo General de la Nación. Es el parecer de don Carlos sobre los inconvenientes que resultan de vivir los indios en el centro de la ciudad, mezclados con los españoles. Lo redactó obedeciendo a un decreto del virrey, y claro está que su parecer fué aceptado. No en balde había pasado su vida estudiando cuestiones indígenas. Nadie mejor que él para marcar la línea divisoria, para enarbolar la espada de fuego que debía impedir todo contacto entre los indios y los españoles. Triste final de los desvelos mexicanistas de don Carlos.

Menciona éste en su informe las noticias que dan los antiguos cronistas sobre la separación de indios y españoles ordenada por el marqués del Valle. Y luego añade:

Mucho más que esto en orden a que los indios estén separados de los españoles se hallará en los primeros libros capitulares de esta ciudad (saquélos yo de entre las llamas la fatalísima noche de ocho de junio, en que, juntamente con las casas de cabildo, se abrasó su archivo), por donde consta el que, no satisfaciéndose sus providentísimos regidores con tener a los indios lejos de sí y en distintos barrios, solicitaron (en varias ocasiones) el que se amurallase y fortaleciese esta ciudad de México, no por otro motivo sino el de asegurarse de los indios en algún movimiento a que les

indujese la inconstancia en lo bueno en que son constantes y la innata malicia con que, aborreciendo a los españoles (aun cuando más los benefician) proceden siempre.

De no ejecutarse así, y de irse intrometiendo los indios en la población de los españoles, se originó haber intentado aquéllos, auxiliándose de negros, sublevarse con la ciudad el año de 1537, y lo hubieran conseguido (por la multitud que había de ellos en aquel tiempo), si casi milagrosamente no se descubre.

De los indios avecindados en la ciudad se valía Juan Ramón, de oficio calcetero, cuando el año de 1549 maquinaba señorearse de ella.

Indios fueron los que en la sedición de 15 de enero de 1624 dieron gigante cuerpo a lo que principiaron muchachos.

Y los mismos indios, avecindados casi en todas las más casas de los españoles y, lo más ponderable, en la misma plaza, en ranchos estables que allí tenían, y en las pulquerías, donde se contaban por centenares los que de día y de noche las frecuentaban, fueron los que ejecutaron el estrago que tenemos hoy a la vista para llorarlo siempre.

Por todo lo cual, teniendo por justo, santo, bueno y precisamente necesario retirarlos de lo principal desta ciudad de México, y reduciendo otra vez a práctica lo que en su fundación se hizo, después de haber contemplado muy de espacio la planta topográfica de esta ciudad, y después de haber andado sus barrios y contornos tres o cuatro veces en estos días.

Me parece [traza los límites de la zona en que, a su juicio, debe confinarse a los indios.]

Y para que no haya en ello confusión alguna, puede mandar Vuestra Excelencia, siendo servido, que a los religiosos ministros que ocupan las parroquias de indios y a los gobernadores de éstos de la parte de San Juan y Santiago, y a las personas a quienes se cometiere la ejecución de esta

resolución, se dé un traslado de estos linderos, para que, después de reconocerlos y hacerse capaces de cómo corren, se observe inviolablemente lo que Vuestra Excelencia mandare, que será siempre lo mejor.—México, 5 de julio de 1692. D. Carlos de Sigüenza y Góngora.

Nada omite don Carlos para asegurar la aceptación de su parecer, para que se quiebre la armonía entre Cortés y Cuahutémoc, esencia de mexicanidad. Nada tiene, pues, de extraño que su vida, tan laboriosa y fecunda antes de la fecha fatídica de 8 de junio de 1692, nos parezca vacía a partir de ese momento. Si vuelve a ocuparse de los indios es para denigrarlos, como hace en su breve relato de la expedición a Nuevo México.

Su obra, en adelante, ya no sería de amor, sino de “nimio estudio”.

(Conferencia pronunciada en la Sociedad Mexicana de Historia el 14 de octubre de 1943.)

LA HISTORIA Y SUS LIMITACIONES

ESTAS CONFERENCIAS de profesores viajeros, que se descuelgan como caídos del cielo, para dirigirse a un público al que no conocen bien, son sumamente comprometidas. Puede con facilidad pasarle al conferenciante lo que les pasa a esos soldados paracaidistas que se descuelgan sobre un país extraño en el que todo es desconocido para ellos: que son víctimas de su propia calidad de extraños y que sucumben, tal vez, donde otro soldado más habituado a las condiciones del terreno y del país hubiera podido tener éxito.

Lá comparación que acabo de hacer no es muy afortunada, no vale sino parcialmente, lo sé; porque nada hay de hostil en el público que viene a escuchar a estos conferenciantes viajeros, sino, muy al contrario, una curiosidad viva, una esperanza de conocer nuevas ideas y nuevas teorías que tal vez puede quedar defraudada por la falta de conocimiento que el conferenciante tiene de su auditorio.

Yo he procurado adaptarme, al señalar el tema de mis conferencias, a la realidad de unos hechos con que me he tropezado en mi breve experiencia mexicana. Hasta qué punto haya sido acertado en la elección, el resultado mismo de las conferencias lo dirá.

Me hallaba yo hace cuatro meses en Morelia en un congreso de historia de México. Allí pude escuchar determinadas opiniones, confrontar ciertos pun

tos de vista que me dieron una primera idea sobre cuál es el estado de los estudios históricos de este país, idea tal vez errónea —y aquí de mi comparación con el soldado paracaidista— pero que dió pie para que yo pergeñara estas cuartillas.

En el congreso de Morelia pude apreciar con marcada nitidez, con exageración, podríamos decir, que existen aquí muy acusadas las divergencias que separan hoy a los historiadores del mundo entero sobre la manera en que deben enfocarse sus trabajos. Mientras la mayoría de los historiadores allí presentes aportaron estudios de tipo estrictamente monográfico, sobre cuestiones muy precisas y limitadas, con gran riqueza de datos para iluminar pequeñas porciones de nuestro pasado, mientras que alguna persona dijo que la historia de México no podía aún escribirse porque nos faltaba para ello el conocimiento de multitud de hechos, hubo otra que se manifestó repetidas veces durante el congreso primero en tono de esperanza y luego de reconvención por lo que consideraba esterilidad de sus labores.

Esta última persona dijo al principio, al saludar a los congresistas —siento no recordar textualmente sus palabras, pero el sentido era el que sigue— que México estaba de enhorabuena, porque gracias a los trabajos que en Morelia iban a desarrollarse, podría el país tener un conocimiento exacto de cuáles habían sido las leyes de su evolución en el pasado y que, ajustándose a ellas, podría conocer cuál debía ser su conducta en el porvenir. Naturalmente, esta persona quedó decepcionada porque no vió que los

trabajos de los congresistas la iluminaran suficientemente sobre las leyes del pasado de su pueblo, y, por lo tanto, no pudo sacar ninguna conclusión para el futuro.

Entre estos dos polos, el de quien piensa que no se puede escribir todavía la historia de un país porque no se conocen hechos suficientes para ello, y el de quien cree que la historia puede establecer leyes que permitan conocer el porvenir, de la misma manera que pueden predecirse los eclipses de sol, se encuentran todas las teorías que se disputan hoy el campo del conocimiento histórico y que pretenden fijar el sentido que deben tener estos estudios.

Yo no pretendo, claro está, resolver ante ustedes la cuestión; pero sí aportar mi grano de arena, aportar mi experiencia traída de otras tierras, en las que un ansia de renovación y de conocimiento nos había llevado a estudiar con avidez, quizás excesiva, lo que en Europa se había producido en los últimos años, para que ello nos sirviera de orientación en nuestros trabajos, que habían sufrido durante mucho tiempo del letargo que se había apoderado de la vida española.

Quiero hablarles, pues, de lo que la historia debe ser y no es; pero también de lo que algunos quieren que sea y no puede ser. Quiero, en una palabra, tratar de señalar ante ustedes cuáles son los límites dentro de los que se mueve el conocimiento histórico, con un tipo de meditaciones que son, en parte, personales; pero que en parte están orientadas por esas tendencias recientes del conocimiento que con tanta avidez habíamos procurado incorporarnos en España. Indicaré, pues, en cada caso, los autores y

libros que me han servido para la preparación de estas charlas, que no son muchos, aunque esos pocos no siempre sean aquí fáciles de encontrar. Advierto también que procuraré darles a estas lecciones la mayor sencillez posible, partiendo del supuesto de que quienes mayor resultado deben obtener de ellas son los oyentes menos preparados y más jóvenes.

Ya al hablar de las distintas opiniones manifestadas en el congreso de Morelia se ha podido apreciar que son muy distintos los puntos de vista sobre lo que la historia puede y debe ser. Esta inseguridad, esta incertidumbre, la apreciaremos de continuo en el curso de las conferencias, y he de advertir que la creo esencial tratándose de un tema como el nuestro, que nada tiene que ver con las que se llaman, con más o menos razón, ciencias exactas.

La incertidumbre empieza con la definición misma del término "historia". Se queda uno perplejo y aterrado cuando ve las enormes diferencias que existen entre las distintas definiciones que se han propuesto. Una misma persona, el historiador alemán Bernheim, autor de un tratado de metodología histórica que, en conjunto, no ha sido superado, da en cada una de las ediciones de su libro una definición distinta de lo que es la historia. No tengo a mano el libro de Bernheim, y si he tenido ocasión de volver a ver recientemente sus definiciones, ha sido en el análisis que de ellas hace el profesor holandés Huizinga en su estudio titulado *Una definición del concepto de la historia*.

Prescindiendo de momento de las definiciones de los especialistas, nos encontramos con que la pala-

bra historia tiene en el lenguaje corriente acepciones distintas. Historia es un hecho ocurrido en el pasado, como cuando decimos “eso ya pasó a la historia”; o el relato de ese hecho, como lo indican frases en las que la gente del pueblo indica muy acertadamente su desconfianza acerca de la veracidad de determinados relatos: “así se escribe la historia” o “déjese usted de historias”.

Pues bien, estos empleos corrientes del vocablo “historia” están preñados de sentido, y el designar con el mismo término los hechos del pasado y su relato nos indica la estrecha conexión que existe entre la historia —concebida como narración— y la vida —que es historia, según veremos— y, por consiguiente, que la historia conseguirá tanto mejor su propósito cuanto más se acerque en el relato a los hechos vividos.

Las otras expresiones citadas indican que el saber popular tiene plena conciencia de las dificultades con que la historia tropieza, de que se trata de un conocimiento eminentemente inexacto. Si esto es así, si el conocimiento del pasado es cosa poco segura ¿cómo se entiende que se comprenda por historia —también en el uso corriente— un conjunto de conocimientos y de estudios de tipo científico, que tienen cabida en los centros de cultura superior y a los que hay personas e instituciones que dedican toda su actividad?

Este problema de si la historia es o no conocimiento científico ha hecho correr raudales de tinta. En realidad, no se planteó con rigor hasta el siglo pasado, época en que los estudios históricos adquirieron gran desarrollo, especialmente en Alemania, país que dió

las normas para esta clase de investigaciones. E hizo correr raudales de tinta porque para decidir si la historia era ciencia o no se partía del concepto de ciencia mejor elaborado y más seguro entonces, el de ciencia físico-matemática y ciencia natural.

No vamos aquí a hacer ahora un análisis de conjunto de lo que son la ciencia y el conocimiento científico. Todos más o menos recordamos por nuestros estudios —muchos de ustedes mejor que yo, puesto que los tienen más recientes— que se nos ha dicho que no hay más ciencia que la de lo general, lo mensurable, lo experimentable, que lo característico del conocimiento científico es que llegue a establecer leyes, es decir, verdades universalmente válidas, que determinan de antemano, y siempre, lo que ha de suceder dado un determinado conjunto de circunstancias.

Como se ha dicho muy bien —es el filósofo francés Bergson quien lo ha dicho—, la ciencia, en este sentido generalizador, confecciona trajes hechos, que sientan bien a todas las realidades posibles. En el siglo pasado todos los conocimientos acudieron a esta gran tienda de ropas hechas de la ciencia, procurando establecer sus leyes inmutables y eternamente válidas, hacer sus medidas y sus experimentos. Como sabéis, se estableció una gradación en las ciencias, hubo que hacer cola, como ocurre siempre que hay demasiada demanda de un artículo, y resultó que las primeras favorecidas fueron las ciencias matemáticas puras; pasaron luego las ciencias físicas y químicas, luego las biológicas, y, por último, aunque con más dificultad, las psicológicas.

Cuando la pobrecita historia se acercó tembloro-

sa al mostrador de este gran almacén de trajes hechos que era la ciencia del siglo pasado, le dijeron muy despectivamente: Los hechos que tú estudias ¿tienen una validez general? No, señor. ¿Puedes medirlos? No, no señor. ¿Puedes hacer experimentos? No, no señor. ¿Puedes establecer alguna ley? Yo creo que no, señor. Pues entonces ¿qué vienes a hacer tú aquí? ¡Lárgate, no tenemos ningún traje de tu medida! ¿Cómo vas tú a vestirme de ciencia si no puedes medir, ni experimentar, ni establecer leyes? ¡Fuera!

Y la pobre historia, con sus andrajos, con su vejez de siglos, la historia, uno de los primeros conocimientos que los humanos habían poseído desde que comenzaron a hacer uso de la razón, se encontró, confusa, con que no había traje para ella en los grandes almacenes de la ciencia.

Entonces, todos los que se dedicaban a su estudio adquirieron un complejo de inferioridad terrible, y se dedicaron a imitar a sus colegas de las demás ciencias, y a ver si podían encontrarse algún traje que les sirviera. Se consolaban del desaire sufrido diciendo que si la historia no había llegado al grado de perfección de los otros conocimientos científicos es porque el objeto de su estudio era el más complejo de todos; pero que, con un poco de paciencia, también la historia lograría el ansiado rigor, y podría establecer sus leyes, y podría ponerse el traje nuevito de la ciencia, que tan despiadadamente le habían rehusado.

Y los historiadores se lanzaron al vano empeño de querer lograr que sus conocimientos se organizaran siguiendo el sistema de las ciencias naturales, y apelaron a todo género de expedientes. Seguro que, si reunimos datos suficientes, se decían unos, podremos

llegar, mediante su comparación, a establecer leyes. Para conocer los hechos en gran escala, lo mejor es que estudiemos las estadísticas; pero ¡qué contratiempo! La estadística es una ciencia de nuestra época y no encontramos en ella datos suficientes para otras épocas del pasado. ¿Cómo podríamos hacer? La humanidad ha tenido siempre como problema básico el de su subsistencia. Seguramente los fenómenos económicos nos darán la clave de la explicación de la historia. Pero nos encontramos, también aquí, con que lo fácil de explicar para el presente, resulta complicadísimo para el pasado. ¡A ver, a ver! Buscando aquellas manifestaciones de la vida humana que son más constantes, más eternas, por decirlo así, el lenguaje, el arte, el derecho ¿no podremos encontrar elementos más sólidos que nos permitan descubrir leyes? Parece que, sobre todo, el lenguaje se presta a esto. Pues hagamos filología, estudiemos la evolución de los idiomas. Y si a la historia lo que le interesa es el pasado humano ¿por qué no remontarnos a los orígenes y ver cuál es el tipo de vida de las sociedades más primitivas, más rudimentarias? Hagamos antropología, a ver lo que resulta.

En este deseo de ponerse a tono con las ciencias respetables, bien establecidas, a la historia le nacieron una serie de hermanitas orgullosas, que pretendieron suplantarla. Yo soy la historia, decía la economía; yo soy la historia, decía la filología; espera un poco, y ya verás cómo yo también soy la historia, decía la antropología; todo es cuestión de que acabe de estudiar la organización de las sociedades primitivas y que aplique los resultados de mi estudio a las más complejas y civilizadas. E incluso le salió a la historia

una hermanastra, la sociología, que con aire impertinente le ordenaba que buscara los datos para que ella los clasificara y estableciera sus grandes leyes del devenir humano.

La pobre historia, como la Cenicienta del cuento, seguía trabajando, aguantando las impertinencias de unas y de otras, y precisamente en este siglo XIX que tanto la denigraba y que no le reconocía el carácter de ciencia, es cuando produjo algunos de sus resultados más valiosos. Fueron los mismos alemanes quienes en la segunda mitad del siglo pasado y los comienzos de éste se plantearon la cuestión: pero, si la historia trabaja tanto y tan bien, y si los resultados de ese trabajo no se parecen a los de las ciencias naturales ¿no será que la historia es un tipo de conocimiento distinto y que habrá que investigar cuál sea este conocimiento?

A esta conclusión, en apariencia tan sencilla, llegó con especial rigor un profesor de la Universidad de Heidelberg, Heinrich Rickert, quien en 1898 dió en Friburgo una serie de conferencias que fueron el germen de su libro *Ciencia cultural y ciencia natural*. Es este un libro que todo historiador debiera conocer; pero está visto que muchos no lo conocen, pues de continuo vuelve a plantearse el problema de si la historia es o no ciencia con los ojos vueltos a un concepto de ciencia natural... ya caducado.

El profesor Rickert comienza reconociendo un hecho: el que las ciencias particulares se dividen en dos grandes grupos. Así, los teólogos, juristas, historiadores, filólogos, se hallan reunidos por intereses comunes, como, por otra parte, lo están entre sí los físicos, los químicos, los anatómicos, los fisiólogos. Sobre este

segundo grupo no hay duda alguna: es el de las ciencias naturales, sólidamente constituídas y orgullosas de los resultados obtenidos a lo largo de toda la historia intelectual de Europa desde el Renacimiento. Pero ¿y el otro? El hecho de que para este grupo de ciencias, jurisprudencia, economía, historia, etc., falte un nombre común, sugiere que falta un concepto común que las abarque a todas. Un nombre que ha tenido mucha aceptación en la terminología alemana es el de ciencias del espíritu, porque todas ellas estudian hechos humanos espirituales. Pero Rickert observa que esta denominación no es adecuada porque precisamente la que se considera como ciencia específica de la vida espiritual, la psicología, se considera hoy como una rama de las ciencias naturales. Le parece más adecuado el término de ciencias culturales, que él propone y con el que siempre las designa. Efectivamente, en ellas se estudian distintos aspectos de lo que llamamos cultura, término que no es fácil de definir, pero cuyo significado todos entendemos lo suficiente. Las ciencias culturales son mucho más jóvenes que las naturales. No ha existido en ellas un gusto marcado por las investigaciones metodológicas. Y esta laguna es la que se propone llenar Rickert con su estudio.

Las ciencias —nos dice— pueden distinguirse, no sólo por los objetos que tratan, sino también por los métodos que aplican. Es decir, que su clasificación puede hacerse no sólo desde puntos de vista materiales, sino también formales. Así, frente al concepto de naturaleza, tal como lo determinó Kant, o sea como existencia de las cosas “en cuanto que es determinada según leyes universales”, se alza el concepto de histo-

ria, "es decir, el concepto del suceder singular, en su peculiaridad e individualidad. Este concepto está en oposición formal al concepto de ley universal". El método naturalista generaliza y el método histórico individualiza. Son dos modos de conocer irreductibles, opuestos lógicamente. Las ciencias naturales extraen de la infinita variedad de la realidad lo que hay de común y universal en determinados tipos de hechos, mientras que las históricas no se preocupan en absoluto de formar conceptos universales, quieren exponer esa realidad —que nunca es general, sino constantemente individual— en su individualidad misma.

Pero entonces, se dirá, en la historia entra todo. Esto, en efecto, es lo que se proponen algunos historiadores, que adoptan la actitud del niño que quería meter el mar en un hoyo que se había hecho en la playa. Sobre ello insistiremos más tarde. Hemos de indicar ahora, limitándonos a exponer las ideas de Rickert, que carece de sentido la idea de que sea posible una reproducción exacta de la realidad en su individualidad, de acuerdo con la cual el mejor conocimiento sería el del espejo. El trabajo del historiador es imposible sin un criterio selectivo previo, pues si el historiador consiguiera, como algunos han postulado, apagar su personalidad, "para ese no habría historia científica, sino una insensata vorágine de figuras diversas, todas diferentes, todas igualmente significativas o insignificantes, pero sin ningún interés histórico".

Es decir, que el historiador selecciona entre los hechos del pasado humano los que le parecen más importantes, más significativos. Ningún historiador admitirá que para él sea indiferente cualquier hecho,

en la práctica de su trabajo, aunque lo acepte teóricamente. Ya veremos que es actitud normal en los historiadores ésta de rehuir los problemas básicos de su disciplina, diciendo que eso es cosa de los filósofos, por los que sienten un soberano desprecio, como si se tratara de especuladores abstractos, que viven perdidos en las nubes. También hemos de ver que, sin la ayuda de la filosofía, la historia cae en los peores extravíos. El historiador apelará seguramente al sentido común si se le pregunta por qué estudia determinados temas, considerándolos esenciales, y da de lado a otros, diciendo que están faltos de interés. Y, sin embargo, este es uno de los problemas fundamentales de su trabajo.

Rickert pretende resolverlo con ayuda de la teoría de los valores, una de las más fecundas de la filosofía actual. Valores son ciertas entidades que el ser humano considera como bienes de cultura, por ejemplo, la nacionalidad, la ciencia, la justicia. La historia —y esto es muy importante— no establece valores, no hace juicios de valor; pero sí se refiere a valores. El historiador parte siempre de la creencia, consciente o no, en determinados valores, y escribe su historia en función de esta creencia. Por ejemplo ¿quién puede dudar que las historias de la América hispana han venido escribiéndose hasta ahora en función de dos ideas directrices opuestas, la de que la conquista fué beneficiosa o la de que fué perjudicial para los indígenas, incluso cuando los historiadores los ocultan o desfiguran más o menos cuidadosamente?

Una de las ideas que hay que desechar como más perturbadoras para el estudio de la historia es la de que ésta se escribe sin pre-juicios. La palabra prejui-

cio ha adquirido un sentido peyorativo, el de una idea preconcebida que vicia y deforma todas nuestras apreciaciones, pero, en realidad, no es sinò el juicio previo, el punto de vista con que nos acercamos a todos los problemas de conocimiento, y de él nunca podremos prescindir, porque en tal caso no tendríamos posibilidad de seleccionar los hechos y todos serían para nosotros igualmente importantes.

Son cosas éstas bastante complicadas, que yo quiero simplemente sugerir a ustedes para ponerles en guardia contra ideas muy en boga, plenamente falsas. No hace mucho tuve necesidad de leer un libro dedicado al estudio del comercio y la navegación entre España y las Indias occidentales. El libro parece satisfacer las exigencias más rigurosas de las que se llaman objetividad e imparcialidad científicas. Parece que el autor no interviene para nada y que se limita a relatar de la manera más fría e impersonal posible todos los aspectos de la administración española en las Indias en el campo del comercio. Pero, si se lee el libro con mayor atención, se nota que desde la primera página hasta la última corre una continua censura para lo que el autor —que es norteamericano— considera incapacidad de los españoles, y una especie de lamento sordo, como si el autor pensara todo el tiempo: ¡qué lástima que todo eso no hubiéramos podido organizarlo nosotros! ¡qué maravillas habríamos hecho!

Es decir, que el autor, tal vez inconscientemente, pone todo su relato en función de ciertos valores que para él son esenciales: los de la eficacia y la capacidad de organización comercial de su propio país. Esto, nótese bien, ocurre siempre. El historiador

escribe, cualquiera que sea su pretensión de imparcialidad, desde un punto de vista determinado. Y así como el médico que piensa dedicarse al psicoanálisis tiene que empezar por psicoanalizarse a sí mismo, el historiador tendrá que procurar descubrir, primero, cuáles son sus propios puntos de vista, para poder apreciar luego cuáles son los puntos de vista de otros historiadores, de su misma época o de otras distintas, porque de lo contrario no comprende nada. Lo primero que ha de hacer es establecer cuidadosamente la que se ha llamado ecuación personal de cada autor, el complejo de ideas y sentimientos que condicionan su manera de ver las cosas.

Esto confirma todavía más lo que hemos dicho de la singularidad e individualidad del conocimiento histórico. Se me dirá, seguramente, que bien escaso es el valor de dicho conocimiento si se limita a estudiar hechos singulares y si su estudio está presidido por criterios individuales. Evidentemente. Pero la historia se salva porque esos hechos particulares que estudia con criterios cambiantes según la época, el país, la cultura, tienen una importancia especial en cada caso para quien a ellos dirige su atención. Tal vez contemplados desde otro planeta, o a una distancia de miles de siglos, "los pocos miles de años conocidos de la evolución humana, que consiste en el fondo en matices relativamente pequeños de una naturaleza humana relativamente igual a sí misma, nos parecerán tan inesenciales como las diferencias entre los adoquines de la calle o entre las espigas de un campo de trigo" —dice Rickert—. Pero como nosotros, los hombres, somos prácticamente esos adoquines o esas espigas, de aquí que nos interesen tanto las

modificaciones que se han producido en nuestro breve pasado y que su estudio sea uno de los más útiles y apasionantes a que podamos dedicarnos.

Según este concepto de la historia, cabe en ella el estudio de las grandes personalidades, con las que no se sabía qué hacer cuando se partía de una tendencia generalizadora. Lo curioso es que la realidad acababa por imponerse siempre, y en determinadas ramas de la historia, por ejemplo, en la del arte, se hablaba de la pintura anterior o posterior a Goya, o de la música anterior o posterior a Beethoven. Pero en el terreno de la historia propiamente dicha se hacía toda una serie de equilibrios para diluir el papel de los personajes más destacados. Esto ya no tiene por qué ocurrir enfocando los estudios históricos como postula Rickert.

Claro que ya este autor nos advierte que lleva su división al extremo para establecer los conceptos con claridad, pues los conceptos de universal y particular son relativos. Así, el concepto de mexicano es universal si lo consideramos con relación a Hidalgo o a Morelos; pero particular con relación al concepto de hispanoamericano. La historia, que parte de conceptos individuales, trabaja también con numerosos *conceptos de grupo*. Será perfectamente válido un estudio de la guerra de independencia mexicana, no ya en todo México sino en determinadas regiones del país, o el estudio de algún personaje que tuviera parte destacada en esa guerra; pero no lo será menos el estudio del movimiento independizador en todos los antiguos dominios españoles que hoy constituyen la América hispana, o un estudio comparativo de lo que ocurrió en estos países con la guerra de inde-

pendencia de las colonias inglesas de que surgieron los Estados Unidos.

Es problema también muy discutido éste de las grandes síntesis históricas. De vez en cuando surgen cerebros vigorosos que manifiestan su disgusto por la estrechez de los campos de estudio en que se mueven los historiadores y ensayan grandes síntesis. Este trabajo es valioso y es sugestivo. Los libros que lo afrontan suelen tener éxito extraordinario; todos nosotros hemos experimentado el placer de su lectura, llena de sugerencias, de vastas perspectivas. Y todos hemos experimentado, sin duda, el desencanto de ver que lo que dicen de temas que conocemos con cierto detalle es terriblemente insuficiente y está casi siempre deformado con violencia para darle cabida en determinados esquemas.

Estos libros exigen de sus autores calidades realmente excepcionales. No se los debe mirar con sistemática prevención, ni descartarlos; pero tampoco se debe esperar demasiado de ellos, ni creer que son necesariamente superiores a los que se ocupan de temas más reducidos. En los trabajos históricos la excelencia no está en la amplitud del tema tratado, sino en la manera de tratar un tema. La historia de determinada ciudad, de determinado personaje o de determinado aspecto de la vida de un personaje puede ser más valiosa que muchas síntesis de historia universal ramplonas y mal logradas.

Que Rickert no debe de andar muy descaminado nos lo prueba el hecho de que las ciencias que arrancaron de las ideas universalistas del siglo pasado, por ejemplo, la economía y la sociología, que, como decía antes, comenzaron mirando despectivamente a la

historia y queriendo partir en su estudio de grandes síntesis y de leyes universalmente válidas, han tenido que dar marcha atrás, y sus estudios son hoy mucho más de detalle que en un principio, y los enfocan históricamente. Confirma lo que digo un precioso trabajo del Prof. Postan, catedrático de historia económica en la Universidad de Cambridge, titulado *El método histórico en las ciencias sociales*. En él puede apreciarse bien hasta qué punto estamos hoy de vuelta de las ideas utópicas y generalizadoras del siglo pasado. Hasta qué punto se ha ganado en modestia después de las desaforadas e ingenuas pretensiones de hombres que se creyeron semidioses, que se sintieron capaces de una amplitud de visión que no es posible, dada la limitación de la mente humana.

“Tenemos esperanzas —dice Postan— porque somos modestos; somos modestos, porque somos historiadores; porque la experiencia de un siglo de historiografía nos ha hecho más prudentes de lo que hubiéramos sido hace cien años con respecto a lo que la historia puede y no puede hacer. Nuestra ciencia, como la caridad, empieza por uno mismo.”

Lecturas de este tipo serían saludables para el congresista de Morelia, para curarle de su decepción al ver que de los trabajos de los historiadores allí reunidos no surgían grandes leyes que le iluminaran sobre el futuro de su patria. ¿Acaso no es esencial para la vida humana misma ese elemento de inseguridad y de misterio, ese ignorar lo que nos guarda el porvenir? ¿Qué sería de nosotros si pudiéramos consultar en unas tablas lo que ha de ocurrir el año 1950 o el año 2000? La historia es acción, es elaboración, es creación humana, en suma, y no cabe pre-

determinar lo que aún no está vivido, no está hecho. La historia se ocupa del pasado —sin perder de vista el presente, claro está— y su estudio es concreto, individualizador. No debe descorazonarse por saber que existen limitaciones para sus conocimientos; porque lo más grave es que la historia, que no puede predecir el futuro, tampoco logra nunca un conocimiento pleno, absoluto, del pasado. Pero éste será el tema de mi segunda charla.

Hemos hablado ayer de lo que algunos han querido que la historia sea y que la historia no puede ser, esto es, una ciencia generalizadora, descubridora de leyes válidas para el mayor número posible de fenómenos. Hemos dicho que las mismas ciencias que habían reprochado a la historia su individualidad excesiva han dado marcha atrás y han aplicado a sus problemas el método histórico, con lo cual han ganado en rigor y en eficacia. Concluíamos diciendo que era inevitable la desilusión de quien en Morelia había creído poder obtener de un estudio histórico datos concretos sobre la evolución de su país en el futuro.

Ya apuntamos que ésta era una de las actitudes extremas sobre las posibilidades de la historia, que no resulta válida. Veamos ahora la actitud opuesta, la de quien dijo en Morelia que la historia de México no podía aún escribirse porque para ello nos falta todavía el conocimiento de gran cantidad de hechos. Esta segunda actitud no es ninguna excepción, y así como la primera, la de pedirle a la historia grandes leyes y fórmulas aplicables a fenómenos de inmensa amplitud suele proceder de personas que no se dedi-

can de un modo especial a los estudios históricos, esta segunda es hoy la habitual entre los historiadores de profesión, no sólo en México, sino en todas partes. Es la actitud, como les decía ayer, de quienes pretenden meter el mar en un agujero de la playa.

Hay que advertir que esta actitud, como todo en el mundo, tiene una justificación. Ya hemos dicho que la historia es un conocimiento eminentemente inseguro. Los historiadores, como es lógico, se han dado plena cuenta de ello, pues al estudiar las obras de quienes les han precedido en el desarrollo de algún tema, han podido siempre descubrir en ellas errores e insuficiencias motivados por un defectuoso conocimiento de los hechos, por una precipitación en síntesis hechas sobre materiales incompletos. Estos errores e insuficiencias eran tanto más apreciables cuanto más ambicioso y amplio fuera el tema de la obra histórica, como ocurre, por ejemplo, con la producción de los grandes enciclopedistas franceses del XVIII, quienes partiendo de sus ideas universalistas se lanzaron a grandes síntesis históricas con un insuficiente trabajo de preparación.

Este hecho indiscutible de que siempre se hayan podido señalar en las obras históricas de gran aliento, incluso en las de calidad más excelente, deficiencias y errores de detalle, llevó a muchos historiadores a la idea, justa en principio, de que cuanto más redujeran su campo de investigación, de que cuantos más datos acumularan para el mejor conocimiento de temas minúsculos, tanto más sólidas serían sus conclusiones, y tantos menos errores y deficiencias encontrarían en sus obras quienes después de ellos se ocuparan de los mismos temas. Su ideal llegó a ser la

que se ha llamado investigación exhaustiva, la que pretende no dejar ningún cabo por atar, la que aspira, al ocuparse de un tema, a dejarlo totalmente agotado, en forma tal que nada quede por decir acerca de él.

Sólo puede pretenderse esto, como es natural, aplicando la investigación a temas muy reducidos, con un criterio que podría llamarse microscópico. Por este camino se ha llegado a una especialización excesiva de los estudios históricos, a que cada historiador conozca tan sólo un círculo de temas muy limitado, careciendo en absoluto de una visión de conjunto de los grandes problemas históricos y creyendo que lo único que tiene interés es el campo de su pequeñísima especialidad.

Este fenómeno de la excesiva especialización no es exclusivo de la historia, sino típico de toda la ciencia de nuestra época. Todos hemos conocido, por ejemplo, casos de médicos especialistas empeñados en referir todos los males de sus pacientes al campo de su especialidad. También en la historia ha llegado a extremos grotescos la atomización del conocimiento. Recuerdo yo que visitó Madrid hace algunos años un especialista alemán de historia del arte. Su especialidad eran los sarcófagos paleocristianos. Los investigadores de la sección de Historia del Arte del Centro de Estudios Históricos de Madrid le propusieron a aquel buen señor que hiciera en su compañía una visita al Museo del Prado. ¿Hay en ese museo sarcófagos paleocristianos? —preguntó el sabio especialista alemán. No señor, —le contestaron mis colegas del Centro. Pues entonces no me interesa visitarlo

—respondió el germano, con la consiguiente estupefacción de todos.

Se ha escrito ya mucho sobre el peligro que entraña esta especialización excesiva, que convierte a los investigadores en bárbaros que de nada se enteran fuera de lo referente a su especialidad. Y en historia la especialización ha adquirido caracteres más graves, porque no sólo se ha fijado la atención en hechos de importancia mínima, sino que, para evitar los cambios que sufren con el transcurso del tiempo toda afirmación, toda hipótesis más o menos atrevida, los historiadores han hecho gala de no opinar en absoluto, de no meditar sobre los hechos, de que su misión consiste en reunir la mayor cantidad posible de datos sin establecer selección alguna entre ellos, para no comprometerse y ser tachados de parcialidad, de personalismo.

El resultado es que la historia se ha quedado exclusivamente reducida a su fase previa de acumulación de materiales, y que los historiadores han hecho de su profesión un coto cerrado, en el que se lanzan desesperadamente a la caza de datos nuevos, a la busca de documentos inéditos sobre temas insignificantes, cuyo hallazgo interesa, en el mejor de los casos, a media docena de personas que están atacadas de la misma chifladura.

El terror a la síntesis aventurada y de base deficiente ha hecho caer a los historiadores en el extremo opuesto, convirtiéndolos en coleccionistas de datos perfectamente inútiles. Se les podría recordar a estos tales la anécdota de Darwin, quien contestando a alguien que le reprochaba el empleo de hipótesis en sus trabajos, le dijo que el no hacerlo valdría tanto

como llegarse a un montón de piedras y analizarlas minuciosamente, consignando su peso, color, etc., sin preocuparse de más.

Frente a esta actitud es preciso insistir, una y mil veces, en que, sin un criterio previo de selección, no hay trabajo histórico posible digno de ese nombre. De no tenerlo nos encontramos con lo que ocurre hoy, con que la mayoría de los historiadores pretenden volcar en sus publicaciones el contenido íntegro de los archivos; sin darse cuenta de que en los archivos sólo tiene cabida una parte mínima de la realidad de los hechos del pasado.

El trabajo de investigación en los archivos, al que se concede hoy importancia tan exclusiva, no tiene más valor que el de un entrenamiento. Nadie puede trabajar en historia, evidentemente, sin haber hecho esta labor previa de investigación exhaustiva sobre algún tema menudo; pero creer que esa es la única labor histórica posible es tomar el rábano por las hojas. La labor propiamente dicha del historiador no comienza hasta que, en presencia de un cierto número de materiales, de documentos del pasado, por fuerza limitados e incompletos *siempre*, no emprende su labor de elaboración y de síntesis.

Así, pues, no está en lo cierto quien dice que no se puede escribir la historia de México porque todavía no están reunidos materiales suficientes para ello. Lo que tiene el historiador de hoy es miedo a comprometerse, y ese riesgo del compromiso es el que hay que arrostrar. Curiosa actitud ésta de quienes estudian los hechos humanos, que son esencialmente compromiso, decisión, toma de partido, y que no quieren opinar sobre ellos.

Como resultado de esta actitud nos encontramos con la indigesta producción histórica de nuestros días, en que se ha llegado, en la mayoría de los casos, a la pura y simple publicación de documentos, sin el menor esfuerzo para interpretarlos ni sacar nada de ellos. En verdad que nuestra época está presenciando cosas estupendas, hechas, según nos dicen, en nombre del progreso científico y del espíritu crítico.

Conviene recordar a este respecto las palabras de José Ortega y Gasset en su estudio, algo exagerado, pero muy justo en el fondo, *La filosofía de la Historia de Hegel y la historiografía*. Hay en él una crítica sumamente certera de esta actitud ingenua de los historiadores de hoy que creen que su ciencia ha entrado, a partir de 1800 aproximadamente, en una etapa de gran seriedad científica porque lleva a cabo con más minuciosidad que antes el acopio de datos y la crítica de fuentes.

Como observa muy bien Ortega, todos los historiadores, desde que existe la historia en el mundo, han reunido datos para escribir sus libros, y han criticado esos datos. Ya Herodoto, en el siglo v a. c., realizó viajes por todo el mundo conocido para conseguir los materiales que necesitaba a fin de componer su historia de la guerra entre griegos y persas.

El acopio de datos y su crítica no son, pues, ninguna novedad. Lo que sí lo es, y muy grave, es querer suprimir en la historia el factor humano. Como los hechos, al producirse, no se registran en ningún aparato automático, sino en las mentes de quienes los contemplan o toman parte en ellos, y cada testigo o actor tiene un punto de vista distinto sobre un mismo hecho, los historiadores "científicos" han querido

anular este margen de inseguridad y prescindir en lo posible de los relatos de los contemporáneos, que son los únicos materiales en que se puede apoyar un relato ulterior de los hechos. Al quedarse sin los relatos de los contemporáneos, tachándolos de "parciales", se han ido en busca de los famosos "documentos" que les parecían de un tipo más impersonal: tratados diplomáticos, colecciones legislativas, actas notariales, etc. Pero lucidos están los historiadores si creen que en esos documentos no existe el factor subjetivo que tanto les aterra en los relatos de los contemporáneos, en las crónicas, por ejemplo. Todos sabemos el grado de verdad que encierran los documentos aparentemente más serios y objetivos, los comunicados militares, pongamos por caso. Y no digamos nada de los documentos judiciales. Yo no conozco documento más cargado de pasiones y resentimientos que el proceso de residencia de Hernán Cortés, que los historiadores objetivos prefieren, naturalmente, a las Cartas de Relación del conquistador.

Ya va siendo tiempo de que estas personas se den cuenta de que la "imparcialidad" histórica, en el sentido absoluto en que ellos la conciben, no existe. El concepto mismo de imparcialidad es un mito. El hombre no se puede situar frente a los hechos humanos en la misma actitud que el químico ante sus tubos de ensayo. Cada hombre, además, ve una sola porción de la realidad, es decir, su visión es siempre parcial. Los historiadores de profesión parecen ignorar por lo general una noción muy conocida de siempre, pero que sólo recientemente ha sido elaborada con cierta precisión: me refiero a la noción de perspectiva. Sobre este punto vale también la pena con-

sultar a Ortega y Gasset, que ha expuesto con gran precisión sus puntos de vista, con referencia al problema de la filosofía, pero con conceptos plenamente válidos para la historia, en su estudio *El tema de nuestro tiempo*.

Todos sabemos —nos dice— lo que se entiende por perspectiva, aplicada a la visión de determinado objeto, un paisaje, por ejemplo. Dos personas que contemplan el mismo trozo de paisaje desde puntos de vista distintos no lo ven de la misma manera. Lo que para uno queda más cerca queda para el otro en último plano. ¿Tendría sentido que uno de los observadores, puesto a describir lo que ve, declarara que es falso lo visto por el otro? ¿Tendría sentido que los dos se pusieran de acuerdo para decir que, puesto que lo visto por ellos no coincide, es una ilusión el paisaje, que carece de realidad? Evidentemente que no. No existe un paisaje arquetipo que sea igual para todos los contempladores. Esto que se dice del paisaje puede decirse de todo fenómeno, de todo hecho contemplado por la mente humana. “La realidad cósmica —dice Ortega— es tal que sólo puede ser vista bajo una determinada perspectiva. La perspectiva es, pues, uno de los componentes de la realidad. Lejos de ser su deformación es su organización. Una realidad que vista desde cualquier punto de vista resultase siempre idéntica es un concepto absurdo”.

“El error inveterado consistía en suponer que la realidad tenía por sí misma e independientemente del punto de vista que sobre ella se tomara, una fisonomía propia. Pensando así, claro está, toda visión de ella desde un punto de vista determinado no coincidiría con ese su aspecto absoluto, y por tanto sería

falsa. Pero es el caso que la realidad, como un paisaje, tiene infinitas perspectivas, todas ellas igualmente verídicas y auténticas. La sola perspectiva falsa es esa que pretende ser la única.”

No se escapará a la atención de ustedes la importancia fundamental que tienen los conceptos de Ortega para el trabajo del historiador. Este último quiere hoy prescindir, en su contemplación de los hechos históricos, de ese factor que Ortega considera integrante de toda realidad: la perspectiva. No quiere situarse. Y, naturalmente, no lo logra, pues eso que él llama presentarnos los hechos, no es tal presentación de hechos, sino presentación de testimonios, de documentos referentes a los hechos, que llevan ya implícita, aunque el historiador no quiera, la perspectiva de quienes los contemplaron.

El historiador científico de hoy está metido en un callejón sin salida. Su actitud, que inicialmente fué justa, frente a una tendencia retórica y superficial de la historia, frente a una escasa preparación documental y una elaboración caprichosa y apresurada de las síntesis, ha llegado a un grado de anquilosamiento intolerable. Porque la historia, que es estudio de la vida humana, ha querido despojarse de todos los ingredientes que en la vida humana son esenciales.

Busca a todo trance la neutralidad, el no comprometerse. Para ello ha apelado a todo género de procedimientos. Se ha querido desviar la atención de los grandes momentos, de las crisis históricas, que habían sido hasta ahora los temas justamente preferidos, y se ha concentrado el interés sobre los movimientos más lentos de la vida diaria, sobre la evolución pausada de determinadas costumbres o ins-

tituciones, las que parecían más sólidamente establecidas, las que se sustraían al cambio y al movimiento brusco.

En esto, como en todo, la historia no hacía otra cosa que proyectar una idea del presente sobre el pasado. Esta idea de la evolución lenta, pacífica, correspondía a la idea que la democracia y el liberalismo se habían hecho de lo que iba a ser el desarrollo de la humanidad en el futuro. Ya vemos hoy, cuando es imposible enseñar geografía a los chicos porque diariamente cambian las fronteras, lo que queda de esa ilusión del desarrollo lento y sin sacudidas. No se puede desterrar de la historia el estudio de las épocas de crisis, de grandes choques y virajes en la vida de pueblos y culturas, ni el de la vida de las grandes personalidades.

En el terreno de la historia de las instituciones, de los aspectos de desarrollo más lento y seguido de la humanidad, es donde los estudios históricos se han apuntado más éxitos en los últimos años. Si se comparan los resultados obtenidos por la historia de las lenguas, las artes, las instituciones jurídicas o económicas, con los de la historia propiamente dicha, se verá que son muy superiores los primeros. Y es que en esos terrenos el historiador encuentra más facilidades para no comprometerse. Le encanta distanciarse de todo lo que signifique cambio, inseguridad, contingencia. Proyecta su atención sobre las épocas más remotas para obtener la ansiada imparcialidad. Si lo consigue o no, ya es otra cosa. Pero lo cierto es que no afronta, ni quiere hacerlo, los problemas esenciales para la vida misma de su época, aquéllos que

la gente interesada quisiera ver, ya que no resueltos, por lo menos, planteados.

Yo no creo, naturalmente, que el historiador pueda jugar un papel decisivo en la vida de su país; pero sí un papel más importante que el que ha venido desempeñando desde que la historia se ha deshumanizado. Tengo bien presente el ejemplo de lo ocurrido en España, donde en los últimos años se habían producido obras sumamente valiosas sobre ciertas instituciones medievales, o sobre el lenguaje de determinado poeta lírico o sobre las tablas de cualquier pintor catalán del siglo xv; donde no se había publicado, en cambio, ni una sola obra seria sobre problemas históricos esenciales para la vida del país, que fuera fruto de la actividad de un historiador profesional. Los españoles desconocíamos y despreciábamos la historia posterior a la invasión francesa y el resultado de ese desconocimiento lo estamos sufriendo hoy. Nuestras grandes figuras en el campo de los estudios históricos no habían querido comprometerse, no habían querido opinar, la guerra las cogió por sorpresa . . . y ¡para qué seguir!

Este es uno de los resultados más graves de la deshumanización de la historia: que el profesional de su estudio crea que nada tiene que ver con los problemas vivos de su país o de su época, y que sólo desentendiéndose de ellos puede lograr un mejor conocimiento del pasado. Así se llega, según nos dice Nietzsche en su maravilloso ensayo *De la utilidad y la desventaja de la historia para la vida*, a que solamente se ocupan de la historia los que son incapaces de hacerla.

Yo digo con toda sinceridad que me han enseñado

mucha más historia los tres años que he pasado combatiendo en España que todo lo que había leído en los libros.

De aquí que sea tan valiosa la aportación a la historia de quienes han participado activamente en la vida de su pueblo. México tiene la ventaja de contar con una serie de historiadores de primera fila, que no sólo escribieron, sino que hicieron historia: Lucas Alamán, José Luis Mora, Justo Sierra, por citar sólo los más importantes.

Las obras de estos escritores abundan en lo que les falta a los profesionistas deshumanizados: vida, pasión. Hay una determinada preferencia por los temas, y tiene que existir un calor, una simpatía al tratarlos. El historiador no debe pensar que escribe para media docena de colegas, sino para un público más amplio, al que debe orientar. Antigüamente, en esa fase precientífica de la historia, hoy tan despreciada, el historiador sabía muy bien que escribía para un público amplio al que había que interesar. Deleitar al lector es frase que de continuo surge en las páginas de nuestros cronistas. A ninguno de ellos se le hubiera ocurrido dedicarse a la historia si no se sintiera capaz de llevar al papel su visión de los hechos, para hacerla compartir a los lectores; pero, claro, esto ocurría en los tiempos en que la historia adoptaba su forma más primitiva, según los científicos de hoy, la narrativa.

Hubo, evidentemente, épocas en las que una excesiva preocupación por la forma hizo daño a la producción histórica. Hoy, en cambio, hemos caído en el extremo opuesto. Son muchos los historiadores para quienes es pecado el escribir medianamente, que

consideran sus obras tanto más serias y científicas cuantos menos lectores tienen y que se vanaglorian de que su exposición sea aburrida, indigesta. Las páginas se atiborran de notas, vengan o no a cuento, y la bibliografía se aumenta al infinito con obras y más obras que en la mayoría de los casos no se han visto más que por fuera. . . o en otras bibliografías.

Una buena defensa de lo que ha dado en llamarse aspecto artístico de la historia se encuentra en el delicioso ensayo de George Macaulay Trevelyan, titulado *Clio, a Muse*. El ensayo en cuestión fué publicado por primera vez en 1913 y reeditado en 1930. Aunque el propio autor parece estar en la actualidad un poco asustado de su audacia, yo creo que puede suscribírsele íntegramente.

Comienza Trevelyan analizando los estragos producidos por la proyección de las ciencias físico-matemáticas sobre los estudios históricos. No es el suyo un análisis de tipo filosófico, como el de Rickert, sino simple expresión de un sano sentido común. ¿Cuáles son las leyes que la historia científica ha descubierto?, se pregunta Trevelyan. ¿Cuáles son los procesos de causa y efecto? Y arremete contra esos historiadores científicos que tienen un enorme conocimiento de hechos menudos, pero un conocimiento escaso o nulo de lo que es el hombre. Esa sequedad e indiferencia que se postulan para su trabajo hacen que les falte toda simpatía humana, y sin simpatía humana la historia no puede existir, se convierte en arqueología.

Para Trevelyan, que es él mismo un gran escritor, la obra histórica es esencialmente obra artística. Su calidad fundamental está en el relato, en la capacidad

que tenga el historiador para hacer vivir sus personajes o sus situaciones, para comunicar al lector sus sentimientos. A los relatos de los historiadores actuales —dice Trevelyan— les falta fluidez, no se mueven como corrientes, sino que están parados, como el agua en los charcos. El relato debe recordarnos que el pasado fué una vez tan real como el presente y tan incierto como el futuro.

Nada tan divertido como la actitud de esos historiadores que adoptan un gesto displicente ante grandes personajes o grandes momentos de la historia porque pueden ver —ahora— cuáles fueron sus acciones o derivaciones desfavorables o funestas. Y estos mismos historiadores que hubieran evitado la ruina del Imperio romano o la del español, pongamos por caso, son plenamente incapaces de tomar la decisión más sencilla en los asuntos de su propia vida.

Trevelyan se da perfecta cuenta, como nos la damos todos quienes nos dedicamos a estos estudios, de lo difícil que es la labor del historiador. Tiene que poseer una serie de conocimientos complicados para reunir y depurar sus materiales, más una habilidad exquisita para presentarlos y hacerlos llegar al lector en forma que actúen sobre él, sin que pueda para ello apelar a los recursos de invención de los autores de historia novelada.

Cuando se piensa en las dificultades que presenta la tarea del historiador, se explica uno plenamente que abundan tan poco los historiadores dignos de ser leídos. Pero ese reconocimiento de la dificultad de la labor hace que resulte más mezquina la actitud de quienes, sin ser ellos mismos capaces de escribir historia, se creen superiores a los grandes maestros si

logran descubrir en sus obras algunos errores de detalle. Mala actitud ésta de desdeñar lo que uno no sería capaz de hacer. Hoy se ve ya claro que los grandes maestros de la historia no se "superan" fácilmente porque se les rectifiquen o agreguen detalles.

El estudio de Trevelyan concluye con un resumen de la historiografía inglesa, señalando con cuidado los defectos y virtudes de sus grandes figuras, para llamar sobre ellas la atención de alumnos y lectores. Este es el buen camino, el único posible, si queremos sacar a la historia de su marasmo. Hacer que los grandes historiadores del pasado dejen el humilde lugar que ocupaban en las notas de pie de página y se conviertan en objeto principal de estudio. Sólo combinando el estudio de la historiografía con el de los procedimientos de investigación podrá salir la historia del atolladero en que se encuentra.

Hay que lograr atraer hacia la historia el interés de jóvenes excelentes que hoy enfocan su vocación hacia otros campos literarios o artísticos porque les descorazona la gravedad, la aridez con que se presentan las fases iniciales de la investigación. Y hay que conseguir que los historiadores no se sientan tan orgullosos de ser inaccesibles. El libro histórico no es una especulación de alta matemática, coto cerrado para las personas no iniciadas. Su misión ha de ser llegar al mayor número posible de lectores. Ya pasó la época de las actividades "puras", en que los poetas escribían para los poetas y los pintores pintaban para los pintores. La historia debe aspirar a ocupar un puesto decoroso en el horizonte cultural del hombre de hoy, y, si renuncia a hacerlo, los resultados serán fatales. Sólo un reconocimiento previo de sus

limitaciones y el esfuerzo por superarlas, podrá impedir que caiga en los excesos de la historia novelada o en los países totalitarios, donde es un arma más al servicio de la propaganda.

Piensen los historiadores científicos que en la época de crisis que vivimos no van a ser ellos la única excepción. Que su producción se está ya contemplando con perspectiva relativista. Y que quizá no salga de este examen tan favorecida como ellos creen. Buena prueba de ello es lo que nos dice el historiador inglés Toynbee, quien inicia su monumental producción *A Study of History* con un capítulo titulado precisamente "La relatividad del pensamiento histórico". Toynbee no ve en toda la ingente labor de los historiadores actuales más que un reflejo del sistema industrial, en sus aspectos de división del trabajo y producción manufacturada en gran escala de las materias primas. Para él los grandes historiadores de la época actual, cuando se les estudie desde el futuro, encontrarán situados sus libros al lado de las grandes construcciones de nuestra ingeniería; pero ese no es un elogio excesivo cuando se trata de obras históricas.

Como conclusión de esta precipitada y desmañada exposición del estado actual de los conocimientos históricos debemos, pues, afirmar, que tampoco tenía razón quien en Morelia afirmaba que no es posible aún escribir la historia de México porque para ello se desconocen muchos datos. "Con la centésima parte de los que hace tiempo están ya recogidos y pulimentados bastaba para elaborar algo de un porte científico mucho más auténtico y substancioso que cuanto, en efecto, nos presentan los libros de histo-

ria", dice Ortega y Gasset en el estudio antes mencionado.

Esta es la verdad. Todo trabajo de busca de datos, de publicación de documentos, será estéril y embarazoso si no va acompañado por una labor de meditación e interpretación. Esta siempre puede y debe hacerse. No podemos dejarnos llevar en nuestro estudio por ideales ya superados. Ni partir hoy de la tendencia progresista ingenua que creía posible efectuar a cada paso descubrimientos estupendos. Tal vez los papeles de los archivos puedan despejar todavía algunas incógnitas; pero la mayoría de las que aguardan a ser despejadas se encuentran precisamente en lo que parece que todos conocemos ya, y que, no obstante, siempre se presta a nueva reflexión.

(Dos conferencias dadas en la Universidad de Guadalajara, Jal., mayo de 1940.)

SOBRE EL ESTADO ACTUAL DE LAS
CIENCIAS HISTORICAS

FLACO SERVICIO me han hecho los editores de *Cultura y Educación* al pedirme unas notas sobre el estado actual de las ciencias históricas. Parece que no hay pregunta más inocente, más lícita, ni de más fácil respuesta que ésa, hecha por una persona no especializada al cultivador de determinada disciplina: "Dígame, ¿cuál es el estado en que hoy se encuentra el objeto de su estudio?" Tal vez en otras ramas del saber la respuesta sea más fácil; pero, por lo que se refiere a las ciencias históricas, el tema es de tal envergadura que son numerosos los historiadores que se mirarían muy mucho antes de darle una contestación. Si yo me atrevo a hacerlo es advirtiéndole que las notas que siguen han de interpretarse tan sólo como la contestación a una encuesta, como simples observaciones personales, y no como un deseo de dar una visión de conjunto de tema tan desmesuradamente amplio y complicado.

Lo primero que ha de tenerse en cuenta es que el historiador se dedica al estudio de determinados aspectos del pasado humano; que éstos, y no la historia misma, son el objeto de su reflexión. Si de momento hace un alto en su trabajo para extender la mirada sobre el panorama de conjunto de la disciplina en que se ocupa, se encontrará con que no puede dar por sí solo una contestación a los problemas que ello le plantea. Habrá que apelar a los estudiosos de ciencias afines, antropólogos, economistas,

sociólogos, y, sobre todo, a los filósofos, para el simple planteamiento de problemas esenciales de su disciplina, de los que no puede prescindir si ha de hablar de su estado actual.

Pero, en fin, no busquemos más excusas y decidámonos a hacer solos este peliagudo examen de conciencia. Ya el enunciado mismo del tema plantea toda una serie de problemas delicados. Por ejemplo, si hablamos, así sin más, del estado actual de las ciencias históricas, admitimos que estas disciplinas son susceptibles de un desarrollo puramente temporal, con independencia del lugar en que se las cultiva; que se hace historia en Inglaterra o en la Unión Soviética, en Alemania o en México, aplicando unos mismos principios al estudio, como si se tratara de un análisis bacteriológico o de un cálculo de resistencia de materiales.

Yo confieso que tengo mis dudas sobre que esto sea así. Aun limitándonos, para no complicar la cosa, a esa entidad que denominamos Occidente —Europa y América—, entidad con un fondo de cultura común, el problema sigue siendo bastante complicado. Aunque el historiador occidental de hoy viva en una torre de marfil, aunque procure alejarse y desentenderse del mundo que le rodea para dedicarse de lleno a sus estudios e investigaciones del pasado, basta con que lea de vez en cuando algún periódico, con que escuche en alguna ocasión la radio o con que vea algún noticiero en el cine, para que se dé perfecta cuenta de que ese mundo en que vive está sacudido por tremendas luchas de ideas y de intereses, por conflictos gigantescos entre las más opuestas concepciones de la vida, de la cultura, de la política, de la

economía, de la religión. El historiador no dudará de que vive en una época de profunda crisis, aunque pueda tener la suerte de que a él, personalmente, no le afecte de un modo demasiado directo.

¿Es que el objeto de su estudio, la ciencia histórica misma, no se resiente de esa crisis? Bien sé que habrá muchos historiadores de la hora actual que dirán que no. Encastillados en su pretendido aislamiento, fieles al optimismo científico del siglo pasado, dirán que no. Dirán que la historia, tras una serie de fases precientíficas, se ha constituido como ciencia hace unos cien años. Al igual que las demás ciencias ha entrado en una etapa de plenitud, y sólo le interesa conocer cada vez más, acopiar datos, reunir materiales para la mejor comprensión de una época, de una institución o de un personaje del pasado. Se siente tranquilo y confiado dentro del gran torrente científico.

Nosotros bien quisiéramos participar de ese optimismo; pero no seríamos sinceros con nosotros mismos si lo hiciéramos. No es fácil admitir que, siendo la ciencia histórica, entre todos los conocimientos humanos, el que está en conexión más íntima con la vida misma de los pueblos, no sea también el más sujeto a variación e influjo, aunque esto lo nieguen los historiadores científicos, positivistas, quienes, como siempre ocurre, creen que su propio punto de vista, parcial y limitado, producto de los postulados culturales de una determinada época, es universalmente válido e inmutable.

Pongamos un ejemplo para aclarar esto. Alemania es, con toda seguridad, el país que ha realizado un esfuerzo más grande para constituir la historia como

ciencia en el sentido a que acabamos de aludir. Las obras históricas publicadas en Alemania desde los comienzos del siglo pasado —libros, revistas, folletos, tesis doctorales de toda índole— necesitan para su acomodo bibliotecas inmensas. Pues bien. Id hoy a una universidad alemana o poneos en contacto con lo que Alemania ha producido en el terreno de la historia desde que el nacionalsocialismo se ha hecho dueño del poder. Os encontraréis con que se rechaza en bloque buena parte de la producción mencionada, invocando precisamente que esa busca de la verdad imparcial y desinteresada que le presidió es un principio falso y reprobable. De seguro llegará a vuestras manos el libro de Alfredo Rosenberg titulado *El mito del siglo xx*, evangelio histórico del nacionalsocialismo —que yo he tenido la paciencia de leer entero—, libro en que se considera la historia universal como una historia de la raza aria, en el que se discuten “a la alemana”, con notas al pie y referencias bibliográficas, problemas tan arduos como el color del pelo de Cleopatra, para llegar triunfalmente a la conclusión de que era rubia. Es toda la historia universal concebida como una lucha melodramática en la que los buenos son los rubios arios y los malos los morenos de las otras razas.

Se me dirá que esto es un producto típico del delirio nacionalsocialista. Evidente. Pero es un fenómeno grave, que no puede escapar a la consideración de un historiador que tenga los ojos bien abiertos, éste de que Alemania, país del que todos hemos aprendido, haya llegado a caer tan bajo que produzca libros como el de Rosenberg.

Hay en este ejemplo, deliberadamente exagerado,

una enseñanza imprescindible, por dolorosa y perturbadora que sea para el historiador científico positivista. La de que la historia no puede sustraerse al ambiente en que se escribe. La de que la imparcialidad histórica no existe. Sería necesario, para lograrla, que el historiador fuera un dios y no un hombre, que estuviera situado fuera del tiempo y del espacio, libre de las garras del medio. No es posible reducir la historia a arqueología. Quizá quepa la imparcialidad si se estudian pueblos, culturas, hombres o ideas que nada tienen que ver con nosotros, que han cesado de actuar como ingredientes en nuestra propia historia. Quizá quepa la imparcialidad al escribir la historia del Egipto faraónico. ¿Puede decirse otro tanto del estudio de la historia del México precortesiano?

El historiador científico ha sentido el peligro y ha procurado refugiarse en el estudio de problemas en los que la neutralidad fuera más fácil de conseguir: historia del lenguaje, de la literatura, de las artes plásticas, de las instituciones más arraigadas y duras. Historia de todo lo que no fuesen cambios políticos o sociales, evitando cuidadosamente los problemas vivos que tuvieran repercusión en la actualidad y le obligaran a tomar partido. En estos terrenos es donde nuestra ciencia ha obtenido resultados más valiosos en los últimos años. Así ocurrió en España. El Centro de Estudios Históricos de Madrid era fundamentalmente un Instituto de Filología del que salieron obras básicas para el conocimiento de nuestro idioma, nuestra literatura, nuestro arte; pero ni una sola obra sobre la época de los Austrias, por ejemplo, ni un estudio de mediano valor sobre los grandes problemas políticos y religiosos de nuestros siglos XVI y XVII, tan

esenciales para la comprensión de nuestra historia. No hablemos ya de la ignorancia absoluta en que nos encontrábamos la mayoría de los españoles, incluso quienes nos dedicábamos a la historia, respecto a nuestro siglo XIX, que tanta falta nos habría hecho conocer. Este interés por unos temas y este olvido de otros no se debía al azar. Estaba inspirado por la conciencia misma del español moderno, que consideraba con desdén el papel desempeñado por su país en la historia de Europa, que parecía pedir perdón a los historiadores de otros países por los que consideraba errores y torpezas de sus propios antepasados.

¿Cuál hubiera sido la actitud de los historiadores españoles si en las grandes contiendas de los siglos XVI y XVII hubiera triunfado España? ¿Cuál no sería el cúmulo de monografías científicas objetivas, sobre Felipe II y el éxito de la Armada Invencible? Y es que la historia se piensa siempre en función del presente, del presente de un determinado país al que pertenece el que la escribe. El historiador se acerca al pasado con un caudal de ideas que condiciona forzosamente su visión de los hechos. Tiene que tratar problemas de una enorme complejidad, utilizando datos insuficientes, deformados, contradictorios. Y no se crea que esto ocurre exclusivamente cuando se trata del pasado. Todo el cúmulo de información de la época actual más servirá para desorientar que para ilustrar al historiador de tiempos futuros. Para el análisis de cualquier cuestión tendrá que apoyarse en los testimonios de quienes en ella han intervenido. De aquí otra falla de los historiadores positivistas. Han querido descartar el elemento personal, la deformación de los hechos, deliberada o no, que im-

primen a sus relatos quienes en ellos han sido actores o testigos. La consigna ha sido refugiarse en los documentos pretendidamente impersonales. Pero ¿dónde está la impersonalidad de los documentos?

Es decir, que nos encontramos con que la historia, una de las ciencias que abordan problemas más complicados, es también la que dispone para su estudio de materiales más frágiles, más deleznable, más inseguros. ¿Es, entonces, imposible llegar a conseguir el conocimiento histórico? De ninguna manera. El que para ello existan grandes dificultades nunca podrá ser motivo para abandonar la empresa. Siempre se ha hecho historia y siempre se hará. A los positivistas, tan orgullosos de sus propios métodos, tan orgullosos, entre otras cosas, de su escepticismo, no podrá extrañarles que nosotros, a su vez, dudemos también de ellos. Que no podamos compartir su ingenuo orgullo de creer superado todo lo hecho en el campo de la historia con anterioridad al siglo XIX. Todos los historiadores se han documentado para escribir la historia y todos han empleado determinados criterios parciales al escribirla, incluso los positivistas, tal vez éstos más que otros.

De aquí que adquieran hoy tanta importancia los estudios historiográficos, que no se limitan a apreciar en cada producción histórica el acervo de datos que suministra, sino que la analizan y valoran como producto humano integral, en el que está presente el historiador con sus ideas, con sus pasiones, con sus "parcialidades", dadas por el lugar y la época en que la escribió.

Reconocemos hoy ya que las obras de los grandes historiadores del pasado no están "superadas"

en ningún caso, y que la vuelta a su lectura y estudio no dará resultados menos valiosos que la rebusca de nuevos documentos, en la que tanto se ha insistido últimamente con peligroso exclusivismo.

En el terreno de la enseñanza de la historia esta consigna de la "vuelta a los clásicos" es de importancia capital. Ha sido funesto el cientificismo progresista y mecánico que supone que el libro publicado en 1940 anula necesariamente —como si fuera un modelo de automóvil— al publicado en 1925. La historia, por muy científico que sea su punto de partida, siempre estará bajo la advocación de Clío. Siempre será obra que en su aspecto esencial —selección, síntesis— estará más próxima de las artes o de la filosofía, con sus eternos ascensos y descensos, con sus continuas reelaboraciones, que de una ciencia positiva en constante progreso... caso de que éste exista en las ciencias positivas.

Esta conclusión no debe desalentarnos en modo alguno —suponiendo que otros la compartan—. El pintor de hoy no deja de pintar porque hayan existido Miguel Angel o el Greco; ni el músico de componer porque Beethoven haya escrito sus Sinfonías; ni el filósofo de filosofar porque le abrumen la *Metafísica* de Aristóteles o la *Crítica de la Razón Pura* de Kant. Precisamente el artista y el filósofo sacan enseñanzas de alto valor del estudio de las obras maestras de sus predecesores. El historiador no debe ser en ningún caso más orgulloso que ellos —y si lo hace, va por mal camino.

*IZQUIERDAS Y DERECHAS EN EL CONGRESO
DE HISTORIA DE MORELIA*

MORELIA, la ciudad que pudiera decirse castellana, cuyas piedras doradas evocan a Segovia, a Salamanca, a Alcalá de Henares, ha servido de marco adecuadísimo al Cuarto Congreso Mexicano de Historia, celebrado allí en la última semana del pasado enero, coincidiendo con las fiestas del centenario de la fundación del Colegio de San Nicolás.

Quien escribe estas líneas no asistió a los anteriores congresos mexicanos de historia, que vienen verificándose cada dos años, y por ello ha penetrado, como un intruso, en un medio mal conocido. Quisiera, no obstante, registrar sus impresiones.

Lo que primero salta a la vista del espectador en las sesiones del Congreso, es la profunda escisión, la diferencia radical de puntos de vista de quienes en él participan. Se refleja en la manera de interpretar la historia la lucha de ideas antagónicas que vibra en el país, y siendo el mexicano hombre apasionado, las exterioriza con vehemencia, de modo que tal vez le aparta de esa serena reflexión que se nos dice característica de los estudios científicos.

Había en el Congreso, en líneas generales, los partidarios del pasado y los enemigos del pasado —la vieja pugna entre lo antiguo y lo moderno—, los tradicionalistas y los revolucionarios, los españolistas y los indigenistas. Es evidentemente muy difícil salirse de estos marcos a quienes hayan nacido aquí. Es bien sabido que no existe esa imparcialidad inhumana que

se postula para el historiador, y en una tierra como ésta en la que se cruzan no sólo culturas e ideas, sino razas y sangres, a nadie le puede extrañar que exista conflicto. Lo que hace falta es que la pugna sea fecunda. De aquí la gran utilidad de estos congresos en que se confrontan ideas y se enfrentan personas con puntos de vista divergentes.

A primera vista la razón parece estar del lado de los tradicionalistas. Resulta un poco fuerte ir a hablar de ignorancia, de opresión y de oscurantismo a una ciudad en la que no se ven más que colegios —sería ya otra cuestión saber quiénes tenían acceso a esos colegios—, cuando se conmemoran fundaciones de instituciones de cultura hechas hace cuatro siglos. El historiador tradicionalista tiene de su parte el tiempo, base sólida que es peligroso querer derrocar valiéndose de exabruptos.

El historiador revolucionario no debe olvidar que su punto de vista es más reciente, que de nada le sirve querer negar una cultura —distinta de la suya, pero cultura al fin— y que el único método válido para vencerla es superarla. Que si una teoría es excelente, por ello mismo obliga a más en su aplicación. No basta la fe sin las obras. El historiador marxista, apoyado en una doctrina de enorme fuerza política, que ha sacudido al mundo de un extremo a otro, que ha motivado revoluciones y cambios de toda índole, la agita como varita mágica con cuya posesión puede reposar tranquilo, eximido de cualquier otro esfuerzo. Y esto es equivocado. El materialismo histórico supone controversia, lucha de ideas, y tiene enemigos en el terreno de la investigación como los tiene en el de la política. Precisamente en el terreno de la investiga-

ción es donde el historiador marxista suele estar en inferioridad de condiciones frente a su contrario, pues el marxista está frecuentemente solicitado por actividades que nada tienen que ver con la investigación, en el campo social y político, o por la simple necesidad de atender a su propia subsistencia. En cambio su contrario, el antimarxista, cualquiera que sea su matiz, es hoy en México persona apartada de los cargos políticos, que dispone de todo su tiempo —y también de dinero— para dedicarlo al estudio. No es, por lo tanto, un enemigo despreciable, y nada se consigue gritando contra él y queriendo aplastarlo por la violencia.

Digo todo esto porque he podido apreciar un exceso de confianza en el Congreso por parte de los historiadores izquierdistas. Manifestaron una tendencia peligrosa lanzándose a la defensa cerrada de estudios endebles —como el que motivó la agitada discusión de la sesión plenaria que dió fin a los trabajos— por el sólo hecho de que sus autores profesaban ideas de izquierda. Lo peligroso de esta actitud salta a la vista. En el terreno científico los trabajos se califican, no por su ideología, sino por sus calidades intrínsecas. Precisamente el marxismo como método de investigación y de interpretación histórica ha de ser empleado con sumo cuidado, con extraordinaria competencia, si no se quieren dar con él armas al enemigo. Resulta pueril, por ejemplo, el creer que aplicando la terminología de las luchas actuales a acontecimientos del pasado se hace, sin más, marxismo. Con decir —como alguien dijo en el Congreso— que Hidalgo es el primero de los obreros y el primero de los campesinos mexicanos, silenciando

cuidadosamente que era cura, no se adelanta nada. Hidalgo tiene méritos suficientes para que no precise fijar sobre él la atención de los luchadores de hoy apelando a estos procedimientos anticientíficos.

Las cosas son bastante más complicadas. El historiador marxista no puede olvidar nunca que se encuentra frente a una tarea extremadamente delicada. Que su enfoque de problemas sociales, colectivos, de grandes proporciones, necesita un acopio de datos mucho más minucioso y mucho más amplio que el hecho por un historiador de tipo tradicionalista que se ciñe a problemas locales, tal vez a determinados aspectos de la personalidad de un solo individuo.

Tampoco debe olvidar que si su interés se dirige esencialmente a los problemas económicos, ni Marx ni nadie ha dicho que éstos sean los únicos problemas históricos que existen. El hecho de que alguien aborde un estudio sobre la historia de las artes industriales no significa necesariamente que sea un reaccionario. Se puede recordar a este respecto lo ocurrido en la Unión Soviética con el historiador Pokrovski, el autor de *Las causas económicas de la Revolución Rusa*, muy criticado hoy allí por su "economismo", por haber querido reducir la historia a cifras, estadísticas y listas de precios, olvidando que sobre la base económica aceptada existe toda una serie de problemas complejos, humanos, que el historiador no puede perder de vista. Lo contrario equivaldría a indignarse con un poeta que nos describe sus sensaciones ante un paisaje porque no nos habla de la constitución geológica del terreno.

El buen camino lo señaló el rector de la Universidad de Morelia al solicitar que se designara como

tema básico de discusión para el próximo Congreso —que tendrá lugar en Guadalajara dentro de dos años— el siguiente: “Métodos científicos de investigación y de interpretación de la Historia”. Tema magnífico, para el que deberán aguzar sus armas dialécticas los historiadores marxistas y los antimarxistas, demostrando cada cual, con la solidez de sus trabajos, la solidez de sus convicciones.

(*Romance*. México, febrero 15, 1940.)

DOS APUNTES DE HISTORIOGRAFIA
MEDIEVAL CASTELLANA

a) BARAJA DE CUATRO CRONICAS

EL PRESENTE trabajo fué publicado en Madrid poco antes de comenzar la guerra, en la primavera de 1936. Tiene carácter de diversión, en el sentido militar de la palabra. Ocupado desde 1932 en la edición crítica de la *Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo —edición que la guerra no permitió concluir— fuí, a ratos sueltos, reuniendo algunas fichas de pasajes que me parecieron especialmente interesantes en las primeras crónicas reales castellanas. Así se formó esta baraja, sin pretensión erudita ni filosófica, sin otro objeto que presentar ante el lector, en forma asequible, textos que con frecuencia se imaginan áridos e inabordables.

Las crónicas mencionadas han sufrido el mismo olvido que toda nuestra producción historiográfica. Han sido víctimas del cientificismo histórico, del *mot d'ordre* de que la crónica es testimonio endeble y parcial, de todo el proceso de deshumanización de la historia que ha prevalecido últimamente y prevalece aún, con su busca exasperada e ingenua de la imparcialidad. El cientificismo, que quiso convertir las ciencias históricas en matemáticas, desconfió de las crónicas porque son parciales, como si la parcialidad, el punto de vista, no fuera factor ineludible en la apreciación de los hechos humanos, y, por lo tanto, en su relato, que es la historia.

Por fortuna, las cosas ya han cambiado. El holandés Huizinga ha llamado certeramente la atención sobre el valor de las crónicas como testimonio histórico y ha demostrado bellísimamente en su *Otoño de la Edad Media* lo que pueden dar de sí cuando un historiador genuino sabe utilizarlas bien.

Hoy las crónicas, aceptada la relatividad del conocimiento histórico, recobran su perdido prestigio. Tienen una capacidad de acercamiento espiritual al pasado, una frescura de vida intacta, un valor de dato inmediato que nada puede superar. Estas son ya verdades de clavo pasado, pero no estaban suficientemente difundidas en España en 1936. De aquí que yo iniciase entonces una labor que hubiera tenido desarrollos más amplios, a base de trabajos de tipo antológico, de divulgación, si se quiere, destinados a recuperar para la historia la atención de un público alejado por las excesivas complicaciones eruditas, que había buscado alimento para su interés en sucedáneos híbridos del tipo de la historia novelada.

Ciñéndonos ahora a las cuatro crónicas aquí seleccionadas, diremos que quienes de ellas se han ocupado no han ido más allá de los intentos de averiguación de fecha y autor, con resultados poco felices. Se cree que están escritas a mediados del siglo xiv. No se sabe si son todas obra de una misma mano, ni quién las escribió. El anonimato les ha perjudicado, y, sobre todo, el que viniera tras ellas la producción historiográfica del canciller Pero López de Ayala (1332-1407). Se ha repetido, sin más, el juicio de Menéndez y Pelayo, quien habla del abismo que separa estas crónicas de las del canciller. El juicio es desacertado. Ayala es la más alta mani-

festación de una corriente amplísima, iniciada con la publicación de la *Crónica General*, obra que dió, ya en el siglo XIII, al idioma castellano la posibilidad de expresar la historia. Más tarde se abren camino, trabajosamente, las crónicas reales que nos ocupan, concebidas para completar la *General*. La actividad historiográfica de nuestro siglo XIV es espléndida, y Ayala no representa sino su remate y coronación. El canciller sería inconcebible sin los cronistas anteriores, especialmente sin la crónica de Alfonso XI. Hay en ésta una riqueza de contenido, una amplitud en el relato, una conciencia de la importancia de la obra histórica que son síntomas de madurez plena. Y hay en ella, sobre todo, vida. Esta es la calidad esencial de la obra histórica, y con este criterio está hecha mi selección. En las obras históricas hay que cazar la palpitación de vida que nos ofrecen, valorarlas según la capacidad que tengan de acercarnos a la época de que tratan. Claro que esto tiene sus inconvenientes, porque una crónica puede ser muy viva y ser muy inexacta; pero, ¡qué le vamos a hacer! Bastantes gentes hay que no han salido de la comprobación de fechas. Y aunque alguien tire, alguna vez, por el lado contrario, quizá no se pierda el tiempo del todo. Así, pues, yo he cogido los textos de nuestras viejas crónicas, tal como nos lo da la vieja edición de la *Biblioteca de Autores Españoles*, y he compuesto esta baraja uniendo las escenas por medio de breves comentarios. En la primera edición he empleado el término *trailer*, que ahora se suprime por ser equívoco. No creo que haya vocablo español para traducir este término cinematográfico, que hubiera que-

rido conservar porque las crónicas tienen mucho de películas.

Bien sabido es que el *trailer* cumple su objeto si estimula en el público el deseo de ver la película que anuncia. Eso quisiera yo. Que esta breve antología sirviese para despertar el interés de los no profesionales por las obras íntegras. Su lectura vale la pena.

(Prólogo a *Baraja de Crónicas Castellanas del siglo xiv*. México, Editorial Séneca, 1940.)

b) EL VICTORIAL

El 4 de octubre de 1379 nace el hijo de don Juan I de Castilla que años más tarde había de reinar con el nombre de Enrique III. El conde don Pero Niño, cuyos hechos se narran en el *Victorial*, es algo mayor que don Enrique. Debió de nacer en 1378. Y Gutierre Díez de Games tiene casi los mismos años que su señor, el conde. No sabemos dónde nació Gutierre. Es muy posible que fuera gallego. Sus referencias a lugares de Galicia son muy exactas. Pero Niño anduvo por tierras de Pontevedra antes de los veintitrés años, y bien pudo conocer allí al que más tarde había de ser su abanderado y su biógrafo. En el lenguaje de Díez de Games aparecen algunos galleguismos.

El *Victorial* no abarca toda la vida de don Pero Niño. Alcanza tan sólo hasta 1446, y el conde murió en 1453. Seguramente Gutierre murió antes. Se

sabe que en 1435 se ocupaba en el relato de las hazañas de su señor. De esta fecha es un testamento de don Pero, en el que dice: "Y mando que el libro de mi historia, que lo hace Gutierre Díez de Games, que lo tenga la condesa en su vida, y, después que ella falleciere, que lo ponga en la sacristía mía de la iglesia de la mi villa de Cigales, en el arca del tesoro de la dicha iglesia, y que no le saquen para ninguna parte; pero quien quisiere leer en él, mando que den lugar a ello".

El núcleo de la crónica, la parte en que el relato es seguido y pleno, lo forman los años 1403 a 1410, desde que sale don Pedro contra los corsarios del Mediterráneo hasta que se casa con doña Beatriz.

Años en que reinan Enrique III y Juan II. Época del marqués de Santillana, de Pérez de Guzmán, de Juan de Mena, de los *Cancioneros*. Curiosidad por todo lo humano. Desbordamiento lírico. Y también el retrato, la biografía.

No se han estudiado suficientemente estos primeros años de nuestro siglo xv. O, mejor dicho, no se ha prestado igual atención a todos sus aspectos espirituales. Así, mientras se desmenuzan las composiciones más o menos triviales de los *Cancioneros*, nadie ha dedicado interés especial al florecer historiográfico de los días de don Juan II. Y es que la historia ha sido el cuchillo de palo de nuestra época historicista. No ha interesado cómo evoluciona la manera de escribirla, no se han subrayado los temas preferidos o rechazados por cada época como dignos de ser historiados.

Sin embargo, el gesto de don Pero Niño al ordenar que el libro de su vida sea guardado en el arca

del tesoro, está lleno de significación. Los hombres de la Baja Edad Media desplazan su preocupación de lo divino hacia lo humano; si sienten ansia de inmortalidad, es de una inmortalidad terrenal, en la que sus cuerpos y sus almas, sus *proporciones* y *virtudes*, se libren de caer en el olvido. Esta angustia, esta avidez por obtener la fama, que cristalizó en florecimiento histórico, y más especialmente biográfico, dió lugar a las crónicas llamadas particulares o domésticas por oposición a las reales.

En la biografía, como en todo, podemos rastraer el desplazamiento de lo divino hacia lo humano en la Baja Edad Media. El protagonista del primer libro de caballerías surgido entre nosotros, Cifar, es *El Caballero de Dios*. El doncel portugués Nuno Alvares Pereira se llena de turbación cuando su padre le habla de matrimonio, porque leía con frecuencia los libros de historias, en especial los de la Tabla Redonda; y viendo en ellos que Galaaz, por ser virgen, había llevado a cabo grandes y notables hechos, que otros no podían realizar, había pensado muchas veces en mantener su virginidad, con la ayuda de Dios. En Francia, Jean le Meingre, mariscal de Boucicaut, da continuas muestras de piedad.

Hay todavía en estas vidas de caballeros un eco de los primeros siglos medievales, cuando los santos eran los únicos seres cuyos hechos merecían ser relatados; pero años más tarde el cambio ha sido absoluto. La mujer ha pasado a ocupar el puesto de la divinidad. Y así, cuando el señor de Lalaing aconseja a su hijo Jacquet, hace derivar todas las virtudes del amor a mujer. El caballero ha subido de nivel;

pero su misión ha perdido trascendencia. Acaba por convertirse en un deportista, espectacular e inútil, que recorre países extraños, luchando en torneos y sufriendo penalidades por el amor de su dama. El caballero de la Baja Edad Media es al primitivo héroe de la canción de gesta lo que el gótico florido al románico. Es gracioso, delicado, convencional y decadente.

El *Victorial* ofrece un interés mayor que los libros franceses mencionados, considerados como modelos de biografías caballerescas. El protagonista es menos afectado. Sus empresas tienen un sentido, encajan dentro de las necesidades de Castilla, y nada hay en ellas de puramente espectacular. Por ello también su relato es más vario y movido.

Otra gran virtud tiene el *Victorial*. La de no incurrir en adulación insistente y deformadora, que es el gran peligro de las biografías hechas de encargo. La grandeza del personaje se desprende de la importancia misma de sus proezas; pero no hay en estas páginas la machaconería, el continuo llamar la atención sobre las virtudes del protagonista, que entorpece y desvirtúa las de la crónica, tan bella, de don Alvaro de Luna. Ni la admiración plebeya por el fausto y la ostentación que refleja la del condestable Miguel Lucas de Iranzo. Por otra parte, Pero Niño tiene en sus actos una mesura y una elegancia totalmente opuestas a la rudeza y desenfreno de don Alonso de Monroy, clavero de Alcántara.

Díez de Games ha sabido colocar a su héroe al par de los mitos sin hacerle perder calidades humanas. El caballero asciende por el solo esfuerzo de su

brazo a las mayores alturas, es hijo de sus obras. Y por ello es moderna la vida de don Pero Niño, como toda la biografía caballeresca, no obstante su perfil medieval.

(Prólogo a *El Victorial*, Crónica de don Pero Niño. México, Editorial Séneca, 1940.)

LA HISTORIA VERDADERA DE BERNAL
DIAZ DEL CASTILLO

LA *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* es uno de los libros más notables de la literatura universal. Testimonio de valor único, por su amplitud y precisión, sobre los hechos de la conquista, añade a su valor histórico la extraordinaria fuerza del relato, el vigor que irradian sus páginas, que nos acercan, como pocos autores han sabido hacerlo, a los hechos que narran.

Es una soberbia epopeya en prosa, un relato de empresas sobrehumanas, cuyo mérito máximo estriba en la sencillez misma con que su autor las cuenta. Pocas experiencias hay en la historia de la humanidad tan notables como la llegada de los españoles de Cortés a la capital azteca. Hasta entonces, hasta 1519, no se realiza el sueño de los descubridores. Ciudades inmensas, riquezas fabulosas, vastos imperios. Lo que le había sido negado a Colón y a sus acompañantes, ávidos buscadores de los tesoros de Oriente, que no ocultan su decepción ante la vida rudimentaria de los habitantes de las islas, se les otorga a Cortés y a sus hombres.

“No sé cómo lo cuente, ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aun soñadas, como veíamos”, escribe Bernal. Y sí sabe contarlos. Tiene el don único de saber narrar, de tener una memoria vital tan rica, que evoca sin esfuerzo recuerdos lejanos y les da animación insuperable con la pluma. Su obra es la base de casi todo lo que sabemos de la conquista. Elogiándole o

denigrándole, todos los autores que vinieron tras él han servido para elaborar sus propios relatos.

Las ediciones de la obra se han sucedido sin interrupción. Ha sido traducida, totalmente o en selecciones, al francés, inglés, alemán, húngaro, danés. . . Y ahora la ofrecemos de nuevo al público de habla española, aligerada y modernizada, para que el acercamiento sea más fácil, para que el goce sea más directo. Hemos retocado el texto lo indispensable para que Bernal nos hable como lo haría hoy si estuviera entre nosotros. Porque su libro tiene en alto grado el rasgo distintivo de las epopeyas primitivas, que se componían para ser recitadas, no para la lectura.

Son certeras las palabras del ilustre historiador mexicano Luis González Obregón, autor de un bello estudio sobre Bernal Díaz. "Abiertas las páginas de la *Historia Verdadera* —nos dice—, no se leen, se escuchan. Antójase que el autor está cerca de nosotros, que ha venido a relatarnos lo que vió y lo que hizo; y su mismo estilo burdo semeja al de un veterano, a quien perdonamos las incorrecciones de lenguaje para sólo oírle los sucesos llenos de interés en que ha sido testigo y actor".

El libro, como todas las grandes obras maestras, es tan rico de contenido y tan fértil en sugerencias, que sólo señalaremos aquí a grandes rasgos algunas de las características de él y de su autor, que esperamos sirvan para una mejor comprensión del texto.

Si en algún caso resulta arbitraria la distinción usual entre el autor y su obra, es en el caso de Bernal Díaz del Castillo. Autor y libro son inseparables.

La vida de Bernal es esencialmente lo que en el

libro se narra. Los datos que acerca de él poseemos se encuentran casi todos en su historia, con la excepción de algunos documentos sueltos, que nada modifican.

Nace Bernal Díaz hacia 1495 o 1496 en Medina del Campo, ciudad castellana, famosa por sus ferias. De familia modesta, escasa de recursos, se le ofrece en sus años mozos la gran aventura de aquella generación: el viaje a las Indias recién descubiertas.

Viene Bernal a tierras de América en 1514, con la expedición de Pedrarias Dávila. Toma parte en los viajes de descubrimiento de Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva. Luego sigue a Hernando Cortés en su conquista a la Nueva España.

No vale la pena trazar en detalle sus pasos. Nadie mejor que él es capaz de hacerlo. Por eso hemos de limitarnos a algunas observaciones sobre su carácter.

Bernal Díaz es hombre de condición humilde, cuya vida hubiera sido oscura de no presentársele la gran peripecia de la conquista de un mundo nuevo. Es la persona que se siente llamada a escribir por el volumen de los hechos en que ha participado. Todos hemos llevado un diario en nuestra juventud, cuando creíamos sinceramente que nuestra experiencia tenía valor único y excepcional, cuando descubríamos nuestro propio mundo. Raros son los diarios de ese tipo que, releídos más tarde, no van a parar al cesto de los papeles.

Pero Bernal ha tenido la rara oportunidad de descubrir un mundo auténtico y de sentirse con fuerzas para narrar la hazaña. Lo más extraordinario es que, siendo hombre de escasa cultura libresca, no tiene —afortunadamente— modelos literarios que

imitar y se hunde de lleno en el relato de los hechos en que ha tomado parte. Lo que constituye para nosotros el mayor encanto de su libro, es que sea totalmente incapaz de selección, de distinguir entre lo esencial y lo que no lo es, y así lo cuenta todo, absolutamente todo, dándonos en su historia esa riqueza de vida auténtica que nos hace asistir con él a la marcha del puñado de hombres que conquista las tierras mexicanas.

Bernal no escribe por el placer de escribir. Nada de eso. Se da bien cuenta de su falta de cultura, que incluso le preocupa demasiado, pues nada precisaba aprender hombre tan magníficamente dotado como él para la observación y la narración de los hechos. Tiene que vencer un esfuerzo, una repugnancia para tomar la pluma. ¿Por qué escribe su historia?

Bernal y los demás españoles que llevan a cabo la conquista pasan a América "por servir a Dios y a Su Majestad, y dar luz a los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente veníamos a buscar". Servir a Dios era aumentar la cristiandad y ayudar a la conversión de los infieles idólatras. Servir a Su Majestad era procurar que se acrecentaran sus dominios y se enriquecieran las arcas reales. Esta era una base firme como la roca, pues nunca habrán estado los sentimientos católicos y monárquicos tan arraigados como en las mentes españolas del siglo xvi.

Pero ¿y la obtención de las riquezas? Aquí sí que había libre campo para la iniciativa individual y para las pugnas de toda índole. La avidez de riquezas, que dió lugar a los episodios más deplorables de la conquista, a todo género de crueldades y malos tratos

con los naturales, esa avidez que hacía creer a un soldado que las paredes bien blanqueadas de un poblado indígena eran de plata, tiene un representante típico en Bernal.

Si en el ejército de Cortés hay divisiones, no deja de decirnos que las motiva la situación económica de los soldados. Quienes tenían en Cuba tierras, minas o indios, querían volverse. Quienes nada poseían, querían seguir adelante, para buscar la vida y su ventura. Se jugaban las vidas en un trágico juego de azar del que esperaban obtener de golpe la riqueza, para ellos y sus descendientes, la riqueza que les librara del trabajo, entonces considerado denigrante.

De aquí que ocupen tanto espacio, en el libro de Bernal, los pleitos sobre el reparto de indios y metales preciosos, que veamos a Cortés resolviendo las dificultades de gobierno a fuerza de sobornos —con los hombres de Pánfilo de Narváez, con Andrés de Tapia, con sus propios compañeros.

De aquí la manera que tiene Bernal de enjuiciar a los principales personajes del drama, según que fueran más o menos “francos”, más o menos dadivosos. Moctezuma le deslumbra por su esplendidez, y se aprovecha de ella para pedirle mantas y una india. La muerte de Cuauhtémoc le apena porque, en el terrible viaje a Las Hibueras, le había prestado indios que le buscaran hierba para su caballo. Los grotescos magistrados de la Primera Audiencia encuentran disculpa ante sus ojos porque eran muy buenos con los conquistadores, es decir, porque les daban indios en cantidad, para lo cual herraron a tantos por esclavos que el mismo Bernal confiesa que la tierra estuvo a punto de desplomarse.

¿Y Cortés? Según Bernal, no es generoso con sus compañeros. Siempre toma del botín la parte del león. Por eso Bernal tiene hacia él la actitud del criado viejo, que no podría vivir sin su señor, pero al que no pierde ocasión de censurar. Obsérvese en las páginas del libro la admiración que Bernal siente por su jefe, cómo habla de sus virtudes militares, su valor, su tenacidad, el ser siempre el primero en los trabajos y peligros; pero no se porta bien con sus compañeros. Quiere arrebatárles su parte de gloria y su parte de botín. Bernal mira de reojo a Cortés y a todos los que van a España en busca de mercedes, y siempre se considera postergado, aunque su situación no sea precaria, ni mucho menos.

El, que tanto había reprochado al grupo partidario de volverse a Cuba, una vez conquistado México no tiene más ambición que la de obtener buenas encomiendas, alardeando de formar parte de los conquistadores primitivos, y reniega cada vez que se le ordena participar en nuevas empresas, como ocurre cuando el viaje a las Hibueras.

En Bernal hay un enigma. ¿Por qué no consiguió ascender más en la jerarquía militar? El título de capitán se lo concede a sí mismo graciosamente, y por todo su relato vemos que no pasó de soldado de a pie, al que ocasionalmente se le dió el mando de grupos de soldados que no tenían misión mayor que la de buscar comida o encontrar un camino en la selva tropical.

¿Qué pasa con él? Sin duda tenía más cultura y más inteligencia que la mayoría de sus compañeros. Y si no fuera por su libro, nada sabríamos de su persona. ¡Qué diferencia, no ya de un Cortés, sino

de un Sandoval, un Alvarado, un Olid, un Andrés de Tapia y de tantos otros! Bien vemos por su relato, en especial en el caso de Sandoval, que partían de la nada, y que su encumbramiento era hijo de sus obras. ¿Habría en Bernal algo que le incapacitara para mandar y que no conociéramos? ¿Quiso alcanzar con la pluma el puesto destacado que no logró con la espada?

Su deseo de gloria y de inmortalidad iguala casi a su ansia de riquezas. No pierde ocasión de situarse en primer plano en su relato, en momentos en que no hay la menor duda de que miente. Véase lo que dice del desastre de la calzada, cuando los mexicanos arrojaban a los distintos reales las cabezas de los españoles muertos y Bernal hace figurar la suya entre las que los aztecas identifican. Cuando el licenciado Luis Ponce de León interroga a Cortés sobre su conducta, no se olvida de preguntar por Bernal Díaz.

Esta ambición de notoriedad de Bernal, este deseo de gloria y riquezas, este sentirse de continuo postergado e insatisfecho, es lo que mueve su pluma. Su libro es una desmesurada relación de méritos y servicios, un memorial de las batallas en que se ha hallado, según él le llama. Y para destacar su personalidad tiene que elevar de nivel la de todos sus compañeros. Cortés se nos aparece en sus páginas como la criatura de una camarilla, que le lleva y le trae y le hace tomar decisiones contra su voluntad.

Contra esta actitud ha de precaverse el lector que no esté versado en la historia de la conquista. La parte de Cortés en la empresa es muy superior a la que Bernal le reconoce. Su mayor mérito es el haber

bregado con la banda de aventureros que le seguía, de miras mucho más limitadas que las suyas, y haberlos conducido a la victoria; el querer superar siempre su propia marca, y, conquistado México, lanzarse a nuevas expediciones, como la de Las Hibueras y la de California; pero la gloria tiene su precio. Y hasta la energía de Cortés se derrumba después de la expedición a Honduras, en que presenta todos los síntomas de lo que hoy llamamos el *breakdown* nervioso —pérdida de peso, insomnio, angustia y, sobre todo, un miedo y una repugnancia terribles a volver a su ambiente habitual, a reingresar en su propia vida, su oposición desesperada a volver a la Nueva España.

Fuera de este momento de desánimo, la entereza de Cortés, su rango superior, su papel señero en la empresa, campean en las páginas de Bernal, a despecho de las censuras que le dirige. Sus compañeros eran hombres de excepción, si se quiere, pero lo eran gracias a él. ¡Qué triste espectáculo da el México conquistado cuando Cortés desaparece de la escena o cuando se le restan poderes desde España! ¡Qué inmenso es su ascendiente sobre sus compañeros y sobre los indios!

Sobre los indios de preferencia. Desde un principio Cortés sabe imponerse a ellos en la paz y en la guerra, con aquel instinto seguro que le hacía aceptar lo más extraordinario como cosa común y corriente. Utiliza las profecías existentes entre los indígenas: la llegada de Oriente de seres superiores que habían de subyugarlos. Extrema la justicia en sus tratos con ellos, hasta el punto de que a él acuden siempre, y que su gran prestigio es visto con desconfianza desde España y constituye uno de los motivos de su ruina.

Los indios no son para Bernal un objeto de curiosidad, como lo serían para un moderno. Son un objeto de salvación. Hay que sacarlos de la idolatría y los vicios en que viven sumidos, esclavos del demonio, para levantarlos al plano superior de la religión y la ética cristianas. Bernal, buen soldado, sabe apreciar la lealtad de los de Tlaxcala, el tesón magnífico de los defensores de Tenochtitlán. “No se ha hallado generación en muchos tiempos que tanto sufriese la hambre y sed y continuas guerras como ésta.”

No es la nota heroica la única que se oye en las páginas de Bernal. Sabe manejar la ironía y la burla con enorme soltura. Sus blancos predilectos son los soldados que pasan a la Nueva España después de Cortés y sus compañeros. Son cobardes e ineptos, no saben combatir con los indios. Modelo de ironía y de gracia es el relato de las expediciones de Rodrigo de Rangel.

Los méritos que podríamos llamar literarios —para entendernos de algún modo— no son los únicos del libro. Su valor histórico es muy grande. No se tiene hoy ya a Bernal por autor de veracidad indiscutible, pero sí mantiene su rango de hombre sincero y deseoso de decir la verdad. Además, su ingenuidad permite señalar muy bien cuándo deforma algún hecho.

Para él la historia es el testimonio de las acciones que se han visto y en las que uno ha participado. No los pájaros ni las nubes, dice, sino los soldados que han tomado parte en las batallas, son los llamados a relatarlas. El cuerpo de su historia está formado por su experiencia personal y tiene siempre cuidado escrupuloso en indicar de dónde ha tomado sus datos

cuando él no se encontró presente. Esto lo vi en una carta. Aquello me lo dijo un soldado. En esta precisión es muy superior a la mayoría de sus contemporáneos.

Bernal debió trabajar largo tiempo en su libro. Testimonios anteriores a 1557 nos indican que lo tenía empezado. En 1563 lo daba por concluído ya. En 1568 lo pone en limpio. En realidad, no lo concluyó nunca. No veía de un modo claro la manera de darle fin.

Una copia que había remitido a España antes de 1579 fué utilizada por un fraile mercedario, el P. Alonso Remón, para su edición de la *Verdadera Historia*, publicada en 1632 —Bernal ya había muerto en 1584, según los datos más recientes, sin ver impreso su libro.

La edición de Remón ha sido censurada con exceso. Salvo algunos añadidos, con los que quiso aumentar la gloria del P. Olmedo, mercedario que forma parte de la expedición de Cortés, el texto es perfectamente fiel, con leves retoques al borrador de Bernal, que hoy conocemos.

Este borrador, que se conserva en Santiago de Guatemala, donde Bernal murió, es el que ha servido de base para todas las ediciones recientes, hechas según la publicada por Genaro García en 1904.

Hemos tenido a la vista las dos ediciones —Remón y G. García—, junto con la preparada por nosotros en Madrid, que la guerra de España dejó sin concluir en 1936.

El texto que damos está modernizado en forma indispensable para que lo comprenda el lector de hoy. Puede decirse, sin exagerar mucho, que el texto pri-

mitivo de Bernal forma un solo párrafo. No sabía puntuar y escribe de un tirón. Nada hemos alterado en el texto, salvo la ortografía. Lo hemos aligerado un tanto, porque Bernal es muy redundante y se repite más de la cuenta. Esto ha hecho necesario alterar la numeración de los capítulos. Pero que esté tranquilo el lector. Tal como le ofrecemos la obra, forma un cuerpo coherente en el que nada se ha suprimido que sea esencial y sí bastantes cosas prolijas y enojosas.

Hemos puesto al pie de las páginas las notas que nos parecieron indispensables para una mejor comprensión del libro. Las más de las veces para explicar vocablos anticuados. No es tarea fácil anotar un texto. El lector encontrará que las notas abundan más al principio. Ello se debe, en parte, a que la materia mejor estudiada hasta hoy es la conquista propiamente dicha, hasta la caída de la capital azteca. Queda todavía mucho por hacer en el estudio de la historia de nuestro país.

(Prólogo a la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, por Bernal DÍAZ DEL CASTILLO. Edición modernizada. México, Nuevo Mundo, 1943.)

CRITICA DE LIBROS

HISTORIA DE LA HISTORIA ¹

MAS DE una persona se sorprenderá cuando vea el título del volumen aquí comentado, con el cual el Fondo de Cultura Económica inicia la publicación de una serie de obras históricas a las que dará cabida entre sus variadas actividades editoriales.

Historia de la historia. . . ¿De qué se tratará? El que esta pregunta sea posible indica hasta qué punto es original y necesario un libro como el del profesor Shotwell. Porque desde hace más de un siglo a esta parte todo se ha historiado, menos la historia misma. Al decir historia nos referimos a la historia-relato, a la historia escrita, pues no existen dos términos distintos para designar la historia como sucesión de hechos y el relato de los hechos mismos. Esta identidad de términos puede ser enojosa, pero es muy significativa, pues nos indica que la historia-relato ha de ser cosa esencialmente viva, como lo son los hechos de que trata.

El profesor Shotwell estudia en su libro la evolución de la historia como relato de hechos pasados desde sus más remotos orígenes hasta el fin de la Edad Antigua. Podía haber empleado para su trabajo el nombre de historiografía, que le resulta poco simpático, y que para el lector profano carecería también de

¹ James T. SHOTWELL, *Historia de la Historia en el Mundo Antiguo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1940.

suficiente claridad. Historiografía, pues, o historia de la historia. Nuestro lector temerá encontrarse en presencia de temas arduos y complicados que requieran la preparación de un especialista; pero está en un error.

La gran ventaja —una de las mayores— del libro del profesor Shotwell es que aborda un asunto muy complejo, que se presta a caer en la más seca erudición, y lo hace en forma tan sugestiva que su lectura puede apasionar a los más diversos lectores, desde el que tenga un interés superficial por los estudios históricos, hasta el que se dedique a ellos profesionalmente.

Sólo una preparación tan amplia como la del profesor Shotwell, y el no haber pasado la vida entera encerrado en un gabinete de trabajo, pueden dar origen a un libro que abarque tantos temas y que los maneje con tanta soltura. El autor se disculpa en el prólogo porque su obra ha sido escrita de un modo accidentado, durante viajes hechos por Europa después de la primera Guerra Mundial —Shotwell colaboró activamente con el presidente Wilson en el establecimiento de la Sociedad de Naciones. Pero esa misma pluralidad de sus actividades, ese tener presentes el autor los problemas de hoy, habiéndolos vivido, actualiza y da frescura a la visión del pasado en las páginas de su libro.

De aquí que no sea éste tan sólo una introducción al estudio de la historiografía en el mundo antiguo, sino también una introducción general al estudio de la historia. Son especialmente valiosos a este respecto los dos primeros capítulos, "Definición y objeto de la historia" y "La interpretación de la histo-

ria". En días como los nuestros, cuando un exceso de especialización hace que se pierdan de vista las grandes líneas de conjunto y que los problemas de fondo sean manejados por sintetizadores audaces, desprovistos muchas veces de preparación suficiente, es de gran provecho la lectura de estos capítulos, tan ricos en sugerencias, tan llenos de problemas planteados con sobriedad y mesura.

El conocimiento histórico como ciencia y como arte, las distintas interpretaciones de la historia, desde las más antiguas hasta las actuales, con otros temas afines que han hecho correr raudales de tinta, se examinan aquí en forma diáfana y equilibrada, rematando la exposición de Shotwell con una interpretación histórica de las distintas interpretaciones de la historia, en que la historia se presenta en función de la época que la produce. Es ésta una de las ideas más destacadas y fructíferas del libro de Shotwell, la de la historicidad de la historia, idea que habrá de robustecerse para barrer muchas telarañas que el optimismo científico de las últimas décadas ha acumulado sobre las concepciones históricas de otros tiempos. Sólo así, arrinconando la ingenua idea de que nuestra época representa una culminación, de que todo lo anterior a ella es tosco y precientífico, podrá estudiarse debidamente la evolución de la historiografía, como se estudia la evolución de la literatura, o de los conocimientos filosóficos, o de un arte cualquiera.

La posición del profesor Shotwell es agudamente fluctuante en este terreno. En numerosas ocasiones proclama con orgullo que un abismo separa los estudios históricos de nuestros días y los de épocas anteriores. Por eso precisamente tiene mayor mérito que

emprendiera un trabajo como el que nos ocupa; por eso vale más su esfuerzo para captar las que fueron ideas directrices de la concepción del pasado en épocas diversas y en culturas distintas; por eso tiene su libro un carácter de anticipación genial dentro de la aridez a que ha llegado hoy la problemática de los estudios históricos. Lo ejemplar de su libro es su dramático problematismo, su carácter abierto, su riqueza en puntos de vista nuevos y en nuevos temas de meditación.

Tras un breve y muy interesante análisis de los mitos y las leyendas como formas más primitivas de la historia, pasa Shotwell a bosquejar la evolución de los elementos necesarios para que se produzca la historia propiamente dicha: la escritura y el cómputo del tiempo. Quien haya tenido que estudiar estas cuestiones en los manuales al uso quedará gratamente sorprendido al ver la forma en que aquí se tratan temas que siempre han resultado tan áridos. El profesor Shotwell se ha interesado de manera especial por la cronología, pues, según indica acertadamente, mientras no se mide en alguna forma el tiempo, no existe verdadero conocimiento histórico.

Completada así la introducción al estudio de la historiografía, inicia su examen con la de los pueblos del Antiguo Oriente: Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, para rematar con el análisis de los escritos históricos del pueblo judío. Los capítulos dedicados al Antiguo Testamento como documento histórico son una prueba más de la magistral seguridad con que Shotwell sintetiza temas sumamente complejos. Bien conocida es la desesperante magnitud de la produc-

ción bibliográfica que se ha desarrollado en torno a la literatura bíblica, y por ello resulta aún más valiosa la síntesis aquí trazada.

Viene a continuación la historiografía de griegos y romanos. El profesor Shotwell sabe destacar bien el papel de la literatura épica como precursora de la historia propiamente dicha, y por ello analiza las obras de Homero y de Virgilio, que tuvieron valor de textos históricos para Grecia y Roma. Nos da una visión de conjunto del carácter de ambas civilizaciones, en las que se subraya cómo nace el espíritu crítico en las ciudades griegas del Asia Menor y, después de florecer en Atenas, deriva hacia finalidades de tipo práctico entre los romanos, quienes emplean la historia como auxiliar de la retórica y de la política.

Dentro de este marco, se dedican sendos capítulos a cada uno de los grandes historiadores de la Antigüedad clásica. La personalidad y las obras de Herodoto, Tucídides, Polibio, Salustio, Tácito, etc., son analizadas con suficiente amplitud para que el lector pueda darse idea de su significado. La profusión de citas y la indicación de los aspectos más salientes de las obras estudiadas hace de estos capítulos una guía utilísima para la detenida lectura de dichos historiadores, y un índice adecuado para el conocimiento de la historia en conjunto de la Antigüedad clásica.

Esta parte del libro es la que trata de temas más conocidos para el lector no especializado. Shotwell, como buen humanista, no disimula su admiración ante las producciones del espíritu griego, ante la obra de Tucídides, por ejemplo. Pero sabe tratar con igual comprensión una época más difícil y menos trillada,

la de los primeros siglos del cristianismo, la producción historiográfica de los Padres de la Iglesia, Orígenes, Eusebio, San Agustín, San Jerónimo. Describe con justeza la profunda revolución que fué precisa para desterrar todos los ideales de la Antigüedad clásica, para hacer derivar la historia universal de la de un pueblo oscuro, sin pasado brillante —el pueblo judío—, para poner todo conocimiento histórico al servicio de una concepción teológica del universo que había de ser, durante siglos, la única valedera en Occidente.

Tal es, muy a grandes rasgos, el cuadro de los temas abarcados por el profesor Shotwell en este volumen. Siendo tan variados, tan complejos, cada uno de ellos está tratado con una precisión monográfica que le concede al libro valor de permanencia. No tiene las audaces innovaciones de un Spengler, que levantan enorme polvareda y caen pronto en el olvido, ni adolece de las apresuradas generalizaciones de un Wells. Es obra reposada, producto de un trabajo muy sólido y de una comprensión muy amplia de los problemas que plantea la historia. Es punto de llegada, índice que alcanzan hoy los estudios históricos en Estados Unidos, y punto de partida también, pues ha de servir como pauta valiosa, como guía orientadora en los trabajos historiográficos, pero cultivados todavía en los países de lengua española.

(*El Noticiero Bibliográfico*, México, diciembre 1940.)

ALMIRANTE DEL MAR OCEANO ¹

EL PRIMER acierto de esta nueva biografía de Cristóbal Colón es su título. El nos indica con claridad el carácter del libro, cuyo objeto fundamental es el estudio de Colón como navegante.

Morison es un *scholar*, pero es también un marino, y ha recorrido en barcos de vela todas las rutas seguidas por el gran genovés, en expediciones subvencionadas por la universidad de Harvard. Este hecho le da una enorme seguridad de criterio para la resolución de muchos puntos debatidos en los viajes del descubridor de América y hace que su libro sea una sólida aportación a la literatura colombina.

El estudio de Morison no puede ser más completo. Lo inicia con unas breves nociones sobre la navegación a vela, que el autor cree indispensables para que sus lectores no se sientan desorientados. Aun con esto, la obra resulta algo dura de leer para los profanos en cuestiones náuticas, a los que de continuo dirige Morison sus pullas.

Se aprecia en el relato de los cuatro viajes de Colón la perfecta solidez a que ha llegado un hombre que ha sometido sus escritos a un análisis minuciosí-

¹ Samuel ELIOT MORISON, *Admiral of the Ocean Sea. A Life of Christopher Columbus*. Boston, 1942.

simo, y que los ha tenido en las manos en sus propias navegaciones, en circunstancias análogas a las del Almirante. De aquí que el valor principal de su libro sea para la historia de la geografía.

Hay en Morison un gran historiador, con fuerza y vida suficientes para manejar con soltura una sorprendente cantidad de material y darnos una vigorosa sensación de proximidad, de presencia en los hechos que narra. Lo mejor del libro está, sin duda, en el relato del primer viaje, en su acabada descripción de las carabelas, de sus condiciones marineras, de la vida a bordo en sus múltiples aspectos.

En repetidas ocasiones nos dice Morison que lo que principalmente le interesa es Colón como hombre de acción, lo que hizo y no lo que se propuso hacer, y que se alegra "de dejar su 'psicología', su 'motivación' y todo eso a otros". Morison tiene un sano buen sentido que le hace rechazar todas las fantasías e ingeniosidades que se han tejido en torno a la vida del descubridor. Su biografía, en conjunto, es totalmente conservadora y tradicional. No es Madariaga quien sale mejor librado de sus sensatas críticas.

Este buen sentido y esta sencillez espiritual de Morison debilitan, en cambio, su análisis psicológico del descubridor. En el capítulo que dedica al hombre Colón se limita a reproducir unas cuantas semblanzas de sus contemporáneos, estereotipadas y elogiosas. Su admiración casi incondicional por el Almirante hace que esté dispuesto a defenderlo siempre, incluso cuando sus propias observaciones no confirman las del genovés. Aquí está la parte más débil del libro.

Pero no nos dejemos llevar por nuestra afición a las biografías psicológicas. Bien claro nos dice Morison que su propósito es distinto. Y su propósito de estudiar a fondo la obra de Colón como navegante está plena, concienzudamente logrado.

(Revista de Historia de América. México, diciembre 1942.)

COMEDIA DE EQUIVOCACIONES¹

EL ÚLTIMO libro de Stefan Zweig, el gran escritor austríaco que acaba de morir, es una obra breve, llena de gracia y de frescura. No relata la vida de un hombre, sino la de un vocablo: América. A Zweig le divierte contemplar la cadena de errores que ha llevado al Nuevo Mundo a llamarse tal como se llama, y describe este proceso con su finura e ironía habituales.

Mal se imagina el lector corriente lo que tiene que agradecer que le ofrezcan un tema tan embrollado y árido bajo forma tan sugestiva. Es notable la soltura de Zweig para moverse entre un cúmulo de material que, en sus grandes líneas, utiliza con acierto. Podrían, tal vez, señalársele algunos errores. Pero ¿para qué? Cuando uno piensa en las innumerables obras sólidas y bien documentadas que son totalmente ilegibles, está dispuesto a perdonarle a Zweig, no ya los pequeños errores que comete, sino más en que pudiera haber incurrido, en gracia a la belleza de su estilo, a la vida que sabe infundir a los temas históricos.

Comienza Zweig por describirnos en breves rasgos la marcha ascendente de Europa desde las inmediaciones del año mil, con sus terrores y su embotamiento, con el recuerdo vago de un mundo que había sido más grande, más hermoso, más lleno de color, y

¹ Stefan ZWEIG, *Amerigo, A comedy of errors in history*. Nueva York, The Viking Press, 1942.

con la obsesión alucinante de un cataclismo, de un final inmediato. Pero el mundo no se acaba, a pesar de todas las predicciones. Hay que dar gracias a Dios por ello. Surgen las grandes catedrales. Y el deseo de rescatar el Santo Sepulcro. Se rescata, se pierde. Con las Cruzadas ha adquirido Europa una nueva visión del mundo. Los orientales, tan despreciados, hacen que los europeos se avergüencen de sí mismos. Aparece un ansia de crear, de conocer, de alcanzar de nuevo, y superar tal vez, los modelos de la Antigüedad clásica. Se fundan universidades. Cada vez es mayor la impaciencia ante la ignorancia y la estrechez del mundo habitado.

Pasan los años. Cuando va a concluir el siglo XIII, llega a Venecia Marco Polo con las noticias estupendas de sus largos viajes hasta los confines del mundo, confines orientales en que de nuevo se alza un océano. Ha estado en países remotísimos, de riquezas incalculables. Los incrédulos tienen que convencerse a la vista de las joyas y presentes que ha traído de su fantástica excursión. Estas noticias corren por todo el Occidente y lo sacuden hasta lo más hondo.

Un príncipe portugués, Enrique el Navegante, reúne en torno suyo astrónomos, cartógrafos, pilotos, y en la punta más avanzada de Europa, en el promontorio de Sagres, estudian con avidez la posibilidad de llegar a las islas de las Especies dando la vuelta al Africa. Durante el siglo XV son descubiertas Madeira, las Canarias, Cabo Verde, se cruza el Ecuador, hazña que se había considerado imposible, y, en 1486, Bartolomé Díaz dobla el cabo de Buena Esperanza. Ya no queda más que hacer rumbo a Oriente.

España no quiere quedarse atrás en la carrera de los descubrimientos. Los portugueses reciben pasmados la noticia de que un cierto Colón, navegando hacia el Oeste, en vez de dar la vuelta al Africa, ¡ha llegado a la India! Todos quieren participar en los descubrimientos. Inglaterra envía a Sebastián Cabot, que también encuentra tierra. El *mare tenebrosus* se encierra de continuo en nuevos límites. Vasco de Gama llega a la India después de doblar el cabo de Buena Esperanza. Cabral, que se desvía de su ruta hacia el Oeste, encuentra nuevas tierras más al sur que las halladas por Colón.

Al terminar el siglo xv, es tanto lo que se ha descubierto en sus últimos diez años que las gentes están confusas y desorientadas. No alcanzan los santos del calendario para bautizar todas las islas nuevas. Colón afirma haber visto un río que debe nacer en el Paraíso. ¿Es el globo terráqueo mayor o menor de lo que se creía?

Y he aquí que, en medio de este caos, en 1503, aparece impresa casi simultáneamente en París y Florencia una carta de un tal Albericus Vespucios o Vesputios, en la que informa a Lorenzo de Médicis de un viaje que ha realizado al servicio del rey de Portugal, llegando a tierras hasta entonces desconocidas. Relatos epistolares de este tipo eran por entonces muy comunes, pues las grandes casas comerciales mantenían agentes en Sevilla y Lisboa para que las tuvieran al tanto de los resultados de las expediciones. Las copias circulaban de mano en mano, y en ocasiones se imprimían, con el fin de satisfacer la avidez de noticias en una época falta de periódicos.

La carta de Vespucius tiene un enorme éxito, pues

su autor sabe escribir con amenidad y traza un cuadro idílico de las tierras que dice haber visto. Tierras en que las gentes no trabajan, de fertilidad increíble, de clima delicioso, cuyos habitantes viven en estado de perfecta inocencia, felices, desnudos, sin trabas morales de ninguna índole. "Si el Paraíso existe en algún lado, no puede estar muy lejos de aquí", afirma Vesputius. Esto bastaba de por sí para llamar la atención, pero hay otro elemento en la carta que aumenta mucho más su valor. Su título mismo: *Mundus Novus*.

Nuevo Mundo. Hasta entonces Europa había creído que las tierras nuevas formaban parte de Asia, y bien conocida es la insistencia con que Colón se aferró a esta idea. En cambio, el autor de esta breve carta afirma que se trata de un nuevo continente, situado al sur del Ecuador, con partes más pobladas de hombres y animales que Europa, Asia y Africa. Así, pues, con esto el mundo se agrandaba, en tanto que Colón había pretendido reducirlo de tamaño. Para Zweig, Vespucio tiene el mérito de haber dado sentido al descubrimiento de Colón. Su afirmación de que las tierras descubiertas son un mundo nuevo constituye "la primera Declaración de Independencia de América".

Todos aguardan con impaciencia que Vesputius cumpla su promesa, hecha en esta primera carta, de ampliar noticias de sus exploraciones y viajes. Pronto ven satisfecha su curiosidad. En Florencia aparece otra carta, algo más extensa, firmada por Américo Vespucci en Lisboa el año de 1504. En ella el autor da algunas noticias de su persona y de cuatro viajes que ha realizado en barcos españoles y portugueses

entre 1497 y 1504. Su contenido es análogo al de la carta de 1503.

Y comienza la larga carrera de errores que no es fácil resumir en forma más hábil que como lo hace Zweig. En 1507 un impresor de Vicenza publica una antología de relatos de viajes, en la que incluye el *Mundus Novus* de Vespucci, que titula ambiguamente *Mondo Novo e paesi nuovamente ritrovati da Alberico Vesputio fiorentino*. Este título hace pensar que las nuevas tierras no sólo han sido bautizadas por Vespuccio, sino que es él quien las ha descubierto. De aquí arranca la subida a la inmortalidad del florentino —“tal vez la ascensión más grotesca que jamás haya conocido la historia de la fama”— sin que el interesado tuviera la menor noticia de ello.

En un apartado rincón de Lorena, Saint-Dié, hay un círculo de humanistas protegido por el duque Renato II. Son allí conocidas las cartas de Vespuccio. El joven cosmógrafo Martín Waldseemüller cree, sin duda de buena fe, que su autor ha descubierto las nuevas tierras, y en su *Cosmographiae Introductio*, publicada en 1507, propone que se les dé el nombre del descubridor: “puesto que Américo la descubrió, puede llamarse desde ahora la tierra de Américo, o América”. Repite la sugestión en otras partes de su libro y escribe el nombre sobre el mapa que lo acompaña.

América —dice Zweig con amor— es un nombre magnífico. Es fuerte, pleno, claro para la memoria, apto para el grito de entusiasmo, adecuado para una tierra joven. El error de Waldseemüller hace fortuna con rapidez, y el nombre va abarcando más tierras, hasta que Mercator, el gran geógrafo, lo estampa

en 1538 sobre las dos partes del continente, reconocido ya como unidad geográfica. En treinta años Vespuccio se ha hecho inmortal sin él saberlo, episodio que no tiene paralelo en la historia de la fama.

Se engolfa luego Zweig con valentía en el relato de la tremenda controversia, que ha durado siglos, sobre el carácter de Vespuccio y de su obra. No hemos de seguirle con detalle, pues no nos proponemos aquí hacer innecesaria la lectura del libro, sino invitar a ella. Colón y Vespuccio fueron enfrentados como rivales cuando, de hecho, en vida habían sido amigos. Los vehementes ataques de los historiadores españoles —Las Casas, Herrera y otros— para quienes Vespuccio no era sino un miserable impostor que había querido robar a Colón la gloria del descubrimiento, encuentran la apasionada réplica de los compatriotas del florentino. Se exploran ávidamente los archivos, surgen nuevos documentos que complican la cuestión, hasta que, por fin, se hace la luz con la tesis del profesor Magnaghi, que Zweig acepta plenamente. Vespuccio no es del todo autor de las cartas que se le atribuyen. En ellas se utilizó su nombre, se aprovecharon materiales de cartas suyas —descubiertas con posterioridad— alterándolos según el capricho de los editores. Unica forma en que pueden explicarse las contradicciones de los escritos del florentino.

La ironía de esta comedia de equivocaciones alcanza su clímax. El hombre que apadrinó un continente, la cuarta parte del mundo, no es ni siquiera autor de las breves páginas que se le atribuyen. En último término —concluye Zweig— el nombre de

una persona oscura, como lo fué Vespuccio, es más adecuado para un país democrático que no el de un rey o un conquistador.

(Cuadernos Americanos, México, mayo-junio 1942.)

CRONICAS DE LA CONQUISTA ¹

¿CUAL NO sería la sorpresa de Genaro García, el hispanófobo autor del *Carácter de la conquista española en América y en México*, si levantara hoy la cabeza y ojeara el libro de Agustín Yáñez que motiva estas líneas? Aquellos asesinos feroces, aquellos fanáticos despiadados que escribieron los primeros relatos de la conquista, son reclamados audazmente por Yáñez para la mexicanidad.

A un lector español tal vez pueda chocarle esta tajante afirmación de Yáñez, sentada sin rodeos en las bellas páginas que preceden a su selección de crónicas de la conquista. ¡Los primeros cronistas de la Nueva España exponentes de mexicanidad! Tal vez le sorprenda; pero de seguro que no le desagrada. Es justo que al deseo sentido por aquellos hombres de incorporar estas tierras al ámbito de su cultura, dejándose penetrar por su encanto tan profundamente como lo hizo Hernán Cortés, responda un mexicano de hoy reclamándolos para la mexicanidad.

En el libro de Yáñez, en la introducción y en las notas que preceden a los trozos seleccionados —todo ello tan breve como preñado de contenido—, se refleja de lleno la comprensión amorosa que siente el autor por la obra de los conquistadores, y por quie-

¹ Agustín YÁÑEZ, *Crónicas de la Conquista de México*. México, Biblioteca del Estudiante Universitario, 1939.

nes la relataron. “Corre por estos documentos —nos dice Yáñez— un torbellino de pasión; los autores admiran y apenas creen sus propias hazañas; todavía están poseídos, alucinados, por la fiebre ávida que los impulsó en un país desconocido, misterioso y lleno de maravillas; a distancia de siglos comunican su exaltación de ánimo con viveza inmarcesible: oímos sus pasos y sus voces, reconstruimos sus gestos y ademanes, participamos de su asombro ante la magnificencia cultural y natural de las tierras que descubren y conquistan, hacemos nuestras sus zozobras, esperanzas y venturas; suenan los cascotes de los caballos, resuenan los golpes de las armaduras, y hasta el fuego del sol, la tenacidad de las lluvias, el ímpetu de los ríos, el aliento de las montañas, el rumor de vida en los pueblos y los pequeños ruidos en las noches de vela, cobran animación en estas páginas.”

Bien se nota en este bello párrafo que Yáñez no es el tipo de historiador especializado, despegado y frío que tanto abunda hoy. En él se reúnen condiciones que rara vez van juntas: es un humanista, no le son ajenas ni la filosofía ni la literatura. Y por ello consigue darnos en páginas tan cortas una visión mucho más cabal, mucho más densa de la que solemos encontrar en publicaciones de este tipo.

Se propone Yáñez presentar en su libro “una crónica de la conquista de México, formada con piezas de distintos cronistas, en secuencia rigurosamente cronológica, y escritas todas ellas por testigos y autores de los acontecimientos”. Se lo propone y lo consigue sorprendentemente bien, dada la forzada limitación de su volumen. Logra darnos así una lectura mucho más valiosa que cualquiera de las múl-

tiples refundiciones modernas —es agobiadora la serie de relatos de la conquista publicada en inglés— que, entrando a saco en los viejos cronistas, lo único que consiguen es deformarlos y hacerles perder vida.

Lástima que el criterio del seleccionador —justo en principio— de no dar cabida en sus páginas más que a “testigos y actores de los acontecimientos” haga quedar fuera de ellas a escritor tan notable como Francisco López de Gómara, el capellán de Hernán Cortés, que fué el primero en dar a la imprenta una historia de la conquista de México. En Gómara se produce el milagro de que, sin haber presenciado los hechos que relata, logra hacerlos vivir como si fuera un testigo presencial. De este milagro es autor Hernán Cortes mismo, que tan honda huella grabó en el espíritu de su capellán y cronista.

El volumen de Yáñez se cierra, como con un tremendo signo de interrogación, con la crónica maya de Chac-Xulub-Chen. Mucho queda por hacer en el campo de la historiografía mexicana. Una de las tareas más arduas será ésta de alumbrar el contenido de las crónicas indígenas, o basadas en testimonios indígenas, con una luz humana de afecto y comprensión como la que resplandece en las páginas de Yáñez dedicadas a los cronistas españoles. Este drama de la cultura indígena, aparentemente sepultada y pujando por sobrevivir, sólo podrá ser escrito por un mexicano que, como Agustín Yáñez, sienta latir el alma de su pueblo: “el drama del mestizaje —lo heterogéneo—, que quiere anular sus negaciones, encontrar su espíritu y centrarlo en el magnífico escenario de su naturaleza”.

HERNAN CORTES¹

EL AGRADO que experimentamos al leer la biografía de Cortés que acaba de publicar Salvador de Madariaga es el mismo que sentimos al escuchar de nuevo una vieja canción que nos sabemos de memoria. Concebida para el gran público, no encontramos en ella muchas novedades; pero el autor sabe sacar buen partido de las fuentes ya clásicas para elaborar un relato agradable de la vida del héroe extremeño.

Relato a veces lento, excesivamente prolijo en ocasiones, pues el autor se abandona al placer de narrar, aun cuando se trata de episodios secundarios en los que Cortés no toma parte, como la expedición Nicuesa-Hojeda, en la que con dificultad vemos por qué "merece algún estudio, aunque no fuera más que porque facilita la comprensión de no pocos aspectos de la conquista de México".

El tono del libro es digno, aunque adolece de un empleo demasiado frecuente de la ironía, que resulta un tanto fatigosa. Sin duda el autor quiere dar amenidad, soltura, a su narración, y ello le hace preferir las fuentes más ricas en detalles pintorescos, lo cual es un sistema peligroso. Por ejemplo, usa más de la cuenta a Cervantes de Salazar, llegando a reproducir alguno de los innumerables discursos que este cro-

¹ Salvador DE MADARIAGA, *Hernán Cortés, Conqueror of Mexico*, Nueva York, Macmillan 1941.

nista pone de continuo en boca de los personajes; y eso que el propio Madariaga nos dice que Cervantes de Salazar estaba "siempre dispuesto a mejorar con su elocuencia propia la de los personajes de su crónica". A mejorarla y a suplirla, y no sólo eran discursos los que inventaba.

Utiliza también Madariaga en gran escala a Bernal Díaz del Castillo, sin penetrar suficientemente en su carácter, pues aprecia en él un "toque de envidia, aunque tan sólo leve. . . Pero había otros en torno a Cortés que no llevaban su envidia con tanta ligereza y buen humor". Habría bastante que hablar sobre esto, pero lo dejaremos, teniendo en cuenta que en otro lugar Madariaga consigna que Bernal "nunca omite sombra alguna a su retrato de Cortés".

En líneas generales es acertado el empleo abundante de los cronistas contemporáneos de la conquista, reduciendo al mínimo el uso de los relatos posteriores —Alamán, Prescott, Orozco y Berra— que aparecen parcamente mencionados en las notas, cuando se trata de discutir algún punto dudoso.

La semblanza que nos da Madariaga de Cortés está caldeada por una admiración y un entusiasmo sin reservas. Cortés es el español más grande y más capaz de su siglo. Representante típico del Renacimiento, hombre de armas y hombre de letras, gran capitán, gran político, gran gobernante, Madariaga gusta de ver en él las características del dios Quetzalcóatl, con quien hubieron de identificarle los indígenas: águila y serpiente. "Aunque era capaz de caer sobre su presa como un águila, prefería enroscarse en torno de ella como una serpiente." De continuo subraya su extraordinario don de gentes, la capacidad

que tenía para hacer que sus decisiones, tomadas en la soledad del mando, parecieran surgir de sus compañeros. "Con Cortés sentimos desde el primer momento un continuo intercambio de influencias que circula del jefe a su gente y de su gente al jefe, de modo que ya la armada empieza a ser una ciudad."

Elemento básico en el carácter de Cortés es su profunda fe religiosa, una fe ingenua y sencilla, "único rasgo ingenuo y sencillo en aquel carácter tan redomado". Cortés, hombre cauto, previsor, habilísimo, puede echarlo todo a perder cuando la fe religiosa se pone por medio. Su impulso religioso "era el único bastante fuerte para salir a luz, rompiendo por la armadura de acero de su dominio de sí, para oscurecer su visión, siempre clara, de las realidades inmediatas o lejanas". Madariaga ve como culminantes en la vida del conquistador dos momentos en que éste afirma su fe: aquel en que se abalanza sobre el dios de la guerra en el gran templo y aquel otro en que se humilla ante los primeros religiosos franciscanos llegados a México, "un acto en que el conquistador, hombre de fuerza, ponía su fuerza a los pies del espíritu".

La fe de Cortés era "la fuente de su fuerza y la causa de su debilidad". El conquistador iba a enfrentarse en su empresa con otro hombre de fe tan arraigada como la suya, con Moctezuma, en cuya conducta ante los españoles juega papel decisivo su profunda religiosidad. "Ocurría que la fe religiosa era también la pasión dominante de Moctezuma, por donde surge un curioso paralelo entre los diseños mentales del conquistador y del conquistado, ya que

también en Moctezuma vemos cómo el celo religioso viene a veces a trastornar la lógica y armonía de su actitud."

Para Madariaga el conflicto entre los dos mundos, el español y el indígena, viene a cifrarse en esta oposición entre dos fes distintas, de las cuales la más fuerte es la española, que por eso vence. La conducta aparentemente ambigua de Moctezuma se explica por haber creído el soberano en un principio que todas sus calamidades estaban ordenadas por los dioses, y porque más tarde la fábrica psicológica que había elaborado en su imaginación se vino abajo al ver que el propio Cortés era quien atacaba a los ídolos. Moctezuma no fué ni un rey desdichado y débil, ni tampoco un traidor: "era el sacerdote supremo de una religión mágica, haciendo frente a los acontecimientos con una táctica empírica, de común acuerdo con sus colegas al servicio de los dioses".

Madariaga ve bien la inevitabilidad del conflicto, y observa en repetidas ocasiones que Cortés "tenía la aversión instintiva de todo hombre superior a hacer más daño que el estricto indispensable en cada caso". Pero todas sus simpatías están del lado de los españoles, y siempre encuentra justificación para los actos de crueldad de Cortés: cuando manda cortar las manos a los presuntos espías de Tlaxcala, en Cholula, con ocasión del suplicio y muerte de Cuauhtémoc. Llega al extremo de que también justifica la matanza ordenada por Alvarado en ausencia de Cortés. "Es evidente que no sólo hay que excusar a Alvarado de haber *imaginado* que había una conspiración, sino que hay que elogiarle de haber *pensado* que la había y que el peligro era urgente".

Es Madariaga plenamente sincero y consecuente en su parcialidad. No siente simpatía por los aztecas, si bien admira su heroísmo, simbolizado en el de Cuauhtémoc, a quien elogia. "En Guatemocín habían hallado los mexicanos un adalid, no sólo de indomable espíritu, sino también de viva inteligencia militar, en suma, digno de erguirse en la historia frente a su rival español."

Aunque Madariaga no lo desarrolle, tal vez, suficientemente, sabe darse bien cuenta del aspecto más valioso de Cortés, el conquistador conquistado. Así nos dice, después de narrar la destrucción y la toma de la capital azteca: "Cortés no era hombre para gozar de un triunfo comprado a tal precio. En la noche de su segunda conquista de México debió soñar con añoranza en aquella su primera conquista, en que bañado en el esplendor de oro y plumería que rodeaba a Moctezuma, y entre nubes de incienso de copal, había encarnado al dios de la Serpiente Alada."

Aquí reside el mayor mérito de Cortés, en la añoranza de la primera marcha sobre México, en su sueño de la anexión pacífica de los dominios de Moctezuma a los de Carlos V. Y en toda la labor de descubridor, poblador y gobernante que llevó a cabo después de sometida Tenochtitlán. "Aunque Cortés no tuviese tan señalado puesto en la historia como conquistador de México, lo tendría como el hombre que organizó la exploración sistemática y científica de la costa del Pacífico desde Panamá hasta California."

Es lástima grande que Madariaga haya creído oportuno rematar su libro con unas que podríamos llamar "consideraciones inactuales o intempestivas"

sobre la actitud de los mexicanos frente a Cortés. Vuelve con ello a escarbar en viejas heridas que hoy van camino de cicatrizarse. Adopta una actitud tan vehemente, tan apasionada, como la que él censura. Mucho ganaría el libro si no terminara como termina, si desaparecieran de él algunas frases en cuyo contenido preferimos no insistir, pues sería volver a encender una vieja polémica penosa, estéril por inactual. Las cosas han cambiado en México con más rapidez de lo que piensa Madariaga, y sólo se precisa de algún tiempo para que maduren concepciones más justas sobre Hernán Cortés, que hoy están en el ánimo de muchos mexicanos.

(Filosofía y Letras, México, abril-junio 1942.)

LA CRONICA OFICIAL DE INDIAS ¹

LA IDEA que tiene el profesor Carbia de la crónica oficial en Castilla, y de su derivada, la de Indias, podríamos resumirla con las palabras de Luis Cabrera de Córdoba, historiador del reinado de Felipe II: "El fin de la historia no es escribir las cosas para que no se olviden sino para que enseñen a vivir con la experiencia. El fin de la historia es la utilidad pública." En efecto, todo el tono del libro de Carbia es adecuado a los días piadosos y contrarreformistas de Felipe III, en que escribió Cabrera. Carbia no encuentra en nuestras crónicas la menor curiosidad por el conocimiento del pasado como tal, ni siquiera el deseo de presentar altas calidades humanas, envidiables y dignas de imitación: "Adviértese en ellas siempre —nos dice— algo de un hálito espiritual que me animo a calificar de ascético..." "La crónica oficial tuvo, en lo que constituye su esencia, algo de lo que es básico en el ascetismo cristiano: la sincera introspección que analiza, con austeridad objetiva, el fondo mismo de nuestra ánima."

Prodiga el profesor Carbia las palabras "mística" y "ascética" al hablar de nuestras crónicas. Y si bien es verdad que en los párrafos citados la fuerza de sus afirmaciones se amortigua con unos "algunos" un tanto

¹ Rómulo D. CARBIA, *La Crónica oficial de las Indias Occidentales*. La Plata, 1934.

grises, también lo es que, por lo general, sus aseveraciones son contundentes. Llega a decirnos que la invocación "que se descubre en muchos comienzos de tales obras, corresponde a cuanto en la terminología del ascetismo místico se llama ponerse en presencia de Dios". Y establece relaciones con la *Imitación de Cristo* y los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio. Creemos, sinceramente, que esto es ir demasiado lejos.

El profesor Carbia, fiel a su estrecha interpretación de los fines de nuestras crónicas medievales, tiene forzosamente que prescindir en su estudio de numerosos autores, por él llamados oficiosos o semi-oficiales, cuyas obras no tienen carácter sacerdotal y austero, "nacionalista y épico".

Cuestión delicada es siempre la de los orígenes. La crónica oficial —dice Carbia— arranca de los días de Fernando III y de su madre doña Berenguela. Nada tiene que ver con los cronicones. Hay que saltar a los remotos días de la literatura bíblica para encontrar un antecedente de las crónicas castellanas, ya que "sólo entre los semitas se conocieron y se realizaron esas relaciones del pretérito, destinadas a una finalidad francamente religiosa".

Por lo visto, nuestro primer historiógrafo, el canciller Pero López de Ayala, ignoraba la trascendencia de los cambios ocurridos en la manera de enfocar la historia, cuando nos dice en el proemio de sus crónicas: "La memoria de omes es muy flaca, e non se puede acordar de todas las cosas que en el tiempo pasado acaescieron." Así, en Castilla, "de todos [los reyes] fincó remembranza por escritura de todos los sus fechos grandes, e conquistas que ficiéron los sobredichos reyes godos, e de los que después qu'el rey

don Pelayo regnó, fasta el dicho rey don Alfonso, que venció la batalla de Tarifa, regnaron. E por ende, de aquí adelante, yo, Pero Lopes de Alaya, con el ayuda de Dios, lo entiendo continuar así lo más verdaderamente que pudiere. . . ”

Hasta aquí la introducción, parte la más espinosa y discutible de la obra del profesor Carbia. Trata luego de la crónica oficial de Indias, nacida del deseo que manifestaron los monarcas españoles de saber todo lo ocurrido en las nuevas posesiones de la corona, sobre las que tanto se había fantaseado dentro y fuera de España. Detalla minuciosamente las vicisitudes por las que pasa el cargo de cronista mayor, incorporado al Consejo de Indias en tiempos de Felipe II, hasta que se nombra a Antonio de Herrera para desempeñarlo. “La crónica mayor estuvo lejos de contar con una historia feliz, desde el punto de vista de su realización práctica.” El único que termina su obra, según parece, es Herrera. Los demás mueren, como el erudito de Anatole France, bajo el peso de los materiales acumulados. . . si es que llegaron a acumularlos. En el siglo XVIII, conferido el encargo de escribir la crónica de Indias a la Academia de la Historia, hubo que recurrir a don Juan Bautista Muñoz, dada la incapacidad de la docta corporación para llevar a buen fin la empresa. El profesor Carbia analiza con toda precisión la escasa labor realizada por la Academia hasta que la pérdida de nuestros dominios la relevó del, para ella, tan oneroso cargo de cronista de Indias.

En toda la obra que nos ocupa es sólida la documentación. Tal vez un poco excesiva y redundante en ocasiones. Lástima que la idea directriz del libro

sea tan forzadamente unilateral. Frente a la interpretación de la historia que da el profesor Carbia cabrá recordar siempre las palabras de Fox Morcillo en su *De Historiae institutione*: "Historiae instituendae, mihi originem eius intuenti, haec causa fuisse videtur, quod appetitu honoris et immortalitatis (qui est omnibus a natura insitus) homines principio cognosci non modo sua, sed etiam maiorum suorum aut eorum quos in honore summo habuissent, voluere." La historia como exaltación de valores vitales, en un ansia de inmortalidad *terrena*.

(*Tierra Firme*, Madrid, 1935, nº 2.)

INSTITUCIONES INDIANAS ¹

EN ESTE LIBRO del Prof. Ots se reúnen los trabajos que sirvieron de base para un cursillo sobre "Instituciones sociales de la América española durante el período colonial", explicado en la Universidad Nacional de la Plata.

Comienza la obra con el estudio de lo legislado sobre las condiciones de trabajo del indio. La visión que así se obtiene es forzosamente unilateral ya que, a través de las páginas de la *Recopilación de Leyes de Indias*, de 1680, la condición del indio resulta muy superior a la de los trabajadores europeos de aquella época. Tan benignas son las leyes que, en algunos casos, resulta imposible su aplicación. Ello se debe, como observa Ots, a que el legislador español partía de un supuesto falso al considerar generosamente a todos los indios como vasallos libres de Castilla, lo cual "produjo un profundo divorcio entre el derecho y el hecho".

Traza luego el Prof. Ots a grandes rasgos el panorama de las clases sociales en la América colonial hispana, y hace finas observaciones sobre la nueva nobleza allí creada, merced a los grandes privilegios concedidos en las capitulaciones, precisamente cuando en Europa domina un espíritu contrario a toda con-

¹ José María Ots, *Instituciones sociales de la América española en el período colonial*. La Plata, 1934.

cesión de privilegios nobiliarios, territoriales o personales.

Al hablar de los criollos destaca debidamente la defensa que de ellos hizo nuestro Solórzano en su *Política Indiana*. Los criollos, equiparados jurídicamente a los españoles, sufrían al verse postergados de continuo. Ya el dominico inglés Thomas Gage, que recorrió hacia 1630 parte de nuestros dominios americanos, observa repetidas veces que con los criollos podría contarse siempre para expulsar a los españoles. Solórzano supo apreciar sagazmente el mal y proponer la manera de remediarlo. Según él, a igualdad de méritos, debía preferirse en el desempeño de los cargos a los nacidos en las Indias, por el "mayor amor que tendrán a la tierra y patria donde nacieron". Por desgracia, no se atendieron sus indicaciones, y el odio de los criollos postergados atizó más tarde las guerras de la Independencia americana.

A partir del capítulo tercero el libro deriva por cauces jurídicos más estrechos. En ellos es seguramente donde están las aportaciones más valiosas del Prof. Ots y donde se analizan más minuciosamente los problemas suscitados por la condición del indio, su libertad o esclavitud, y los de la encomienda. Breve y clara es la exposición de aquellas enconadísimas polémicas que dieron origen a una legislación pasmosa por su prolijidad.

Es sumamente cauto el autor al tratar del espinoso punto del cumplimiento de lo legislado y de la llamada leyenda negra. No poseemos datos suficientes, nos dice. Y cabe añadir que en esta cuestión los datos mismos la enturbian y la deformarán siempre en un sentido o en otro. ¿Logrará la crítica de nuestros

días desentrañar la inmensa serie de anatemas y apologías forzadas que han ido acumulándose en el transcurso de siglos?

En el capítulo dedicado al derecho de familia resaltan pintorescamente, en medio del cúmulo de disposiciones relativas a impedimentos matrimoniales, matrimonios forzosos, etc., las complicaciones que originaba el reducir a los indios a la monogamia, pues casi nunca recordaban cuál de sus mujeres era la primera, es decir, la legítima.

Por último, cuando se ocupa Ots de la mujer en las Indias, destaca más atrevidamente que en el resto del libro el trágico desacuerdo existente entre lo legislado y la realidad. Las indias, que no podían de ningún modo ser sometidas a esclavitud, según las leyes, eran forzadas a trabajar en las minas, compradas y vendidas, sometidas a frecuentes abusos, que las autoridades trataban continuamente de evitar. Contrastan con esto las noticias sobre el desempeño de cargo por las mujeres españolas, demostrativas de la existencia de un criterio tolerante y moderno por parte de los colonizadores.

Como vemos, aborda este libro una serie de problemas de alto interés para los estudiosos de la historia de América. Aunque por la índole de la obra no se ocupa más que del aspecto legislativo de la colonización americana, tiene la gran ventaja de ofrecer reunidos materiales hasta aquí muy dispersos, y de dar una clara visión de nuestras leyes de Indias, tan frecuentemente citadas y tan poco conocidas en sus detalles.

COMERCIO DE INDIAS¹

LA LECTURA del macizo volumen del Prof. Haring, publicado en versión española en las Ediciones del Fondo de Cultura Económica, nos deja un sabor amargo. Parece como si, al recorrer sus páginas, nos moviéramos a través de salones destartalados y vacíos, con una angustia fuerte, con la sensación de presenciar en uno de sus más esenciales aspectos el derrumbamiento de la enorme máquina estatal de los Habsburgos. Y la angustia es todavía mayor porque el autor del libro acumula, fiel a su objetivismo, hechos y más hechos, con comentarios escasos o nulos, lo cual da a su relato un aire fatídico, de implacable catástrofe.

La obra del Prof. Haring se divide en dos grandes partes, de acuerdo con su título, referente la primera al comercio y la segunda a la navegación entre España y las Indias. Las precede un breve prólogo y una excelente bibliografía comentada, no sólo indispensable al historiador de la economía, sino muy útil para todo estudioso de la historia de América en los siglos XVI y XVII.

En la parte primera se expone el desarrollo y funcionamiento de la complicada organización burocrá-

¹ Clarence H. HARING, *Comercio y Navegación entre España y las Indias en la época de los Habsburgos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1939.

tica a que dió origen el comercio de Indias. El español de hoy siente alegría al iniciar esta lectura, cuando ve cómo la Casa de Contratación de Sevilla —dejadas a un lado sus funciones comerciales y jurídicas— es un centro de estudios náuticos y geográficos de primera importancia, del que salen trabajos rápidamente vertidos a otros idiomas, que sirven de texto en instituciones extranjeras de análoga índole; cuando ve que hay un criterio amplio de colaboración científica, que son llamados hombres eminentes de otras naciones a participar en los trabajos de la Casa de Contratación.

Pero ¿qué dura esta alegría? La visión del ímpetu en el estudio, del entusiasmo por la sistematización de los resultados de los nuevos descubrimientos, no puede ser más fugaz. Ya en el tercer capítulo, "Organización *vs.* eficacia" nos encontramos con que el hieratismo y el anquilosamiento de la España de los últimos Austrias pesan sobre toda la organización del comercio de Indias y sobre sus instituciones. No es lo grave que el país estuviera arruinado, sino el que sus gobernantes no supieran dar con los expedientes necesarios para sacarlo de la ruina, y que contribuyeran con sus medidas desacertadas a hacerla por momentos más total e irremediable.

Esta terrible paralización progresiva de los resortes de la vida española es la nota que con más insistencia resuena a través de las páginas del libro de Haring. Todo lo que en los comienzos del xvi es audacia, ímpetu, originalidad, se convierte a poco en pesadez, rutina, vacío. Los empleos de la Casa de Contratación se compran y se venden, se otorgan al mejor postor por grande que sea su incompetencia. Aumenta así desmedidamente el número de empleados, entor-

peciendo el despacho de los asuntos. Y frente a la tendencia monopolista a ultranza, a la actitud de recelo de la corona, cuyo único recurso de salvación es la feliz llegada de las flotas con sus cargamentos de metales preciosos, el fraude y el engaño y el soborno por todos lados, puestos en práctica por los españoles y por quienes no lo son, en aquella monstruosa e inteligente labor de despojo que fué, durante tantos años, la explotación de las Indias.

Las empresas más descomunales parecían hacerlas a los españoles de la época de Carlos V. Y poco más tarde eran incapaces de resolver el menor problema. Este cambio tan brusco puede apreciarse en toda su violencia en el capítulo dedicado al istmo de Panamá y a los intentos de construcción del canal. En tanto que Gómara había exclamado triunfalmente: "Sierras son, pero manos hay. Dadme quién lo quiera hacer, que hacerse puede", Felipe II ordena, bajo pena de muerte, que no se hable más de la construcción del canal, y el jesuíta Acosta sugiere que acarrearía castigo seguro corregir las obras de la Providencia estableciendo comunicación entre los dos océanos.

Igualmente instructivos y desoladores son los capítulos de la segunda parte, en que Haring estudia el sistema de convoyes, la composición de las flotas, la lucha contra los corsarios, toda la minuciosísima legislación referente a las naos y a los navegantes de Indias. Siempre existe el mismo contraste entre una codificación excesivamente rígida y su total incumplimiento. Los barcos se abarrotan indebidamente y, llegado el caso, no pueden disparar sus cañones. Los marineros, reclutados entre gente indeseable, son de una incompetencia asombrosa, y los naufragios me-

nudean terriblemente. Se hacen en Sevilla esfuerzos para mejorar su preparación, pero resultan estériles por la sistemática desconfianza de la corona, que llega a prohibir la publicación de obras como *Itinerario de Navegación* de Juan Escalante de Mendoza, porque en ellas se encontraban noticias que podían ser aprovechadas por los marinos extranjeros enemigos de España.

Libro de triste lectura el de Haring para los españoles; pero fundamental, no ya para el especialista, sino para todo lector de la hora presente. A través de su análisis minucioso e impasible se ven bien a las claras los tristes resultados de una autocracia intransigente y de un burocratismo rígido y podrido, que no admitía críticas ni reformas de ninguna índole, que sólo admitía el fraude y la conculcación. Experiencia funesta que quieren repetir, sin tener ni siquiera su grandeza, los flamantes neoimperialistas de la España de hoy.

(España Peregrina. México, abril 1940.)

UN ESTUDIO SOBRE EL P. ACOSTA¹

No ES, SIN duda, ésta la primera vez que se dice que los estudios históricos parecen haber penetrado en un callejón sin salida debido al empleo desenfrenado y exclusivo del método positivista con su simple rebusca de documentos, sus "aportaciones" y "contribuciones al estudio de. . ." No es la primera vez que se dice, pero hay que insistir mucho sobre ello. Pues, por el camino que vamos, los historiadores corren peligro de ser reemplazados por las máquinas para la reproducción fotostática de documentos, sin que nadie se dé cuenta de la sustitución.

Precisa, por tanto, alzar la voz, y decir que todas las aportaciones y contribuciones son muy meritorias, pero que ya va siendo tiempo de perder el miedo, y de hacer estudios y no contribuciones, de que utilicemos nuestra capacidad de selección y de interpretación en esa enorme masa de materiales que se va acumulando, y que corre peligro de ser cada vez más difícil de abarcar, dada su inmensidad.

De aquí que resulte excepcionalmente interesante el estudio que motiva estas líneas. El ansia de soltar amarras que van sintiendo ya muchos historiadores jóvenes, con pleno conocimiento del riesgo que

¹ Edmundo O'GORMAN, *Estudio preliminar de la Historia Natural y Moral de las Indias, del P. José de Acosta*. México, Fondo de Cultura Económica, 1940.

ello implica, sabedores de la enorme delicadeza de la tarea que tienen ante sí, fluye a lo largo de las páginas del apretado estudio que Edmundo O'Gorman acaba de dedicar a la *Historia Natural y Moral de las Indias*, del P. José de Acosta, estudio que sirve de prólogo a la edición del libro publicada por el Fondo de Cultura Económica.

En el estudio de O'Gorman apreciamos desde la primera línea hasta la última una reflexión tensa, una actitud alerta, decidida, de buen cazador de ideas, que contrasta abiertamente con la modorra de pescadores de caña en que están sumidos los historiadores positivistas, a quienes sólo muy de tarde en tarde sacude de su sopor el tirón del pez en el anzuelo —el suspirado documento inédito.

Edmundo O'Gorman escribe su prólogo. Y su capacidad de reflexión empieza a funcionar. ¿Para qué se escribe un prólogo? ¿Cómo es que a una misma obra se le anteponen prólogos diversos, a veces muy diferentes en su contenido? La respuesta es clara. “El prólogo tiene una función de actualizar la obra, es decir, y en definitiva, de ofrecer al lector un punto de vista adecuado desde el cual puede situarse para considerar la obra en cuestión”.

He aquí una primera novedad. O'Gorman no se propone superar ni anular estudios anteriores, no pretende hacer labor exhaustiva, sino, simplemente, ofrecer al lector un punto de vista para que se sitúe en él y contemple la obra del P. Acosta.

“Estas páginas representan el resultado de una cuidadosa lectura personal del libro de Acosta, en buena parte, de *entre líneas*. Ciertamente aspiran a tener validez para otros, pero no por eso tienen pre-

tensión de imponer cosa alguna, y únicamente ofrecen un repertorio de ideas y puntos de vista". Aquí O'Gorman no sólo nos dice cuál es su propósito, sino también cuál es su manera de realizarlo. Cuidadosa lectura personal, lectura de entre líneas. Es decir, que en lugar de adoptar la actitud desconfiada y recelona de los positivistas, que leen siempre los libros con la atención puesta en otro lado, desintegrándolos, rompiéndolos, temiendo a cada paso que lo que el autor dice no lo dice el autor, sino que lo toma de otra parte, O'Gorman interroga hábilmente al texto de Acosta para conseguir que le entregue su verdad, el sistema de ideas y los conocimientos que en él existen, que podrán relacionarse —¡quién lo duda!— con los de otros autores, pero sin perder nunca de vista que el interés primordial no estriba en esas referencias, sino en la captación de la unidad viva y coherente, de la totalidad de la obra examinada.

De aquí que O'Gorman despache en breves líneas, y de pasada, el estudio de las fuentes de Acosta, que para los historiadores del siglo anterior era de importancia vital, haciéndoles llegar a la conclusión de que la obra del jesuíta carecía en absoluto de valor. O'Gorman se plantea con toda claridad y precisión a qué se debe esta actitud equivocada. Se debe a lo que él llama "el prurito de la originalidad de la información". Al punto de vista —porque también eso es un punto de vista, aunque sus partidarios no quieran reconocerlo— según el cual las obras históricas son simples minas o canteras, a las que exclusivamente se acude en busca de materiales. Con esta concepción simplista e insuficiente se llega, en el caso

de la obra de Acosta —y en otros muchos— “a negar la obra con una total incomprensión de sus valores esenciales”.

La actitud de los nuevos historiadores es menos orgullosa pero infinitamente más comprensiva. Admite previamente su limitación. Postula un tipo de conocimiento histórico más próximo del filosófico que del puramente científico —en el sentido en que hoy se considera corrientemente éste último—, basándose de preferencia en el esfuerzo reflexivo sobre datos ya conocidos, y no en la simple acumulación de datos nuevos. La interpretación, la selección, vuelven a ocupar el rango que les había hecho perder “el concepto mecánico de la historia, que responde a un ingenuo, pero gigantesco, afán de encerrar y aprehender definitivamente lo ilimitado e inaprehensible”.

Algún lector podría pensar, por lo que vamos diciendo, que el estudio de O’Gorman es, en vez de una monografía sobre la *Historia* del P. Acosta, una diatriba contra el sistema positivista en las ciencias históricas. No hay nada de eso. Lo que ocurre es que O’Gorman destaca con precisión y valentía su actitud, y ello le lleva a hacer afirmaciones como las subrayadas, las cuales constituyen uno de los aspectos más interesantes de su trabajo, pues señalan una posición susceptible de ser aplicada con fruto —por el mismo O’Gorman y por otros historiadores que piensen como él— al enfoque de múltiples problemas.

Pero el estudio mismo de la obra de Acosta no desmerece nada en interés de las cuestiones que acabamos de señalar. Partiendo del análisis del título del libro, O’Gorman va mostrando cuál es el sistema de ideas del jesuita, las influencias que sobre él ejer-

cen Aristóteles, la Biblia, y, sobre todo, la observación y experiencia personales. Tema este último de gran interés, y en el que hubiera sido de desear que O'Gorman, además de relacionar las ideas de Acosta con las de Gómez Pereira, el famoso autor de la *Antoniana Margarita*, hubiera buscado sus antecedentes en otros cronistas de Indias —Fernández de Oviedo, López de Gómara, etc.— en quienes aparece muy destacada esta actitud de confianza en la observación y experiencia propias, frente a las opiniones de los autores considerados como “autoridades”.

No pretendemos aquí en modo alguno hacer un resumen del estudio de O'Gorman, de suyo ya muy apretado. Señalaremos tan sólo que aborda, sin salirse del análisis del libro del jesuita, temas esenciales para la historia de la cultura, como lo es el concepto de la historia en Acosta. Es un concepto penetrado de pragmatismo ético. La historia se escribe para que el lector enriquezca su propia experiencia con las experiencias ajenas. Como observa muy agudamente O'Gorman, el P. Acosta tiene un concepto ahistórico de la historia, que choca con el nuestro, pues acepta que “son las cosas humanas entre sí muy semejantes”, mientras hoy vemos y aceptamos “que son las cosas humanas entre sí muy diferentes”.

El estudio de O'Gorman no tolera el resumen. En cambio puede servir de base para amplios comentarios y discusiones. Nadie mejor que O'Gorman, subdirector del Archivo General de la Nación, sabe lo que puede dar de sí la rebusca paciente y la publicación de documentos. Por eso mismo tiene más mérito que renuncie a mantenerse en una actitud la más cómoda en último término, y aborde estudios

como el que nos ocupa, que entrañan el riesgo de toda aventura intelectual y señalan una orientación a seguir. Nada más grato que ver así representadas, entre los jóvenes historiadores mexicanos, tendencias recientes en el mundo de la cultura. Y de aquí que su trabajo deba ser leído con atención especial por los jóvenes estudiosos de la historia, a quienes nunca se les recomendará bastante que no olviden que la rebusca minuciosa de nuevos datos y documentos jamás puede ser un fin en sí, sino un medio para elevarse a perspectivas más altas. Han nacido, por suerte o por desgracia, en una época menos optimista que la centuria pasada, que reconoce sus limitaciones, pero que, consciente de ellas, ha de exigirles un esfuerzo mayor de elaboración y de síntesis. No cabe tener conciencia del pasado sin tener conciencia de sí mismo. Esto quizá no sea fácil; pero hay que arriesgarse. A pesar de todas las dificultades, de todos los peligros, *it's time to launch the ship*.

(*Letras de México*. México, 15 marzo 1940.)

LA HISTORIA DEL P. ACOSTA ¹

CON LA publicación de este libro, el Fondo de Cultura Económica ha prestado espléndido servicio a la cultura de habla española. La edición ha estado a cargo de Edmundo O'Gorman, quien le ha puesto un excelente estudio preliminar del que ya traté antes.

La obra del P. Acosta se publicó por vez primera en Sevilla en 1590, coincidiendo casi con el primer centenario del descubrimiento de América. No cabía mayor homenaje a la gloria de los descubridores que este libro en que se dan ya, reunidos y sistematizados, cuantos conocimientos se poseían sobre el Nuevo Mundo al finalizar el siglo xvi.

Lo que en otros autores de cosas de Indias había sido mero acopio de datos, más o menos informe y pintoresco, aparece ya en Acosta ordenado con una severa y lógica armonía, con un equilibrio y proporción que constituyen, tal vez, el encanto mayor del libro.

La *Historia* de Acosta está dedicada a una mujer, la princesa Isabel Clara Eugenia. Su autor se propone tratar en ella de manera clara y asequible una cantidad sorprendente de temas, tan diversos

¹ P. José de Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias*. México, Fondo de Cultura Económica, 1940.

como numerosos. Y lo logra sin esfuerzo gracias a la maravilla de su estilo, a la fluidez, a la agilidad de que dan muestras todas sus páginas.

Era una época feliz la de Acosta. Entonces no se creía que la ciencia elevada fuera patrimonio de unos cuantos especialistas, ni que un libro perdiera de nivel por ser accesible a un público amplio. El autor proyectaba su comprensión humana y amorosa sobre los temas más varios, sobre los conocimientos más dispares, fundiéndolos y unificándolos en el crisol de su espíritu en forma que hoy se nos aparece mágica, prodigiosa.

Por todas las páginas de Acosta circula libremente este aliento, humano y cósmico a la vez, que las hace tan comprensivas y tan bellas. Tiene una alta calidad poética ese amor del jesuita por la naturaleza, amor sereno y reposado a una naturaleza que no es desenfrenada, imponente, como la de los románticos, sino armoniosa, sujeta a las leyes de la sabiduría divina que Acosta ve actuar hasta en los detalles más menudos.

Pocos habrán sentido tan hondamente como Acosta, entre los españoles de su tiempo, la belleza magnífica de la naturaleza en el Nuevo Mundo. Ante ella el jesuita considera mezquinas las más perfectas creaciones del ingenio humano. “Realmente tienen las obras de la divina arte —nos dice— un no sé qué de gracia y primor, como escondido y secreto, con que miradas una y otra y muchas veces causan siempre un nuevo gusto. Al revés de las obras humanas, que, aunque estén fabricadas con mucho artificio, en haciendo costumbre de mirarse no se tienen en nada, y aun cuasi causan enfado, sean jardines muy ame-

nos, sean palacios y templos galanísimos, sean alcázares de soberbio edificio, sean pinturas, o tallas, o piedras de exquisita invención y labor, tengan todo el primor posible, es cosa cierta y averiguada que, en mirándose dos o tres veces, apenas hay poner los ojos con atención, sino que luego se divierten a mirar otras cosas, como hartos de aquella vista. Mas la mar, si la miráis o ponéis los ojos en un peñasco alto que sale acullá con extrañeza, o el campo cuando está vestido de su natural verdura y flores, o el raudal de un río que corre furioso y está sin cesar batiendo las peñas, y como bramando en su combate, y, finalmente, cualesquiera obras de naturaleza, por más veces que se miren, siempre causan nueva recreación, y jamás enfada su vista, que parece sin duda que son como un convite copioso y magnífico de la Divina Sabiduría que allí, de callada, sin cansar jamás, apacienta y deleita nuestra consideración”.

Este hombre, que tan pequeño se siente ante las maravillas de la naturaleza, les presta, no obstante, a todos los seres y fenómenos un tal calor de humanidad que los hace vivir, que les otorga calidad y grandeza de seres humanos. Así habla de los vientos: “Hay vientos que en ciertas regiones corren y son como señores de ellas, sin sufrir competencia de sus contrarios. A veces corren diversos, y aun contrarios, juntos, y parten el camino entre sí, y acaece ir el uno por lo alto y el otro por lo bajo. Algunas veces se encuentran reciamente entre sí, que para los que andan en mar es fuerte peligro”. Así habla del azogue: “Es ésta la más importante propiedad que tiene, que con maravilloso afecto se pega al oro, y le busca, y se va con él doquiera que le huele. Y no sólo esto,

mas así se encarna con él y lo junta a sí que le desnuda y despega de cualquier otros metales o cuerpos en que está mezclado, por lo cual toman oro los que se quieren preservar del daño del azogue”. “Por eso es tan peligrosa la conversación con criatura tan atrevida y mortal, pues es otra gracia que tiene, que bulle y se hace mil gotillas, y, por menudas que sean, no se pierde una, sino que por acá o por allá se torna a juntar con su licor”.

Gran humanista, Acosta. Y como tal, gran admirador de la Antigüedad clásica. De aquí que todo su libro tenga esa viveza de diálogo, de polémica con los antiguos autores, con el cuerpo coherente de conocimientos en que iba abriendo brecha un arma nueva e implacable: la propia observación, la experiencia. Arma que Acosta esgrime sin descanso, con actitud tanto más admirable cuanto que su sólida cultura clásica podía haberle cegado, total o parcialmente, para la observación directa de los hechos. Pero no es así. Acosta tiene los ojos bien abiertos y se lanza hábilmente, gozosamente a rebatir cuanta teoría venerable no ve confirmada por la experiencia propia. No puede ser más sintomático el pasaje en que cuenta los temores que sentía al aproximarse al Ecuador, motivados por las descripciones de la zona tórrida hechas por los clásicos. Con gran sorpresa y regocijo puede comprobar no ya que no se abrasa sino que siente frío. “Aquí yo confieso que me reí e hice donaire de los meteoros de Aristóteles, y de su filosofía, viendo que en el lugar y en el tiempo que, conforme a sus reglas, había de arder todo y ser un fuego, yo y todos mis compañeros teníamos frío”.

Acosta se ríe de Aristóteles, cosa grave para él, pues el filósofo griego es una de las autoridades que más peso tienen en su espíritu: pero es aún más grave tener que enfrentarse con la Biblia y los Padres de la iglesia. ¡Qué vigor dialéctico emplea el jesuita para ver de encajar todo un mundo de hechos nuevos dentro de un cuadro tan venerable y para él indiscutible! La presencia del hombre en América, la de animales que no existen en otros continentes. ¿Cómo pudieron llegar hasta las Indias? ¿Cuál ha sido su origen?

Lo más apasionante es ver cómo Acosta se ve forzado a romper amarras de la tradición para afrontar problemas de que los antiguos no habían podido tener ninguna idea. "Y pues me faltan testigos a quien seguir, dejarme he ir por el hilo de la razón, aunque sea delgado, hasta que del todo se me desaparezca de los ojos". ¡Y cómo lo sigue! Hay múltiples problemas en los que la ciencia actual no ha podido pasar del sitio en que Acosta los dejó. Sigue señalando una meta.

Acosta escribe ya en los días de la Contrarreforma. Al optimismo ilimitado y gozoso en las posibilidades del conocimiento humano de los grandes días renacentistas ha seguido una actitud de renunciamento, un sentido de limitación y temor, que en el jesuita se mantienen a raya gracias a su serena fe religiosa, pero que pronto han de precipitar al espíritu español en abismos de desengaño y de impotencia.

Nada más interesante, a este respecto, que la comparación de la obra de Acosta con la de otro histo-

riador español de Indias, también sacerdote y también humanista, Francisco López de Gómara, que había escrito sus obras a mediados del siglo xvi. A Gómara, por ejemplo, le desesperaba ignorar el nombre del piloto que había ido a morir a casa de Colón, dándole la primera noticia de la existencia de tierras nuevas hacia Occidente. Acosta prefiere que no se sepa el nombre: "cuyo nombre aún no sabemos, para que negocio tan grande no se atribuya a otro autor sino a Dios". Gómara expresa su confianza magnífica en la posibilidad de construir un canal que una los dos océanos en el istmo de Panamá: "Sierras son, pero manos hay. Dadme quién lo quiera hacer, que hacerse puede". Según Acosta, en cambio, quien tal intentara atraería sobre su cabeza el castigo divino. "Ningún poder humano bastará a derribar el monte fortísimo e impenetrable que Dios puso entre los dos mares, de montes y peñas durísimas que bastan a sustentar la furia de ambos mares. Y cuando fuese a hombres posible, sería a mi parecer muy justo temer del castigo del cielo querer enmendar las obras que el Hacedor, con sumo acuerdo y providencia, ordenó en la fábrica de este universo".

Renacimiento en Gómara, Contrarreforma en Acosta. Y así la curiosidad de este último no es desinteresada como la de un renacentista. Todo su acopio de conocimientos sobre las Indias ha de ponerse al servicio de la gran causa de la evangelización de los indígenas. "Porque el intento de esta historia no es sólo dar noticia de lo que en las Indias pasa, sino enderezar esa noticia al fruto que se puede sacar del conocimiento de tales cosas, que es ayudar a aque-

llas gentes para su salvación, y glorificar al Creador y Redentor que los sacó de las tinieblas oscurísimas de su infidelidad y les comunicó la admirable lumbré de su Evangelio”.

Para convertir y gobernar a los indígenas es preciso conocerlos a fondo. Saber sus leyes y costumbres para “ayudarlos y regirlos por ellas mismas, pues, en lo que no contradicen la ley de Cristo y de su Santa Iglesia, deben ser gobernados conforme a sus fueros”.

Acosta tiene una idea muy alta de los indios y de sus culturas, en especial de las de México y Perú. Le llena de admiración la organización colectivista del imperio inca. “Ningún hombre de consideración habrá que no se admire de tan notable y pródigo gobierno, pues, sin ser religiosos ni cristianos, los indios, en su manera, guardaban aquella tan alta perfección de no tener cosa propia, y proveer a todos lo necesario, y sustentar tan copiosamente las cosas de la religión, y las de su rey y señor”. De los mexicanos destaca su pasión por las flores. “Son los indios muy amigos de flores, y en la Nueva España más que en parte del mundo”.

Si elogia a los indios, no escatima, en cambio, sus censuras a los españoles, aunque no comparta la exaltación de Las Casas, a quien rebate mesuradamente. Los defectos capitales de los españoles son su codicia, que les hace idolatrar en las riquezas más que a los indios en falsas deidades, y la tibieza de su fe, causa de que descuiden la evangelización. No escasean en la obra los paralelos que arrojan resultados desfavorables para los españoles: “Gran orden y concierto era éste de los mexicanos en criar sus

hijos, y si agora se tuviese el mismo cuidado en hacer casas y seminarios donde se criasen estos muchachos, sin duda florecería mucho la cristiandad de los indios. Algunas personas celosas lo han comenzado, y el rey y su Consejo han mostrado favorecerlo; pero, como no es negocio de interés, va muy poco a poco, y hácese fríamente”.

Lástima que Acosta, cuyo libro es tan rico en contenido para las ciencias naturales, la etnografía, la historia económica, no diera más cabida en él a la historia propiamente dicha. Los bocetos que traza del desarrollo de los imperios inca y mexicano, los breves capítulos que dedica a la conquista de la Nueva España según las fuentes indígenas, nos muestran cuál era su talla de historiador y nos hacen lamentar que no hubiera tratado estos temas con más amplitud.

(*Letras de México*, México, 15 julio, 1940.)

EL PARAISO EN EL NUEVO MUNDO

EL PROLOGO de Arnold J. Toynbee a su libro monumental, *A Study of History*, debería ser obra de cabecera para muchos historiadores de hoy. Convendría que lo releyesen con frecuencia, para ver de librarse de la “industrialización del pensamiento histórico” y para meditar en que es ya morbosa la busca desenfrenada de “materias primas”, que luego se transforman, o tratan de transformarse, en artículos “manufacturados” o “semimanufacturados”...

Decimos esto por la impresión que nos deja nuestro infructuoso intento de lectura de los dos compactos volúmenes de *El Paraíso en el Nuevo Mundo*, de Antonio de León Pinelo, obra que acaba de ser editada en el Perú con motivo del IV Centenario del Descubrimiento del Río Amazonas. Para tan gran río, ciertamente que no desmerece el homenaje de casi un millar de páginas en formato grande.

Es decir, no desmerecería, si el interés del contenido guardara relación con el tamaño de la obra. Por desgracia, no es ése el caso. El competente investigador peruano Raúl Porras Barrenechea, en el muy valioso prólogo que ha puesto a la edición, llena de sobresalto al presunto lector. “Tremenda erudición”, “implacable citomanía”, “no se le puede leer sin una dosis considerable de buena voluntad”; Pi-

nelo deja “después de lentos y penosos esfuerzos, suspenso en el aire, el efímero y deleznable artificio de una tela de araña. . .” Entonces, ¿para qué publicar el libro? se preguntará el feliz lector que no sea víctima de la tremenda deformación profesional que a todos nos aqueja, en mayor o menor grado, en estos tristes días de “la industrialización del pensamiento histórico”. Ah, por algo comenzaba yo esta nota recordando a Toynbee.

Pero, dejando a un lado el problema de si tiene hoy sentido o no la publicación de un libro como el de Pinelo, puestos a hacer la edición, hay que hacerla bien. Y la edición de que nos ocupamos es muy deficiente: lo único valioso es el prólogo; pero no cabe decir lo mismo del texto. No hay que tener un respeto supersticioso a la ortografía anárquica de los viejos textos, y menos cuando se edita una copia, como es ahora el caso. No existe ninguna razón filológica que justifique la reproducción estricta, sin, por lo menos, puntuar y acentuar debidamente el original. Con el sistema seguido en esta edición no podemos saber nunca si las faltas —faltas que abundan— son obra del viejo copista o de los editores actuales. El texto carece en absoluto de notas, fuera de las citas del autor, que no están confrontadas ni aclaradas. Y carece de un índice analítico, indispensable en obras de este tipo, de lectura casi imposible hoy, y que si alguna utilidad pueden tener es como repertorio de los conocimientos más variados.

León Pinelo es el ejemplo clásico del erudito que suple su falta de inteligencia, su incapacidad para ver las cosas directamente, con una abrumadora acumulación de datos. Nunca le parecen bastantes. El sa-

bio autor de tratados sobre cuestiones tan nimias como si el chocolate quebranta o no el ayuno, y si es inmoral que las mujeres se cubran la cara, lamenta la falta de curiosidad de sus compatriotas: "No hay quien en ellas busque, ni quiera, más que plata y oro, o cosa que luego lo valga. No se apetece en España otra cosa de las Indias. El que más presto enriquece es tenido por el más docto, entendido y curioso. La filosofía natural no ha pasado a investigar sus secretos. La medicina apenas ha tocado sus límites. La astronomía no ha visto su cielo, ni reconocido sus astros. Ni la geografía excedido los linderos de su continente. Con que estas materias se hallan tan ignoradas que sólo se saben las que, por muy notorias, no se han podido encubrir".

Si esta queja de Pinelo estuviera plenamente justificada, su libro no existiría, porque todo él está hecho a base de otros libros. En presencia de una realidad cualquiera, jamás sabe verla con sus propios ojos; tiene que acudir en busca de un autor que la haya descrito. Es éste un defecto grave de su libro, como lo es también que no sepa elegir entre los muchísimos autores que maneja. Resulta notable que nos diga: "No soy de los más crédulos en estas cosas, porque con haber caminado mucho por las Indias, nunca he visto ninguna que me admire, ni leído quien en éstas no hable de relación, y así pase por curioso lo escrito, ya que no por verdadero". Que nos diga esto el recopilador incansable de las fábulas más absurdas: indios con rabo, otros que tienen los pies al revés, los que duermen bajo el agua, los que se sustentan con sólo el olor de las flores y hierbas, las

serpientes con alas y brazos, los manantiales que roncán, etc.

Nos encontramos aquí con un fenómeno habitual: el de la supervivencia de un cuerpo de noticias o de ideas, anquilosado en dogma por virtud de la autoridad, que se cierra sobre sí mismo y no deja que la observación de la realidad lo penetre. León Pinelo, como tantos otros autores de cuestiones americanas, fué una víctima de Plinio, de la tendencia a buscar lo "descomunal y nunca visto" en la naturaleza indiana. También aquí le falta a Pinelo originalidad. Y hay en él regresión si lo comparamos con autores como López de Gómara o el P. Acosta, implacables debeladores de mitos y absurdos.

El amor por lo fantástico, lo peregrino, lo único, engendró muchos libros sobre América. Y ni siquiera es León Pinelo original en su tesis básica, la más peregrina de todas, la de que el paraíso estuvo situado en el Nuevo Mundo. Vieja preocupación que ya inquietó a su descubridor, el gran genovés, y que hoy día ha sido remozada invirtiendo su proyección en el tiempo. No en vano el estudio más líricamente bello que se ha dedicado al *Paraíso* de León Pinelo es el de Juan Larrea (*España Peregrina*, octubre, 1940). A él remitimos al lector curioso. Para nosotros, tristemente prosaicos, el *Paraíso* de Pinelo estaba bien como estaba antes de que lo sacaran a luz los modernos investigadores. Como *Paraíso* perdido.

(*Revista de Historia de América*, México, diciembre, 1943.)

AMERICA LATINA ¹

LO PRIMERO que encontramos en este librito de André Siegfried es una declaración de incompetencia hecha por su autor. Lo mismo que se precisa saber latín para hablar bien francés —nos dice—, se precisaría poseer a fondo España y Portugal para interpretar con plena inteligencia los países latinos del otro lado del Atlántico. Sus páginas estarán animadas por un esfuerzo de comprensión, por una simpatía instintiva. No se le oculta la insuficiencia de su preparación para abordar los temas hispano-americanos; pero sus temores son exagerados.

Siegfried, gran viajero, gran conocedor de pueblos, autor de obras muy valiosas sobre Inglaterra y los Estados Unidos, maneja los datos de una breve estancia en Hispano-América con la diáfana —tal vez excesiva— claridad francesa. Analiza los aspectos del continente, con sus dos ejes, el geográfico —norte a sur— y el histórico —este a oeste—. Lo que la historia separa la geografía lo une. El futuro de América dependerá del predominio que cada uno de los dos factores logre alcanzar.

Según Siegfried —y esto nos interesa especial-

¹ André SIEGFRIED, *Amérique latine*. París, Armand Colin, 1934.

mente a los españoles—, no puede decirse que el blanco ha conquistado el hemisferio sur del continente americano como lo ha hecho con el norte. En el hemisferio sur la dominación blanca es muy limitada, lo cual origina complicados problemas que Siegfried subraya agudamente. La América latina tiene atmósfera fuertemente definida. Basta atravesar un puente de treinta metros en El Paso para encontrarnos en un mundo totalmente distinto del anglosajón.

El autor va estudiando este mundo en sus aspectos geográfico, económico y político. Queda fuera de su campo México, “ese país fuertemente indianizado, cuya alma se repliega sobre sí misma, con un hermetismo aterrador”. En cada aspecto Siegfried señala analogías y diferencias entre el norte y el sur de América. En lo económico, todos los países sudamericanos participan de la psicología de los pueblos que se encuentran en el primer estadio de la puesta en valor de su suelo, que forman la juventud económica mundial. Exportan en gran cantidad materias primas, reciben casi totalmente productos manufacturados. Esto origina en ellos una psicología y un género de vida peculiares. Se cuenta con el riesgo y la ventura, se vive entre la imprevisión y el enriquecimiento. Se admite como dogma que las posibilidades del país son ilimitadas, y se pone el capital alegremente en manos extranjeras. Siegfried destaca lo que hay de andaluz en el carácter sudamericano. A su juicio, debería establecerse un mapa donde se señalaran los pueblos que ahorran y los pueblos que derrochan. Los sudamericanos pertenecen a este último grupo. Es cu-

rioso hasta qué punto el ambiente del país se adueña de aquellos inmigrantes europeos formados en una atmósfera de ahorro cicatero y tenaz.

La misma elementalidad hay, según Siegfried, en la vida política sudamericana. La máquina estatal, que en el viejo mundo europeo se oculta bajo apariencias complejas, funciona allí al descubierto. No debemos buscar explicaciones demasiado sutiles— recalca Siegfried—. Hay en toda la vida americana una barbarie primitiva, que no es buena ni mala en sí, una nota distinta de la que dan los países europeos, y que las gentes de éstos deben esforzarse por comprender. Suele crear un *malentendu* peligroso el que desde unos países habituados a considerar parlamento y liberalismo como formas políticas supremas —aunque hoy aparezcan bastante en el aire—, se hable de dictadura y tiranía como formas habituales, endémicas de gobierno. A los interesados les molesta, y se esfuerzan por demostrar que sus parlamentos y constituciones son modelos de democracia y garantías de libertad. Esto crea un violento contraste entre la teoría y la práctica en materia política, contraste que es uno de los aspectos más interesantes del mundo hispano-americano. Posiblemente Siegfried no nos dice grandes novedades al hablar de todo esto; pero siempre tendrán sus páginas el valor de exponer claramente ideas que están en el ánimo de todos, y cuya emisión —por lo que sea— se hace siempre en voz baja. Es de desear que, roto el tabú liberal, se analice debidamente el fenómeno del caudillismo, tan hispano-americano... y tan español. Para ello habrá de tenerse en cuenta la observación

inicial de Siegfried. Estas cosas no puede sentirlas, ni, por lo tanto, comprenderlos, quien no tenga nuestra sangre. Algún día habrá de pensarse en español sobre Hispano-América.

(*Tierra Firme*, Madrid, 1936, año II, N° 1.)

PERFIL DE MEXICO ¹

PARA QUIEN, como nosotros, se ha lamentado en estas mismas páginas con frecuencia —con demasiada frecuencia quizá— de la penuria de libros pensados y escritos en español referentes a Hispano-América, esta producción de Samuel Ramos es una fiesta. Encontrar un libro muy bien escrito, sobrio, exacto, tan lleno de ideas y de sugerencias que al ir tomando notas durante su lectura se corre el peligro de copiarlo íntegro, no es cosa que ocurra todos los días.

Es muy reducida nuestra relación espiritual con México. Las vicisitudes de su política, las conmociones de su vida interna, el adentramiento mismo de los mexicanos y su actual desprecio por lo situado fuera del país contribuyen, sin duda, a que nos lleguen con dificultad y retraso sus libros y revistas. Yo nada sé de Samuel Ramos. Parece que en México se estiman grandemente sus ensayos; que este último libro suyo —último para nosotros, es de 1934— ha sido discutido apasionadamente. Sus breves páginas nos sacuden como el toque de llamada de una América presentida siempre, pero que no siempre surge ante nuestros ojos en las obras que de allá nos llegan. Samuel Ramos se descubre en ellas como uno de los más penetrantes ensayistas que hoy viven en el mun-

¹ Samuel RAMOS, *El perfil del hombre y la cultura en México*. México, Imprenta Mundial, 1934.

do de habla española. Es sorprendente la precisión, la parquedad con que maneja sus lecturas, la exactitud con que las aplica a la interpretación del genio de su país.

Aquí, en España, donde el autoanálisis y el concepto de nuestra inferioridad frente a otros países se han difundido después de la producción literaria del 98, no nos sorprende encontrar análogas actitudes en los hispanoamericanos que enjuician sus problemas. Se percibe esta casi identidad en el libro de Ramos, como se percibe en una gran parte de la producción joven americana, como puede verse, sin ir más lejos, hojeando los extractos de revistas publicados en estas mismas páginas de *Tierra Firme*. Veamos, a grandes rasgos, lo que Ramos nos dice.

No se sabe realmente si existe una cultura mexicana. Quien quiera estudiarla se encontrará con que lo escrito sobre ella está construido sobre vaguedades. La cultura mexicana es una cultura derivada. Los españoles implantaron allá, violentamente, su propia cultura en un grado ya avanzado de evolución. Desde el siglo xvi la cultura europea ha ejercido una influencia tan fuerte sobre México que, en muchas ocasiones, los mexicanos más valiosos han sido auténticamente unos descastados. Frente a ellos se alzó una afirmación de lo nativo, un nacionalismo exaltado, que reprochó a la imitación de Europa sus fracasos. México se ha debatido en esta dualidad trágica—que tan bien conocemos los españoles— imitando desesperadamente las normas europeas de cultura, sin lograr asimilárselas mediante un esfuerzo continuo y sosegado. Resultó de aquí un desequilibrio tan grande entre realidad y ficción en la vida mexicana, que la

realidad toda quedó fuera de lo legal. Y de aquí la serie ininterrumpida de revoluciones que llenan la historia de México durante el siglo XIX.

Los hombres del México independiente no contaron con las escasas posibilidades del país para la realización de sus planes ambiciosísimos. No sabe el mexicano —dice Ramos— “que el horizonte de las posibilidades vitales es sumamente estrecho para cada pueblo o cada hombre”. Y así, “empeñado en contrariar su destino”, el mexicano independiente se deja sugestionar, primero, por Francia. “El tipo del hombre que se adueña de la situación en el siglo pasado es el mestizo. Su pasión favorita es la política. La norma de su actividad es la imitación irreflexiva. El país que admira con entusiasmo es Francia, a la que considera como el arquetipo de la civilización moderna.” Luego son los Estados Unidos, vecinos peligrosos con su concepto mecánico de la vida, tan opuesto al de los mexicanos, tan opuesto al del indio, sobre todo.

El indio se ha conservado imperturbable, a través de los días monótonos y rutinarios de la colonia, a través de las innovaciones audaces e irreflexivas del siglo XIX. Hasta hoy. La pasividad de los indígenas está en la entraña misma de su carácter. El que Ramos llama *egipticismo* indígena se pone de manifiesto en el arte prehispánico, todo él inmutable, todo él hecho a base de la repetición de los mismos temas. Hacia esta esfinge indígena vuelve sus miradas el mexicano, fatigado de la estéril imitación de formas de vida que le son ajenas. Se vuelve hacia lo racial, hacia lo nativo, y al renegar de Europa descubre el nacionalismo... que es una idea europea.

Según Ramos, esta nueva actitud entraña peligros tan graves como las anteriores. El abandono de la cultura europea, que hoy se postula en México, puede acarrear al país daños irremediables. La pretendida cultura mexicana, cerrada sobre sí misma, impermeable a influencias exteriores, es una utopía mayor que la otra. No basta con leer *La decadencia de Occidente*, libro que ha hecho furor entre los intelectuales mexicanos, para extender el acta de defunción de la cultura europea y volverse alegremente de espaldas a ella. Ha de lograrse un equilibrio entre las dos tendencias, la nacional y la extranjerizante, para lograr una síntesis superior. ¿Hablamos de México o hablamos de España? La duda se justificaría plenamente. México, nosotros, los países todos que han asumido un papel director en la cultura actual, se debaten en los mismos problemas. Por eso hemos querido en estas líneas subrayar analogías. Muchas de las observaciones que Ramos dedica a sus compatriotas son totalmente valederas para los nuestros. Y así el libro tiene un doble interés para los españoles.

(*Tierra Firme*. Madrid, 1936, año II, nº 2.)

UNA HISTORIA DE INGLATERRA ¹

A AQUELLOS historiadores que establecen de modo excesivamente tajante una separación absoluta entre la obra de investigación y la obra de divulgación —con lo que tanto daño se ha hecho a los estudios históricos—, les señalaríamos gustosos este libro ejemplar de George Macaulay Trevelyan. El viejo historiador vuelve en él por los fueros de la historia de gran estilo y traza el panorama de la evolución de su país desde los tiempos más remotos hasta 1939.

¿Manual? ¿Libro de texto? ¿Divulgación? Historia, simplemente, en el mejor sentido de la palabra. El libro de Trevelyan nos encanta por la soltura con que el autor se mueve, por la fácil seguridad de que da muestra a través de la maraña de los hechos que desfilan por sus páginas nutridas. Hay en todo el libro esa luz clara y apacible de los días nublados que deja ver los objetos con nitidez mayor que una luz más violenta, cegadora.

La obra es modelo de proporción, de medida, de equilibrio entre sus partes. Los seis libros que la forman abarcan todo el panorama de la historia inglesa sin desproporciones fatigosas. El título de historia política, que se ha dado a la edición española, deberá entenderse en un sentido amplio, no en el

¹ George MACAULAY TREVELYAN, *Historia Política de Inglaterra*. México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

peyorativo —de que tanto se ha abusado en los últimos tiempos— de historia “externa”. Precisamente uno de los mayores méritos del libro es la unidad profunda, no superficial, no externa, de la visión de su autor. Para él Inglaterra es un ser vivo, digno de ser amado. Y en muchas de sus páginas tiembla la inquietud, la proyección de la angustia del presente sobre aquello que puede perderse y sucumbir. El autor ha debido dar la última mano a su manuscrito en los momentos más graves de la historia de Inglaterra, y de aquí la calidad de ternura entrañable que tiene todo él.

Pero la pasión de Trevelyan es pasión inteligente, disciplinada, como nos dice Croce que ha de ser siempre la pasión en el historiador. Por eso su libro es ejemplar. Por eso tiene la calidad —tan rara hoy, por desgracia— de conseguir deleitar al lector, cosa que siempre habían pedido de la historia los viejos maestros, antes de que los “científicos” lograran deshumanizarla, jactándose de convertirla en producto árido; indigesto.

La historia de Inglaterra está, como toda historia, determinada por su geografía. Comprendemos su significado si comprendemos su relación con el mar. Vasalla, primero; señora, más tarde. Las costas bajas del sur y del este fueron accesos fáciles a una isla codiciable. El largo período de las invasiones, “que forman un solo capítulo”, abarca desde 300 d. c. hasta 1020, cuando el rey Canuto completó la conquista escandinava de Inglaterra. Las legiones romanas se habían retirado sin dejar tan profunda huella de su paso como la que marcaron en la Galia.

En cambio, el establecimiento de los pueblos nór-

dicos en la isla “es el hecho decisivo de la historia inglesa”. Siglos bárbaros, siglos oscuros, de los que van surgiendo nuevas formas políticas y una iglesia poderosa, rica, que utiliza en provecho propio la cultura de sus ministros, excepciones en aquel caos. Es éste un largo período de fusión de razas, fusión más duradera que sus luchas: “la tierra verde olvida cuando el maestro de escuela y el historiador no están en escena”.

La órbita septentrional en la que se ha movido Inglaterra cambia profundamente con la invasión normanda. Entonces pasa a ser Francia, y no Escandinavia, quien más influencia ejerce sobre la isla. Normandía más bien que Francia, pues Trevelyan tiene buen cuidado de subrayar la peculiaridad del estado normando, tan superior, política y militarmente, a los sistemas inglés y francés. Cuando Guillermo, duque de Normandía, invade la isla en 1066, “Inglaterra era todavía una expresión geográfica, un agregado de razas, regiones y jurisdicciones privadas. Todavía necesitaba ser forjada en una nación, y ahora encontraba amos que lo hicieran”.

La visión que nos da Trevelyan del mundo medieval inglés —válida, en sus líneas básicas, para el resto de Europa— es comprensiva y justa. No se remonta a una idealización ingenua ni cae en la censura fácil. Sus páginas ofrecen de continuo observaciones a cual más certeras. “Es un error suponer al mundo medieval seguro y tranquilo porque sus habitantes fueran teóricamente conscientes de la unidad de la cristiandad.” “En el estado medieval la anarquía era un peligro mayor que el despotismo, y lo contrario ocurría en la iglesia medieval.” “La so-

ciudad medieval comenzó como un tosco compromiso entre caballero, clérigo y siervo aldeano para la protección de una villa rústica, sumida en la pobreza, contra ladrones y diablos, a cambio de su debida explotación para beneficio de clérigo y caballero."

Sabe nuestro autor destacar debidamente los violentos contrastes del mundo medieval —"¿cuál es la verdadera Edad Media, la barbarie o la civilización? Podemos responder: los dos"— y sabe que su ventaja principal estuvo en su intenso dinamismo, en su continuo avance desde 1100 a 1500 hacia nuevas cosas, en la marcha de la uniformidad a la variedad.

En una Inglaterra cuya nobleza hablaba francés y cuyo clero hablaba latín fué "el despreciado pueblo inglés" quien acabó por prevalecer. Asistimos a los cambios producidos en el tipo de vida de la villa medieval, en el lenguaje y, sobre todo, en las instituciones, que habían de constituir un núcleo tan esencialmente inglés ya al terminar la Edad Media. Destaca Trevelyan lo afortunada que fué Inglaterra en no tener una serie ininterrumpida de grandes reyes, pues las épocas de debilidad de la corona fueron fecundas en progresos de aquellas formas políticas que más tarde servirían de base a la democracia.

Así la Carta Magna, producto de pleitos entre el rey y sus barones, que tanto influyó en la imaginación de épocas sucesivas, dispuestas a ver en ella algo fundamentalmente distinto de lo que en un principio había significado. "Ha quedado para nuestra edad desilusionada el estudiarla como documento, recordando siempre que su importancia histórica reside no sólo en lo que los hombres de 1215 entendían por

sus cláusulas, sino en el efecto que ha tenido en la imaginación de sus descendientes”.

De sumo interés son los orígenes del parlamento, desarrollo de la curia regia, epítome de todos los poderes del estado, institución que evolucionó gradualmente como un medio adecuado para suavizar las diferencias y ajustar la acción común entre poderes que se respetaban entre sí. Tuvo la enorme ventaja sobre instituciones similares de otros países de no dividirse en estados, sino en cámaras. “El parlamento, en alianza con el *Common Law*, terminó por darnos una vida política propia, en fuerte contraste con los desarrollos ulteriores de la civilización latina.”

Inglaterra, que no había podido redondear la conquista de la isla, se lanza desde mediados del siglo xiv a una era de militarismo expansionista, “provechosa al principio, desastrosa al final”, contra Francia, “flojo conglomerado de dominios feudales”, en la llamada Guerra de los Cien Años, que dió por resultado la disolución de la sociedad medieval inglesa y un período de anarquía y postración moral. En cambio, sirvió para dar a los franceses conciencia de su nacionalidad. También los ingleses surgen de la guerra con un sentimiento nacional desarrollado, y las viejas animadversiones locales las sustituye el sentimiento de hostilidad, primero contra los franceses, y contra los españoles más tarde.

En el libro tercero se engolfa Trevelyan en el relato de las hondas transformaciones experimentadas por la Inglaterra renacentista, con los cambios sociales de los que surge pujante el moderno estado nacional, con las empresas marítimas que revolucionan la geo-

grafía y convierten a Inglaterra, de rincón del mundo conocido, en centro de toda clase de actividades.

Es nuestro autor singularmente hábil al trazar la semblanza de los grandes monarcas y de otros personajes destacados de la época Tudor. Enrique VIII, fisiológico y voluble, que pone los cimientos del poderío naval británico. El orgulloso cardenal Wolsey, con su doctrina del equilibrio de poder, que había de moldear durante siglos la política inglesa. La reina Isabel, dura, fría, ejemplo magnífico de energía que no le falla en cuarenta y cinco años de reinado, gran comedianta "que tenía tantas explicaciones diferentes para su política como vestidos en su guardarropa".

Reinado complejísimo el suyo, cuyas grandes líneas traza Trevelyan con su maestría de siempre. Vemos cómo va evolucionando la marina real, estimulada por la reina, las hazañas de Drake, con su nuevo sentido de la vida a bordo y de la relación entre soldados y marineros. Renovación que culmina en el triunfo sobre la Armada de Felipe II, aferrada a los viejos moldes del combate naval como réplica del combate en tierra. Ahora se afirma la nueva política de Inglaterra de dominio en el mar y equilibrio en el continente como base indispensable de su seguridad.

No menos compleja es la época de los Estuardos, monarcas que luchan con la Cámara de los Comunes, que acaba venciendo "al poder real en una serie de pugnas cuyo motivo principal fué religioso y cuyo principal resultado fué político". Ahora ya no es España, sino Francia, la Francia de Luis XIV, el peligro mayor para Inglaterra. Y en la nueva lucha se pone de manifiesto "la mayor eficiencia de la comunidad libre sobre el estado despótico". Esta eficiencia de la

comunidad libre se corrobora en la revolución que “impidió a la monarquía inglesa convertirse en un absolutismo del tipo que entonces se generalizaba en Europa”. Frente a este absolutismo, las instituciones inglesas comienzan a servir de modelo al mundo. “De las largas y violentas conmociones de la época de los Estuardos resulta la cooperación entre los dos poderes [corona y parlamento] con el parlamento como principal partícipe.”

Una vez más, los defectos de los reyes redundaron en beneficio de Inglaterra, pues aquellos ingleses que los monarcas consideraban demasiado peligrosos para la madre patria ponen en ultramar los cimientos del Imperio británico y de los Estados Unidos de hoy.

No sólo en ultramar hubo ventajas, pues el desatino de Jacobo II al atentar contra las instituciones del país dió por resultado su consolidación, que llegó a ser excesiva. La revolución contra el rey había sido, de hecho, conservadora, y convirtió en sacrosanto todo lo existente. Actitud que había de prolongarse a lo largo del siglo XVIII, cuya consigna parecía ser: “Todo lo que existe está bien, con tal de que tenga una carta de privilegio.”

Pero la siesta del mundo oficial inglés durante el siglo XVIII no repercute en otros aspectos de la vida del país, que ha logrado ya la supremacía marítima, comercial y financiera sobre Francia. Es una época de orden social muy malo, de grandes sufrimientos para las clases humildes, pero de genio y vigor entre las favorecidas. Es la época de la aristocracia parlamentaria, con el desarrollo de los grandes partidos, el sistema de gabinete y el cargo de primer ministro. Es la época de la expansión capitalista, de las grandes

compañías comerciales y de la lucha para abrir mercados en todo el mundo, muy especialmente en la América española.

Nos falta espacio para continuar esta enumeración, tan somera, de temas. Conforme nos acercamos a nuestros días los problemas tratados por Trevelyan aumentan su volumen, y su impacto sobre nosotros. Es la Revolución francesa, y el movimiento de hostilidad y reacción por ella provocada en Inglaterra, que había de desembocar, como contrapartida, en las grandes leyes de Reforma. Es la Revolución Industrial más honda y duradera que ninguna otra, motivadora de cambios sociales cuyo ciclo no se ha cerrado aún. Son todos los problemas del imperio y las cuestiones internacionales, que se agudizan en nuestro siglo hasta poner sobre el tablero la existencia misma de Inglaterra.

Trevelyan no pierde su serenidad al relatar los conflictos presentes y es notablemente sincero al reconocer la parte de culpa de Inglaterra en la actual catástrofe. En medio de la tempestad, no pierde la fe en el futuro: "Hay esperanza de que al fin el hombre pueda emplear sus nuevos poderes para hacer su vida más plena y más feliz que antiguamente, si algún día se encuentra un escape a la guerra y la violencia."

(Letras de México. México, 15 agosto 1943.)

LA DEMOCRACIA ESTADOUNIDENSE ¹

LOS AUTORES del nuevo volumen que acaba de publicar el Fondo de Cultura Económica se proponen trazar en él, sin exageraciones ni patrioterismos, el camino recorrido por la democracia en los trescientos años de vida del pueblo norteamericano. La obra está concebida para servir de texto a la juventud preuniversitaria; pero su estilo, conciso y ameno, hace de ella una útil introducción, no sólo para uso del estudiante, sino para todo el que desee iniciarse en el conocimiento de los problemas del vecino país del norte.

• Siguiendo el desarrollo de unos cuantos temas fundamentales, bien elegidos, obtenemos el cuadro de lo que hoy es la vida americana. El lector encontrará en esta obra pocos elementos de la historia concebida a la antigua usanza, datos biográficos o fechas de sucesos políticos y militares. Todo el interés se centra en el presente, y desde él se mira hacia atrás, para examinar las circunstancias que lo han originado.

Comienza la obra describiendo la gran corriente migratoria de las gentes de Europa hacia Norteamérica. Dificultades religiosas, políticas, económicas, motivan esa corriente de quienes esperan encontrar

¹ Harold V. FAULKNER, Tyler KEPNER, Hall BARTLETT, *Vida del Pueblo Norteamericano*. México, Fondo de Cultura Económica, 1941.

en estas tierras del Nuevo Mundo una vida mejor y más libre. Son ingleses, irlandeses, alemanes, los que primero emigran, seguidos más tarde por habitantes de la Europa oriental y meridional. En esta diversidad de gentes no faltan los negros, que ya constituyen una quinta parte de la población total del país en 1790, ni los amarillos, cuya entrada se dificultó porque ponían en peligro las condiciones de trabajo de los blancos al aceptar salarios bajísimos.

¿En qué escenario va a moverse este torrente humano? Los autores nos invitan a un recorrido en avión para que mejor nos demos cuenta de la estructura del país y de sus enormes posibilidades de desarrollo económico. Un clima variado permite obtener sin dificultad todos los productos agrícolas, excepto el caucho y el café. Los grandes ríos facilitan el acceso al interior, y en sus orillas comienzan a formarse los núcleos urbanos de la época colonial. La naturaleza es quien le dice al hombre dónde puede vivir y cómo puede vivir.

Indicados a grandes rasgos el escenario y los personajes, se inicia ya el tema básico del libro, el desarrollo de los Estados Unidos como desarrollo de la idea democrática. La distancia existente entre Inglaterra y sus colonias, y la mentalidad misma de los colonos, hacen que arraigue en éstos con fuerza la idea de libertad. Tienen que unirse frente a peligros exteriores y a la presión inglesa, pero esta unión siempre es holgada. La diferencia de sectas religiosas impide la existencia de una iglesia oficial predominante y estimula el respeto de las distintas creencias.

Se analizan luego las causas del sentimiento de independencia y la mentalidad de los hombres que

redactaron la Constitución, que no era aún plenamente democrática. Vemos cómo la carta fundamental del país se va democratizando gracias a enmiendas que fueron conseguidas tras procesos de lucha casi siempre muy lentos, como ocurrió, por ejemplo, con el voto de las mujeres, por el que éstas combatieron cincuenta años.

Con gran claridad se explica el funcionamiento de la máquina estatal, con los distintos poderes del presidente, de las Cámaras, de la Suprema Corte, del Gobierno Federal y de los estados.

Otro capítulo relata cómo fué creciendo el mapa de los Estados Unidos hasta llegar a ser lo que es hoy. La sed de tierras de los colonos tiene que vencer una serie de dificultades mediante los procedimientos más diversos. Los autores son sumamente cautos al tratar algunas manifestaciones de este proceso de expansión, como cuando nos dicen que la afirmación del presidente Polk de que Texas era territorio americano fué una cuestión de opinión y no de hecho.

Seguimos la marcha de la población, que se va desbordando como un inmenso río, en busca de la línea de menor resistencia, hasta que llega a la desembocadura del Misisipí y a las remotas tierras de Alaska. Especial lugar ocupa la marcha hacia el Oeste, que pasa por las etapas de los cazadores, ganaderos y agricultores. Las luchas entre los cowboys y los agricultores, que terminan con el triunfo de estos últimos. Van surgiendo los núcleos urbanos y luego los estados. Los del Oeste son los que imprimen un sello más democrático a la Unión.

La principal ocupación de los Estados Unidos durante trescientos años fué la agricultura. En 1820

estaban dedicados a ella los cuatro quintos de la población. Las grandes extensiones de tierras cultivables estimularon la invención de maquinaria agrícola y el desarrollo de los transportes, para que los productos pudieran encontrar salida. El vapor se aplica a la navegación fluvial desde los primeros años del siglo XIX y al transporte terrestre poco después.

La marcha hacia el Oeste, el desarrollo de la frontera, termina hacia 1890. Con ello se concluye un cierto tipo de América y surge otro nuevo. Se trata la tierra con más cuidado, interesan más la conservación forestal y la política hidráulica. La vida económica busca nuevos rumbos.

La pequeña granja había sido el centro de la vida colonial. Pocas ciudades existían entonces. Sólo cinco, Filadelfia, Nueva York, Boston, Charleston y Baltimore, tenían más de 8,000 habitantes. La granja era una unidad económica, se bastaba a sí misma. Era una pequeña fábrica, y sus habitantes, además de cultivar el campo, tenían que manufacturar ellos mismos los productos que necesitaban para la vida. Todavía en 1810 las nueve décimas partes de los vestidos eran de fabricación casera. Faltaban brazos y no trabajo. Todo esto cambia con el desarrollo de la maquinaria y de la gran industria, que transforman la fisonomía del campo y del agricultor, convirtiendo a éste en un mecánico especializado y aumentando prodigiosamente su rendimiento. Si en 1787 se precisaban nueve familias de agricultores para alimentar a una de la ciudad, hoy una familia de agricultores alimenta a siete de la ciudad.

Presenciamos el desarrollo de la gran industria, la Revolución Industrial, que se inicia penosamente, en

competencia con Inglaterra, interesada en que América no pueda obtener productos manufacturados, por las pequeñas factorías de tejidos, sigue con la siderurgia, el petróleo, las carnes en conserva, etc. Se intensifica grandemente durante todo el siglo XIX, debido a la abundancia de productos agrícolas y minerales y a la amplitud del mercado dentro del propio país.

El crecimiento de la gran industria es fomentado por el proceso de concentración, por la fusión de industrias rivales mediante la formación de *trusts*, monopolios poderosísimos que llegan a constituir un peligro para el consumidor, pues fijan a su arbitrio los precios y las condiciones todas del mercado. Se describe someramente el proceso de formación de algunos de los grandes consorcios, como el del acero y la Standard Oil; la revolución que introduce el sistema de producción en masa creado por Ford en la industria automovilística. Y se discuten las ventajas e inconvenientes de todo ello, destacando el proceso de nivelación y uniformidad que la producción en serie ha llevado a la vida americana, modificando incluso la manera de pensar y sentir de la gente. "A veces parecemos fabricados tan en serie como las piezas de una máquina."

Lugar aparte merece el estudio de las grandes crisis económicas de 1837, 1873, 1893 y 1929. De todas, la última fué la peor. Contribuyeron a ella múltiples causas, pero la principal fué la superproducción, el que se hubiera fabricado más de lo que se podía consumir, estimulando el que la gente comprara mucho más de lo que permitían sus ingresos.

También nos da el libro un esquema, trazado con

simpatía, del movimiento obrero en los Estados Unidos. Vemos las condiciones terribles en que debían trabajar los obreros en 1830. Trece horas diarias en invierno y quince en verano. La mayor parte de los operarios de las fábricas de algodón eran niños y niñas. Los salarios eran insuficientes y las condiciones de salubridad pésimas.

Los obreros se dan cuenta de la necesidad de organizarse para acabar con este estado de cosas. Surgen las distintas centrales obreras, que emplean diversos medios de lucha. Se relatan algunas huelgas típicas. También se da un vistazo a los procedimientos empleados por algunos patronos para oponerse a la organización obrera: cierre de fábricas, obligación para los obreros de no sindicarse, empleo de espías en gran escala. A pesar de todo ello, el movimiento obrero ha seguido su escala ascendente, no ha descuidado el mejoramiento espiritual de la clase trabajadora, y ha contribuído enormemente a democratizar la vida americana.

Los altibajos de la idea democrática se siguen a través de las luchas de los grandes partidos, que han sido fundamentalmente dos a lo largo de toda la historia norteamericana, y que hoy se designan con los nombres de republicanos y demócratas. Los grandes propulsores de la idea democrática fueron Jefferson, Jackson, Wilson y los dos Roosevelt, Teodoro y Franklin.

No falta un rápido bosquejo del desarrollo de la cultura. Las artes adquieren características definidamente americanas, en especial la arquitectura y la música. La prensa, la radio y el cine se convierten

en instrumentos de gran fuerza para influir en la opinión.

Compañero inseparable del ideal democrático ha sido siempre el ideal pacifista, fuertemente arraigado entre los norteamericanos. La tendencia a no mezclarse en los conflictos europeos se vió estorbada desde los primeros momentos de la vida de la joven república, que se vió forzada a tomar las armas en varias ocasiones. En ello tuvo buena parte de culpa la política imperialista de los grandes hombres de negocios, que con sus fuertes inversiones de capitales en el extranjero motivaron un imperialismo político, no siempre de acuerdo con los ideales pacifistas.

Así se creó un sentimiento de desconfianza, e incluso de hostilidad, hacia los Estados Unidos por parte de los países iberoamericanos. La doctrina de Monroe tuvo que ser modificada para contrarrestarlo, imprimiéndose un nuevo rumbo a las relaciones interamericanas con la política del buen vecino, patrocinada por el presidente Roosevelt.

No es éste el único cambio radical introducido por el nuevo presidente desde los días de su primera elección. Subió al poder en los momentos más negros de la depresión que sucedió a la década loca, a la del *jazz*, como se ha denominado a los años que siguen a la gran prosperidad iniciada en 1920. El gobierno tuvo que acudir a remediar toda una serie de problemas delicados que engendró la primera guerra mundial. Uno de los mayores era el paro obrero, de proporciones pavorosas. Hubo que crear diversas organizaciones para dar trabajo a los millones de desocupados, entre los cuales se contaba la juventud, que veía cerradas todas las salidas. Por los

años de 1930 y siguientes eran 5.000,000 los jóvenes que carecían de ocupación.

Es una de las partes más interesantes del libro ésta en que se describe la inmensa labor llevada a cabo para reajustar una economía desquiciada en forma gigantesca. También se subraya debidamente cómo la nueva amenaza creada por las potencias totalitarias ha obligado a los Estados Unidos a cambiar su tradicional política pacifista con vistas a la defensa del continente americano.

Los acontecimientos de los últimos meses hacen que aumente el interés del libro en los momentos actuales. El mejor conocimiento de los pueblos de América es indispensable para la política de solidaridad continental, para poder llevar a cabo con éxito la ingente labor que tienen ante sí las generaciones americanas de hoy. En este sentido la contribución del libro que reseñamos no puede ser más valiosa.

(El Noticiero Bibliográfico. México, febrero 1942.)

INDICE

INDICE GENERAL

Introducción	9
El hombre Colón	17
Dos estudios sobre el mismo tema	53
I. <i>Bernal Díaz del Castillo y el popularismo en la historiografía española</i>	61
II. <i>Las críticas de Bernal Díaz del Castillo a la Historia de la Conquista de México, de López de Gómara</i>	77
Introducción al estudio de Bernal Díaz del Castillo y de su <i>Verdadera Historia</i>	99
La mexicanidad de Don Carlos de Sigüenza y Góngora	119
La historia y sus limitaciones	147
Sobre el estado actual de las ciencias históricas	183
Izquierdas y derechas en el Congreso de Historia de Morelia	193
Dos apuntes de historiografía medieval castellana:	
a) <i>Baraja de cuatro crónicas</i>	201
b) <i>El Victorial</i>	204
La <i>Historia Verdadera</i> de Bernal Díaz del Castillo	211

Crítica de libros:

<i>Historia de la Historia</i>	225
<i>Almirante del mar océano</i>	231
<i>Comedia de equivocaciones</i>	234
<i>Crónicas de la Conquista</i>	241
<i>Hernán Cortés</i>	244
<i>La Crónica Oficial de Indias</i>	250
<i>Instituciones indianas</i>	254
<i>Comercio de Indias</i>	257
<i>Un estudio sobre el P. Acosta</i>	261
<i>La Historia del P. Acosta</i>	267
<i>El Paraíso en el Nuevo Mundo</i>	275
<i>América Latina</i>	279
<i>Perfil de México</i>	283
<i>Una historia de Inglaterra</i>	287
<i>La democracia estadounidense</i>	295

Este libro se acabó de imprimir, el día 7 de agosto de 1944, en los Talleres de Gráfica Panamericana, S. de R. L., Pánuco 63, México, D. F. La edición estuvo al cuidado de *Daniel Costo Villegas*.

